DIMITRI TILLOI-D'AMBROSI

24 HORAS EN LA ROMA DE NERÓN

UNA INMERSIÓN EN LA VIDA COTIDIANA DE LA CAPITAL DEL IMPERIO

CRÍTICA

Índice

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:








Sinopsis

«El barco en el que viaja Aniceto rumbo a Roma (…) llega por fin a Ostia, puerto de la capital. Desde allí, se dirige apresuradamente a la Ciudad Eterna. El día anterior, una misiva firmada por el emperador le instaba a presentarse lo antes posible en su morada. El tono urgente de la carta dejaba entrever una cierta gravedad que no cesa de inquietarlo. Mientras bordea las márgenes del Tíber, la cima del Palatino emerge poco a poco al sol matutino que corona la capital.»

Estamos en la Roma del año 62 d.C. y, en lo alto del Palatino, se gesta un complot. Nerón, ansioso por unirse a Popea, tiene la intención de divorciarse de la emperatriz Octavia, pero necesita un pretexto y el esclavo liberado Aniceto será el instrumento de esta conspiración. Es a él a quien seguiremos por las calles de la capital, de los templos a los palacios, de los barrios bajos a las arenas del circo, acercándonos a lo que fue vida cotidiana en Roma. ¿Cómo vivía la gente en la época de Nerón? ¿Cuáles eran las creencias, los miedos, el hábitat, los placeres, las libertades y las servidumbres de los romanos?

24 horas en la Roma de Nerón

Dimitri Tilloi-d'Ambrosi

Traducción castellana de Silvia Furió

CRÍTICA

Prólogo

Una noche clara y estrellada del mes de marzo del año 59 cubre el mar apacible de la bahía de Pozzuoli, al norte de Nápoles. La calma plácida se ve de golpe perturbada por un tumulto que proviene de las aguas. Allí, mar adentro frente a las costas de la dulce Bayas, una embarcación se hunde lentamente en las aguas oscuras, reina una gran confusión. Una mujer se debate en el agua mientras es golpeada con los remos por una parte de la tripulación y perece ahogada. Los asesinos que todavía se encuentran a bordo se han equivocado, el objetivo que se les había asignado se aleja del lugar del crimen que acaban de cometer por orden de su propio hijo. La barca en la que navegaba estaba manipulada. Tenía que desarmarse en el mar mediante la activación de un mecanismo destinado a convertir el crimen en un accidente.

La emperatriz Agripina, madre del emperador Nerón, consigue llegar a la orilla. Esta mujer, que tenía entonces unos cuarenta años, no se resignaba a que la vida y el poder se le escapasen de las manos. Después de todo, si su hijo Nerón reina soberano sobre el imperio es gracias a ella. En el 54, la emperatriz aceleró la muerte de su esposo Claudio envenenándolo durante un banquete. Había que evitar que Británico, hijo de la anterior unión del emperador con Mesalina, fuese elegido sucesor en detrimento de Nerón. Agripina se aseguró entonces de que su hijo fuese aclamado por la guardia pretoriana, práctica que garantizaba la legitimidad del nuevo emperador.

CRÓNICA DE UNA MUERTE DESEADA

En el año 59, le ha llegado a la propia Agripina el turno de ser

víctima de las rivalidades que enfrentan a varias facciones en el seno de la corte imperial. Por un lado, Nerón, bajo la influencia del filósofo Séneca y del prefecto del pretorio Burro; por el otro, la emperatriz madre, que pretende afirmar su ascendente sobre el poder imperial. Esta última ha de hacer frente a una rival de talla, Popea, la concubina de Nerón, que sigue casado con Octavia, hermana de Británico. Los intentos de Agripina de poner fin a esta relación no hacen más que fomentar la ruptura entre el joven emperador y su madre.

Pese a la desconfianza de Agripina, las fiestas en honor de Minerva a las que su hijo la ha invitado se presentan bajo los mejores auspicios. El afecto que él le profesa en estos momentos no es más que un señuelo, porque el plan urdido para eliminarla ya está organizado. Las crecientes tensiones que los separan han conducido de manera inexorable a este desenlace, digno de una tragedia griega, que permite a Nerón liberarse de las ambiciones de Agripina.

Cuando el emperador se entera de que esta ha sobrevivido a la maquinación, cae presa del terror y teme su venganza. Apremia a sus esbirros para que pongan fin a los días de Agripina. Consciente de la suerte que le aguarda, pide que la apuñalen en el vientre, allí donde anidó Nerón hasta el momento de su nacimiento. El relato detallado de todos estos acontecimientos está narrado por el historiador Tácito en los *Anales*.[1]

El artífice del plan de este matricidio, minuciosamente preparado, es la eminencia gris del emperador, un rico y poderoso liberto imperial de nombre Aniceto. Es una de las personas más íntimas de Nerón desde su infancia, ya que fue uno de sus preceptores. El príncipe confía plenamente en él. Esta proximidad con el emperador y su conocimiento de Roma hacen de él el guía ideal para descubrir cómo es la vida cotidiana de la capital del imperio, tanto en la corte de Nerón como a través de las calles angostas de los barrios populares, y conocer a los ricos patricios y a los pobres plebeyos. Aniceto, en calidad de liberto imperial, representa a aquellos que viven a la sombra de los grandes personajes de la historia romana y cuyo nombre es menos

deslumbrante que el de los actores de noble linaje. Con él, lejos de las intrigas de la corte, es posible penetrar en los intersticios de la historia para acercarse a las realidades vividas diariamente por la inmensa mayoría de la población en la época de Nerón.

LA VIDA COTIDIANA: OBJETO DE LA HISTORIA ROMANA

La utilización y el cruce de las fuentes utilizadas ponen de relieve las estructuras, las dinámicas y las representaciones de su tiempo. Los dos primeros siglos del imperio están particularmente bien documentados por los textos. Historiadores y biógrafos como Tácito, Dion Casio y Suetonio escribieron los principales relatos de los reinados del Alto Imperio. En lo que respecta a la vida cotidiana, pueden extraerse abundantes detalles de autores satíricos como Juvenal y Marcial, que describen su sociedad con acritud. Hay que tener en cuenta, también, la *Historia natural* de Plinio el Viejo, una auténtica enciclopedia rebosante de informaciones sobre los espacios, recursos y curiosidades del mundo romano.

No obstante, el historiador de la Antigüedad romana no debería apoyarse solo en los textos para el estudio de este período. Las aportaciones de otras fuentes –arqueológicas, epigráficas y numismáticas– son indispensables para poder adoptar una distancia crítica frente a los textos. Es un modo de apartarse de los lugares comunes a menudo difundidos por los autores antiguos y que han alimentado hasta nuestros días numerosos clichés sobre los romanos. Las personas anónimas que pertenecen al pueblo, auténticas sombras de la historia, se pueden captar con mayor precisión. Asimismo, conviene tener en cuenta la diversidad de las sociedades provinciales y los particularismos locales, con frecuencia omitidos por los autores antiguos que, en su mayoría, centran la atención en Roma y en Italia.

Algunas publicaciones acerca de la vida cotidiana de los romanos han hecho historia, empezando por la obra fundamental

de Jérôme Carcopino, *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*, publicada en 1939 y reeditada hasta la actualidad. A esta le siguieron otros volúmenes que completaron la cronología de la historia romana. Florence Dupont dedicó a este tema su libro *El ciudadano romano durante la República* en 1989 y Bertrand Lançon una obra titulada *Rome dans l'Antiquité tardive (312-604 après J.-C.)* en 1995. Desde entonces, los descubrimientos arqueológicos y epigráficos no han cesado de afinar nuestro conocimiento de la civilización romana y de su día a día, especialmente en Pompeya.

El presente volumen no pretende llevar a cabo una aproximación exhaustiva de la vida cotidiana en la época imperial. Se trata sobre todo de reconstruir lo que podría ser la jornada típica de un romano acomodado en tiempos de Nerón y, desde una perspectiva más amplia, proponer una introducción al Imperio romano. La elección del reinado de Nerón para realizar esta inmersión en la vida cotidiana de Roma se justifica por la familiaridad que parece tener el público con este príncipe, que, sin embargo, es mal conocido y presentado de forma caricaturesca como un monstruo, especialmente por la cultura contemporánea, desde el cine hasta el cómic, con la serie *Murena*.

La historiografía de estos últimos decenios ha permitido, en realidad, dibujar un retrato más matizado de Nerón, sobre todo con la importante biografía que le dedicó Eugen Cizek en 1982. Junto a las numerosas obras escritas acerca de este emperador, cabe mencionar asimismo la creación de la Sociedad Internacional de Estudios Neronianos en 1970, cuya existencia hace del tiempo de Nerón un objeto histórico por sí mismo. Numerosas exposiciones realizadas estos últimos años en Roma en 2011, en Tréveris en 2016 y, más recientemente, en Londres en el British Museum en 2021 han rendido también homenaje a este emperador. De soberano maldito, Nerón tiende a convertirse en príncipe rehabilitado. No obstante, el historiador debe abstenerse de juicios demasiado categóricos y matizar constantemente los enfoques. Es preciso encontrar una posición intermedia entre una lectura literal y una extremadamente crítica de las fuentes.

ROMA, AÑO 62

A efectos de lograr unidad de tiempo y de lugar, nuestro viaje por la vida cotidiana en tiempos de Nerón se desarrolla en Roma en el año 62. Esta fecha constituye un hito importante en su reinado. Los historiadores antiguos describen el período que sigue al asesinato de Agripina en el 59 como el giro tiránico del reinado a partir del cual se incrementan los crímenes y las purgas. Semejante exageración les permite servir mejor al relato y subrayar la degradación de la práctica del poder. El tiempo del *quinquenium Neronis* ha tocado a su fin, es decir, los cinco primeros años del reinado, cuando el Senado y el pueblo depositaban sus esperanzas en un príncipe presentado como modélico.

En el 62, el prefecto del pretorio Burro desaparece cuando, junto con Séneca, parecía incitar al príncipe a la moderación. Tácito afirma que con el sucesor de Burro, Tigelino, el partido de la virtud termina por ceder ante la maldad y al vicio.[2]El nuevo prefecto del pretorio, descrito por los historiadores antiguos como un ser nefasto, acompaña a Nerón en sus excesos. Su *hybris*, su desmesura, tan aborrecida por la moral antigua, sale a la luz. Este mismo año, otro pariente cercano de Nerón está a punto de sufrir las consecuencias: su propia esposa Octavia. Una vez más, los servicios de Aniceto son requeridos por el emperador.

1

Desde lo alto del Palatino…

Nerón, un príncipe Julio-Claudio en su palacio

El barco en el que viaja Aniceto rumbo a Roma desde Miseno, localidad situada al norte de Nápoles, llega por fin a Ostia, puerto de la capital. Desde allí, se dirige apresuradamente a la Ciudad Eterna. El día anterior, una misiva firmada por el emperador le instaba a presentarse lo antes posible en su morada. El tono urgente de la carta dejaba entrever cierta gravedad que no cesa de inquietarlo. Mientras bordea las márgenes del Tíber, la cima del Palatino emerge poco a poco al sol matutino que corona la capital. De todos los lugares de Roma, la colina del Palatino, donde residen los emperadores desde Augusto, es sin duda alguna el que mejor conoce Aniceto.

LA EMINENCIA GRIS DE UN TIRANO

Como liberto imperial eminente, Aniceto es uno de los personajes imprescindibles de palacio. Es conocedor de las intimidades del príncipe y testigo privilegiado de los arcanos del poder. Su puesto de prefecto de la flota de Miseno muestra la estima que le profesa Nerón, ya que esta función suele confiarse normalmente a los ecuestres o caballeros, una categoría superior de ciudadanos junto con los senadores. Con la flota establecida en Rávena, estos escuadrones de navíos tienen por misión garantizar la seguridad en el Mediterráneo, si bien en la época de Nerón las amenazas se han atenuado considerablemente desde el final de la República.

A partir del reinado de Claudio (41-54), los libertos del príncipe han gozado de una posición creciente en la corte, hecho que no deja de suscitar cierta animosidad hacia ellos por parte de las élites tradicionales. Además, la implicación de Aniceto en los

trabajos sucios de Nerón no hace más que reforzar la mala reputación que pesa sobre él, especialmente después de la muerte de Agripina.[1]Algunos de ellos, como Narciso, Palas o incluso Calisto, estuvieron estrechamente implicados en las intrigas del poder y acumularon considerables fortunas. El propio Nerón quedó profundamente prendado de la liberta Actea, que estuvo presente en el momento de la muerte del emperador. Ella misma se ocupó de la organización de las exequias del príncipe, que acababa de suicidarse en mayo del 68.

Los vínculos que unen a Aniceto y a Nerón se fueron tejiendo a lo largo de la infancia del príncipe. Este último tuvo una juventud difícil, sobre todo cuando su madre Agripina fue enviada al exilio durante el reinado de Calígula (37-41). En la mañana del año 62, esta relación de confianza está a punto de ponerse a prueba por las maquinaciones de Nerón. El emperador se dispone a reunir a amigos, caballeros y senadores para el consejo que convoca de forma periódica con el fin de que lo ayuden a gobernar. Aniceto se ha hecho anunciar por un esclavo del emperador, que desea conversar con él en la más estricta confidencialidad. Nerón parece presa de una gran agitación cuando Aniceto entra en el salón donde le espera el emperador.

Desde la muerte de Agripina, el príncipe vive en constante temor. Teme sobre todo a los dioses. Una vez más, no le queda otra elección que eliminar el obstáculo que se yergue ante sus ambiciones y sus deseos: su esposa Octavia. Es más, esta se ha convertido en una enemiga a sus ojos, en la medida en que le impide unirse plenamente a Popea. Nerón, bajo tortura, ya había tratado de hacer hablar a algunas de sus sirvientas con el fin de cubrirla de oprobio y justificar así su proyecto de divorcio. No obstante, la fidelidad de estas fue más fuerte que los sufrimientos infligidos y no cedieron en nada, decididas a defender la virtud de su señora.[2]

Pese a haberla relegado a la Campania y a buen recaudo, a Nerón le inquietan los favores de que goza Octavia entre la gente del pueblo. Parece más prudente llamarla de nuevo a Roma. Sin embargo, Popea no puede soportar más la sombra de la esposa

legítima del emperador y le exige que se deshaga de ella por todos los medios. No duda en excitar el miedo que habita en él y que le hace ceder fácilmente cuando su poder o su autoridad se ven amenazados. Para los autores antiguos, eso es precisamente lo que caracteriza a un tirano, el empleo de la fuerza como escudo frente a este sentimiento que conduce con tanta facilidad a la *hybris* y al crimen.

Este temor ha empujado a Nerón a maquinar un plan destinado a apartar a Octavia, motivo por el cual ha mandado llamar a Aniceto a esta hora tan temprana. El príncipe acoge al poderoso liberto con un aire grave. La impopularidad del antiguo esclavo constituye el instrumento ideal de la estratagema para desembarazarse de su esposa.[3]Nerón no deja de recordarle los inmensos servicios prestados con ocasión de la eliminación de su madre, un gesto que permitió garantizar la supervivencia del emperador y de Roma, como asegura, en todo caso, el discurso oficial. Esta vez no habrá que recurrir a la violencia, porque bastará solo con su confesión: tendrá que reconocer, ante las personas más próximas a Nerón, que es culpable de mantener relaciones con Octavia. El momento de la revelación ya se ha elegido: un banquete organizado por la noche, en el que las lenguas se desatan fácilmente gracias al vino.

Las consecuencias serán inmensas. Octavia podrá ser repudiada con toda legitimidad, cosa que despejará el camino a Popea. En cuanto a Aniceto, no tendrá más remedio que sufrir el exilio con el fin de dar crédito a esta puesta en escena. Este tipo de condena es frecuente para los miembros de la familia del príncipe o de la corte, a quienes por la distancia de la capital les impide causar cualquier perjuicio. Antes del acceso de Nerón al poder, Séneca y la propia Agripina fueron víctimas de semejante castigo. El filósofo estoico fue enviado a Córcega, pero el destino de Aniceto será Cerdeña, una vez hecha pública la revelación. Para desterrar cualquier inquietud, Nerón le garantiza un retiro dorado en la soledad de esta isla y enormes recompensas, que por el momento permanecen secretas, a cambio de su servicio. Si se niega a confesar esta infamia, el príncipe insinúa que la otra alternativa

será la muerte.[4]

Aniceto sabe que no puede hacer otra cosa que doblegarse ante la voluntad del amo de Roma. Con resignación, el liberto acepta la misión encomendada, lamentando ya lo que se verá obligado a dejar atrás. Su estatus privilegiado le permitía llevar un gran tren de vida en Roma y saborear todas las delicias que ofrecía una época presentada como una nueva edad de oro desde el inicio del reinado de Nerón. Esto no deja de ser un lugar común del discurso del poder imperial desde Augusto, bajo cuyo reinado los versos de Virgilio y Horacio celebran un siglo bendecido por los dioses, marcado por el sello del emperador.

EL PALATINO, TEATRO DEL PODER IMPERIAL

El Palatino es el corazón de esta nueva edad de oro, como bien atestiguan los refinados frescos de las casas de Augusto y de Livia. En la residencia de esta última, los lujosos jardines representados en las paredes, verdadero trampantojo bucólico característico del segundo estilo pompeyano, simbolizan la prosperidad y la armonía proporcionadas por Augusto. Hasta la época de Nerón, el estilo pictórico sufre mutaciones, aunque de forma constante el conjunto de la pared está generalmente dividido en diferentes paneles pintados con escenas variadas. Los frescos del cuarto estilo traducen el retorno del gusto por las ilusiones y las perspectivas abiertas a paisajes, que habían sido descartadas por el tercer estilo. La pintura de la época de Nerón presenta cierta síntesis de los períodos precedentes. Se caracteriza asimismo por los adornos dignos de un trabajo de orfebre, a veces casi barrocos, que manifiestan el refinamiento y la sofisticación del arte de la época.

Nerón pretende hacer también de su reinado una nueva era. Los romanos tienen una concepción cíclica del tiempo, alimentada por la esperanza del retorno a un tiempo ideal pasado y lejano. Así pues, cada emperador se siente obligado a ser un nuevo Augusto, un modelo de virtud política a imitar y figura fundadora, incluso un nuevo Rómulo. La ubicación de las residencias imperiales en el

Palatino, corazón del imperio y teatro del poder, asocia estrechamente al príncipe con el fundador mítico de Roma. Conforme a la tradición, fue justo a los pies de esta colina donde la loba encontró a Rómulo y Remo, antes de ser recogidos por el pastor Fáustulo. Los arqueólogos creen haber identificado recientemente la gruta que los romanos reconocían como el Lupercal, el antro del animal que crio a los gemelos, no lejos de la Casa de Augusto. Restos de cabañas, que en la época imperial se identificaban con la morada de Rómulo, se encuentran asimismo en las inmediaciones, como reliquias de los tiempos de la fundación de Roma. La arqueología ha revelado que estos vestigios de agujeros de postes datan efectivamente del siglo VIII a. C., período de los orígenes de Roma cuando el Palatino estaba ocupado.

Durante la época republicana, la colina se convierte en lugar de residencia de la aristocracia romana. Se llena de mansiones lujosas y se erigen templos como el de la Victoria y el de Cibeles en el siglo III a. C. No lejos de este santuario reside Octaviano cuando se convierte, con el nombre de Augusto, en fundador del principado en el año 27 a. C. La topografía de la colina y las modificaciones operadas al final de las guerras civiles marcan el desplazamiento hacia un poder cada vez más monárquico. Son los vectores de la ideología imperial, donde la victoria ocupa una posición central. Con ocasión de la batalla de Nauloco en el 36 a. C., que lo enfrenta a Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande, Octaviano formula el voto de consagrar un templo a Apolo en caso de victoria. El dios le concede este favor al triunviro y la dedicatoria del templo se lleva a cabo en el 28 a. C., en el curso de una fastuosa ceremonia.

Respaldado por su victoria sobre Cleopatra y Marco Antonio en Accio en el año 31 a. C., Octaviano se presenta sin duda alguna como el predilecto de la divinidad, de la que se convierte en vecino y protegido: su morada linda con el santuario ricamente decorado de mármol y hace las veces de vestíbulo. Aquel que de ahora en adelante será el príncipe del Senado ocupa una residencia mantenida a expensas del Estado. Protegidos y sostenidos por los

dioses, Augusto y sus sucesores velarán a partir de ahora por el pueblo de la Ciudad Eterna y le concederán sus beneficios.

La cercanía cotidiana del príncipe con sus súbditos se traduce en el paisaje. Más abajo de la Casa de Augusto, al sur del Palatino, se sitúa el vasto *Circus Maximus*, el hipódromo, uno de los edificios dedicados al espectáculo más grandes del mundo romano, cuya construcción se atribuye tradicionalmente a Tarquinio el Viejo (quinto rey de Roma) y donde las carreras de carros conocen una incontestable popularidad. Al norte, al otro lado de la colina, se extiende el Foro romano, centro neurálgico de la vida política bajo la República, antes de ser monopolizada por el emperador y de que se desplace su centro de gravedad. El nombre en latín de la colina, *Palatinum*, acaba por confundirse con las moradas de los emperadores.

No obstante, hasta el reinado de Nerón, el lugar de residencia del príncipe no tiene todavía el aspecto monumental e imponente que se le conoce a finales del Alto Imperio. A comienzos de la época imperial, la Casa de Augusto apenas se diferencia de las demás residencias aristocráticas en cuanto a su organización, puesto que dos peristilos estructuran el conjunto en el que se puede distinguir una parte privada y una sección más abierta al público, cuyo núcleo está conformado por un gran *atrium*. Contigua a la Casa de Augusto, la Casa de Livia es otro elemento de este grupo arquitectónico. Las pinturas que se han conservado dejan entrever el grado de refinamiento empleado para embellecer la vida cotidiana del círculo de la familia imperial, donde se suceden salones, aposentos y comedores.

A partir de este núcleo original de la época augústea se ha ido desarrollando a lo largo de las dinastías un complejo de palacios imperiales, que no fueron construidos todos a la vez. Al contrario, se trata de una yuxtaposición empírica de estructuras erigidas esencialmente entre la época de Augusto y la de los Severos, en el siglo III. Entre la muerte de Augusto y el reinado de Nerón se llevaron a cabo diversas modificaciones. La escenografía de los palacios imperiales traduce una monumentalización del poder y una influencia creciente de la huella del príncipe sobre el espacio,

sobre todo bajo Nerón.

En el año 62, este emperador reside sin duda alguna en la Casa de Augusto y en la *Domus Tiberiana,* situada en el ángulo noroeste del Palatino. Seguramente se estableció allí en el momento en que su madre tomó a Claudio por esposo en el 49, mientras proseguían los trabajos emprendidos por sus predecesores. Sin embargo, una vez en el poder, sus proyectos superan con creces lo que los señores de Roma habían realizado hasta el momento. Se dispone a reunir varias de sus propiedades emplazadas entre el Palatino y el Esquilino, dentro de la *Domus Transitoria,* es decir, la «Casa de Paso».

Este conjunto incluye sobre todo la casa paterna de Nerón situada en la Velia, una pequeña colina al este del Foro y en las inmediaciones de la Vía Sacra, y también los jardines de Mecenas en el Esquilino. La *Domus Transitoria* no constituye un conjunto monolítico, sino que se trata más bien de una yuxtaposición de diferentes núcleos y grupos de construcciones y jardines. La *Domus Aurea* (Casa Dorada), construida después del gran incendio del 64, y más adelante la Villa Adriana en Tívoli responden a la misma forma organizativa. La morada erigida tras el desastre es tanto un lugar de residencia como un espacio de pompa en el que se manifiesta la sensibilidad estética del emperador.

Al contrario de lo que ocurre con la *Domus Aurea,* de la *Domus Transitoria* apenas quedan unos pocos vestigios que puedan revelar el refinamiento de estos lugares. El incendio del 64, por un lado, y las modificaciones de la dinastía de los Flavios, por el otro, han borrado prácticamente todas las huellas. Estos últimos impulsaron la monumentalización de las residencias imperiales e hicieron de ellas palacios majestuosos, con inmensas salas de recepción, expresión de un poder asumido, a partir de este momento, como más monárquico, sobre todo bajo Domiciano (81-96). En el interior de los espacios de la *Domus Transitoria,* las fuentes y los chorros de agua, los mármoles polícromos e incluso los delicados frescos contribuyen a las delicias de la residencia imperial y constituyen un entorno lujoso.

Bajo el palacio de la época flavia, los vestigios conservados

más extraordinarios de dicho complejo son los Baños de Livia. Este enclave puede considerarse como un gran ninfeo, es decir, una fuente monumental que proporciona frescor durante los tórridos veranos en los que queda sumida la capital. Una cascada de agua que se desliza a lo largo de una de las paredes de la sala ha de hacer las delicias del visitante, que se encuentra rodeado de columnas de pórfido y de mármoles preciosos. Las bóvedas, decoradas con estucos y pinturas, representan un mundo de criaturas míticas y de héroes de la mitología, que contribuyen a la creación de un ambiente onírico en el enclave. El emperador podía instalarse cómodamente en este antro inspirado en las grutas ornamentadas que en el siglo I experimentan un éxito considerable.

Según el historiador Dion Casio, el palacio imperial fue sede de todos los excesos de Nerón.[5]En esto habría tenido por modelo a su tío Calígula, objeto de las mismas acusaciones y cuyas excentricidades y actos de crueldad cometidos en la cima del Palatino se complace en enumerar Suetonio. Por otra parte, Dion Casio afirma que antes de la muerte de Agripina, en el momento en que se exacerbaron las tensiones entre el príncipe y su madre, en el palacio se urdían numerosas intrigas. Entre sus muros se trama también el complot maquinado contra Octavia a fin de repudiarla.

Se comprenden así fácilmente las razones que hacen del palacio imperial un lugar de fantasía en el que el príncipe ejerce su poder absoluto y donde en cualquier momento le puede a uno sobrevenir la desgracia. Lejos de este imaginario, perpetuado sobre todo por los péplums, el día a día del palacio es bastante menos novelesco de lo que sugieren los historiadores antiguos. El gobierno diario del imperio no reside en los supuestos caprichos y excentricidades del príncipe. El palacio es, por el contrario, el marco suntuoso de una corte y de un sistema administrativo complejo garante de la estabilidad del imperio.

ANATOMÍA DE LA CORTE IMPERIAL

Desde los inicios del principado, la residencia del príncipe es el

escenario de un ceremonial cortesano que se repite a diario. En realidad, el desarrollo de la jornada del emperador en tiempos de los Julio-Claudios no difiere apenas del de un aristócrata de la Roma republicana o imperial. La diferencia entre el príncipe y las élites sociales y políticas, especialmente las senatoriales, procede ante todo de la dignidad superior que reviste el primero. Desde el reinado de Augusto, el emperador es el *primus inter pares*, es decir, el primero entre sus iguales. El título de «príncipe del Senado» y los numerosos honores particulares de los que goza lo distinguen de los demás senadores.

De hecho, en el momento de la fundación del principado en enero del 27 a. C., no se creó ningún poder específico para Augusto. Se trata de un conjunto de funciones o de poderes políticos, militares y religiosos ya existentes en la época republicana, concentrados a partir de ahora en sus manos. El consulado, una función que todos los emperadores pueden ejercer varias veces durante su reinado, cinco en el caso de Nerón, puede ser incluso compartido con otro senador. Bajo la República fue la más alta magistratura. Durante el Alto Imperio sigue habiendo también dos cónsules en funciones cada año y sus nombres sirven de referencia en el cómputo de los años, ya se trate de los relatos de historiadores como Tácito o de inscripciones en las ánforas para datar el vino, por ejemplo.

No obstante, Augusto tuvo que renunciar a la renovación anual de su consulado por la hostilidad creciente de ciertos senadores. Por esta razón, a partir del año 23 a. C., asume anualmente el poder tribunicio, es decir, reviste los poderes del tribuno de la plebe, cuya función era inicialmente la de defender los intereses de los plebeyos ante el Senado. Ejercía un control sobre el Senado al poder convocarlo o al oponer un derecho de veto frente a los magistrados. Además, goza de una inmunidad sagrada. En calidad de patricio, es decir, miembro de una gran familia, Augusto y sus sucesores no pueden asumir este cargo reservado a los plebeyos. Tan solo poseen las prerrogativas, pero este núcleo jurídico e institucional se convierte en el fundamento del poder político del príncipe. El poder del emperador es también

militar, puesto que posee un *imperium*, un poder de mando, sobre el conjunto de las legiones del imperio, cuya fidelidad ha de ser total.

Desde el punto de vista del discurso oficial del poder, el emperador no puede ser considerado un monarca que ostenta un poder absoluto por nacimiento, a semejanza de un rey de Francia del Antiguo Régimen. Los romanos sienten horror por el régimen de la realeza desde la expulsión de Tarquinio el Soberbio en 509 a. C. según la fecha canónica. Así pues, cuando en el año 27 a. C. el Senado le confía y confirma a Augusto sus poderes, sus actividades públicas cotidianas se inscriben en la continuidad de las de los magistrados de la República. La gestión de los asuntos públicos y privados reposa sobre los mismos fundamentos. En cambio, la magnitud de los poderes acumulados por el emperador, de forma permanente, justifica la afirmación de un ceremonial que marca cada vez más, a lo largo de las dinastías, la superioridad del príncipe sobre los demás ciudadanos.

Una fuente de época tardía, el *Epitome de Caesaribus* del pseudo-Aurelio Víctor, describe la organización de la vida cotidiana del emperador Vespasiano, que reina tras la muerte de Nerón, entre el 69 y el 79, después de las guerras civiles. El autor, preocupado por transcribir las cualidades morales o los vicios de los emperadores, cuya vida relata, insiste en la regularidad bien organizada del día a día de este príncipe considerado virtuoso.[6]Por el contrario, el mal príncipe es aquel cuyos quehaceres cotidianos están desorganizados, aquel que, por ejemplo, persigue el gozo de los placeres hasta el alba. Vespasiano se levantaba, pues, en plena noche para tratar de los asuntos públicos, señal del escrúpulo que demuestra en cuanto a la buena gestión del imperio. Después recibe a sus amigos en sus estancias al comienzo de la jornada mientras se calza y viste la indumentaria imperial. A continuación, se entrega a los ejercicios físicos, necesarios para la buena salud del príncipe, y luego efectúa un paseo en litera. Acto seguido, reposa antes de dirigirse a los baños y después al banquete que, junto con la recepción matinal, constituye uno de los puntos culminantes de la jornada del príncipe y de la puesta en escena del

poder.

Por la mañana, el recibimiento de los clientes más o menos cercanos al príncipe en el interior de la casa imperial, corresponde al momento de la *salutatio*. No se trata en absoluto de una práctica nueva, puesto que el ritual social y político está ya en vigor bajo la República y conserva toda su importancia en la época imperial. Normalmente, los patronos, los ciudadanos poderosos que disponen de una clientela más o menos amplia acorde con su estatus, reciben cada mañana en el *atrium* de su vivienda a los ciudadanos humildes que buscan la protección de los poderosos. El cliente manifiesta su fidelidad para con su patrón y a cambio se le concede una espuerta consistente en un capazo de alimentos o en una suma de dinero. En contrapartida, se espera su apoyo, por ejemplo, en las campañas electorales si el patrono se postula para una magistratura. La práctica de la *salutatio* en la corte del emperador adquiere una dimensión sin precedentes respecto a los otros ciudadanos influyentes. Existe un protocolo con el fin de determinar la prioridad de acceso al príncipe en función del rango. Cada mañana, el Palatino se convierte, pues, en el corazón palpitante de la ciudad, donde se aglomera una importante muchedumbre deseosa de conseguir la atención del soberano o de solicitar una petición.

En cierto modo, el pueblo romano en su conjunto pertenece a la clientela del príncipe. El ritual de la *salutatio* permite a este último afirmar su autoridad y reforzar los vínculos con aquellos que tienen acceso a su intimidad. Los dos órdenes superiores de ciudadanía, los senadores y los caballeros, ostentan una posición central en la corte por su condición social. Las responsabilidades políticas y militares que les corresponden a estos grupos los convierten en sostenes indispensables del emperador en lo concerniente a la administración del imperio, sobre todo en el seno del consejo del príncipe (*consilium principis*). Básicamente, dicho consejo debe preparar con antelación los debates que tendrán lugar en el Senado. Según los principios establecidos bajo el reinado de Augusto, la prestigiosa asamblea conserva una autoridad firme y sigue desempeñando un importante papel en los asuntos del

imperio.

Ningún emperador podría prescindir de la aprobación de los padres conscriptos que pueden reunirse en la Curia del Foro, aunque también junto a la Casa de Augusto en la biblioteca del templo de Apolo o en el santuario mismo a comienzos del principado. Así pues, pese a la magnitud de sus poderes, el emperador debe garantizar de la mejor manera este equilibrio institucional aunque se trate más que nada de una ficción política, en la que la autoridad del príncipe es superior a cualquier otra. Asimismo, siendo profundamente sensible al mundo griego y a Oriente, Nerón no podía inspirarse más que en el modelo de las monarquías helenísticas, en las que el soberano es venerado como una manifestación divina a lo largo de su vida. Por esta misma razón fue tan detestado Calígula.

Las ambiciones de Nerón y su concepción del poder contravienen también el *modus vivendi* instaurado por Augusto. Los senadores deben, pues, hacer gala de prudencia y de tacto para no caer en desgracia y ser sospechosos de hostilidad hacia el príncipe, o incluso de fomentar un complot. En época de Nerón, todos guardan vivo recuerdo de las derivas del reinado de Calígula, cuando las condenas al exilio y a la confiscación de bienes fueron numerosas, por no mencionar la pena capital en el peor de los casos. La enumeración de las penas de muerte ofrecida por los autores, como Suetonio y Tácito, contribuye a convertir al príncipe en un tirano y a ennegrecer su retrato. En el año 62, el reinado de Nerón se inscribe precisamente en un movimiento de intensificación de la represión contra aquellos considerados adversarios.

Por el contrario, los que gozan de la confianza y de los favores del príncipe pueden conseguir un considerable ascenso en la corte, como en el caso de Aniceto. El emperador necesita rodearse de hombres de confianza con el objetivo de que le apoyen en el gobierno del imperio y en su toma de decisiones, como Séneca o el prefecto del pretorio Burro, a quien sucede Tigelino a partir del 62. Se comprende pues por qué los amigos y familiares del príncipe ocupan una posición eminente dentro del *consilium*

principis.

Tigelino adquiere una influencia notable con Nerón. Su función de prefecto del pretorio está reservada a los ecuestres, y es uno de los grados más elevados de su carrera. La guardia pretoriana está bajo su responsabilidad. Por este motivo, puede ser considerado uno de los personajes más poderosos de Roma después del propio príncipe. Cuando este último está ausente de la capital, el prefecto del pretorio puede hacerse cargo de los asuntos corrientes. Durante el reinado de Tiberio, el prefecto Sejano había alimentado ambiciones desmesuradas mientras el príncipe estaba en Capri, cosa que acabó costándole la vida. La elección de un candidato fiable para esta función es, pues, estratégica para el buen gobierno del imperio. Por otro lado, Nerón obliga a Tigelino a compartir su función con un segundo prefecto.

Además, la seguridad del príncipe es un desafío constante, teniendo en cuenta la gran cantidad de personas que se le acercan cada día. Esta necesidad se ve acrecentada si su política suscita animosidad, como en el caso de Nerón. A fin de cumplir con esta misión, nueve cohortes pretorianas permanecen acantonadas en Roma. Están compuestas por quinientos hombres cada una y conforman un cuerpo de élite. Este prestigio se traduce en un sueldo superior al que perciben los legionarios y un tiempo de servicio de dieciséis años en lugar de los veinte que cumplen estos últimos. Estas tropas han de garantizar la estabilidad en la capital y proteger el núcleo del poder. Sus vínculos con el príncipe son estrechos. En el momento de la toma de poder, se espera que se distribuya entre los hombres una suma de dinero, el *donativum*, garantía de su fidelidad.

El cuartel de esta guardia, construido en el reinado de Tiberio y organizado como un campamento militar, no se encuentra en el Palatino, sino al noreste de la ciudad, en las afueras, a la altura del Esquilino. Su planta responde a la de un campamento militar clásico cuando las legiones de Roma están en campaña. Los destacamentos se relevan diariamente para salvaguardar al emperador. Los pretorianos aparecen a veces como actores principales de la historia romana. En el año 41, son ellos quienes

alzan la espada para asesinar a Calígula, antes de reconocer a Claudio como emperador. A la muerte de este, son también los pretorianos quienes, a instancias de Agripina, aclaman a Nerón como su nuevo príncipe. Hay que añadir a los pretorianos una guardia personal dedicada enteramente al emperador, constituida por caballeros germanos, cuya lealtad no se puede comprar, sobre todo por su mal dominio del latín. La propia Agripina contaba con una guardia formada por germanos, antes de que Nerón terminase retirándosela en el momento en que las relaciones entre madre e hijo se tornaron conflictivas.

GOBERNAR EL DÍA A DÍA

Pese a la necesidad de esta protección reforzada, las jornadas del príncipe no están todas marcadas por las intrigas y amenazas de asesinato, como dejan entrever las biografías antiguas. En el Palatino, el emperador debe doblegarse diariamente a una intensa actividad administrativa y judicial. Esta es la clave de la gestión eficaz y minuciosa del imperio, de sus provincias y de sus ciudades. Para gobernar se precisa en primer lugar estar bien informado y poder comunicarse rápidamente con los territorios dominados por Roma. La fuerza de las legiones no basta por sí sola. En este sentido, los gobernadores de provincia, que son senadores y caballeros, pueden considerarse los ojos y los oídos del príncipe. Estos informan escrupulosamente acerca de los asuntos de los territorios bajo su responsabilidad, ya se trate de fiscalidad, de justicia o de seguridad, ámbitos que forman parte de su competencia.

El control del imperio reposa pues en un sistema de comunicación eficaz y rápido. Para esto, Augusto desarrolló el servicio de la *vehiculatio*, llamado posteriormente *cursus publicus*. Este sistema de correo imperial consiste en una red de postas repartidas por las carreteras del imperio. Estas paradas permiten a quienes están en posesión de un certificado oficial cambiar de montura o de vehículo para poder desplazarse lo más rápido

posible con el fin de transmitir mensajes. La capital polariza así una inmensa nebulosa de flujo procedente de todo el imperio, incluso de más allá de las fronteras, ya sea de correspondencia, de personas o de mercancías. En lo relativo a las cuestiones diplomáticas, se pueden enviar a toda prisa embajadas al emperador, a veces harto lejanas y procedentes de los confines orientales del mundo romano. Como ocurre, por ejemplo, en el contexto de las luchas de influencia entre Roma y el imperio parto respecto al reino de Armenia.

Son numerosas las misivas o peticiones que llegan diariamente a palacio para ser tramitadas por los despachos de la administración imperial. Los archivos situados en las laderas del Capitolio y dominando el Foro, el *Tabularium*, conservan la memoria del gobierno del imperio. Entre los distintos despachos del Palatino, unos gestionan la correspondencia imperial, otros la recepción de solicitudes o incluso los archivos y las finanzas. Un ejército entero de esclavos y libertos del príncipe tiene a su cargo dos misiones principales: la gestión del patrimonio personal del emperador por un lado, del mismo modo que se hace para cualquier otro aristócrata romano; y el tratamiento de los asuntos del imperio por el otro.

Concierne al emperador dirimir los diferentes asuntos que se le someten. Nerón no decide de manera arbitraria según sus caprichos, sino que, como todo emperador, dispone de un arsenal jurídico y administrativo para gobernar eficazmente el imperio diariamente, además de juristas, cuya importancia es cada vez mayor a lo largo de la época imperial. Por ejemplo, el emperador, mediante rescriptos, remite su respuesta, que tiene fuerza de ley, a las cuestiones planteadas por las ciudades. En cuanto a los edictos, se trata de decisiones que emanan directamente del emperador y cuyo contenido tiene valor para todo el imperio. El escrito es un instrumento de poder y las numerosas inscripciones que se exponen en Roma y en todas las ciudades del imperio expresan la voluntad del príncipe, pero también el agradecimiento de los súbditos para con su persona.

Sin embargo, el emperador interviene relativamente poco de

forma directa en el día a día de los habitantes de las provincias. Las ciudades gozan de una gestión autónoma por medio de instituciones cívicas locales y bajo la égida del gobernador. El emperador puede ser requerido para cuestiones fiscales y financieras, por ejemplo cuando se emprenden costosos proyectos urbanísticos, como la construcción de acueductos. Ciertas ciudades están a veces al borde de la ruina, y entonces la ayuda de Roma puede ser la salvación. Las ciudades han de manifestar su lealtad si quieren recibir beneficios por parte del príncipe. A Lyon, por ejemplo, Nerón le concede una suma importante de dinero tras un incendio acontecido probablemente en el año 65.[7]Este gesto es un reconocimiento a la capital de las Tres Galias que había intervenido en favor de Roma inmediatamente después del desastre del 64. El emperador puede asimismo conceder a las ciudades fieles un estatuto jurídico o un rango ventajoso, por ejemplo mediante la obtención del título de colonia o de municipio, o incluso mediante la difusión de la ciudadanía romana.

A título individual, el principal privilegio de un ciudadano romano, tanto si vive en Roma como en una provincia de los confines del imperio, es poder beneficiarse del derecho de apelación al emperador con ocasión de un juicio a fin de defender su causa. Bajo el reinado de Nerón, el ejemplo más famoso es el del apóstol Pablo de Tarso, que se dirige a la capital tras un auténtico periplo por el Mediterráneo. Pese a sus intentos, Pablo es finalmente condenado a muerte, y según la tradición, decapitado en el mismo lugar en el que hoy se erige la basílica que le está consagrada. Gobernar implica pues, por parte del emperador, escuchar, arbitrar, juzgar y legislar.

DE ROMA A BRITANIA: UN PODER UNIVERSAL

Desde el reinado de Augusto, el mundo conocido está pacificado y el dominio romano sólidamente establecido. Sin embargo, durante el Alto Imperio, se sucedieron de forma puntual graves crisis que socavaron los mecanismos bien ordenados del poder imperial. Las

revueltas violentas requieren una respuesta implacable de Roma para devolver la paz a las provincias cuando esta se ve amenazada. Entre el 60 y el 61, Nerón tuvo que enfrentarse a una de las mayores revueltas del siglo I, más grave todavía que la que afectó al noreste de la Galia en el año 21 bajo el reinado de Tiberio.

En la lejana provincia insular de Britania, conquistada por Claudio, la reina del pueblo de los icenos, Boudica, cuyas hijas habían sido violadas ante sus ojos por militares romanos, provocó una terrible rebelión contra Roma. Varias colonias romanas fueron atacadas, entre ellas *Camulodunum* (Colchester), que quedó reducida a cenizas. La represión desencadenada por Roma estuvo a la altura de la gravedad de la situación. Pese a todo, los asuntos militares más graves, como la mencionada revuelta, no requieren necesariamente la presencia del emperador.

El mando de las legiones corresponde a los senadores en los que el emperador deposita toda su confianza. Este es el caso del ilustre general Corbulo que consigue grandes éxitos en Armenia frente a los partos por cuenta de Nerón. Este reino es una eterna manzana de la discordia entre las dos potencias que se disputan la influencia sobre este territorio. Los últimos años del reinado de Nerón estuvieron también marcados por los desórdenes de Judea, donde la extinción de los últimos rescoldos de la insurrección no se produce hasta comienzos de la época de los Flavios con el sitio de Jerusalén en el año 70 por parte de Tito.

Estos acontecimientos pueden parecer muy lejanos para el pueblo de Roma; sin embargo, cuando se celebra con gran pompa el triunfo por las calles de la capital, las victorias conseguidas en los confines del mundo se convierten en una realidad tangible a la que los romanos se sienten vinculados. El desarrollo de esta ceremonia está estrictamente codificado. El triunfador desfila por las calles de Roma sobre un carro seguido de los hombres que han participado en las campañas. La multitud puede admirar el botín, fruto de las proezas militares realizadas, mientras es transportado por las calles de la ciudad. Los relieves del arco de Tito, que conmemoran el triunfo celebrado al final de la guerra de Judea y de la toma de Jerusalén bajo los Flavios, representan los objetos

sagrados del templo, como la menorá y el Arca de la Alianza, transportados por los soldados. Unos paneles pintados ilustran los grandes momentos de las campañas victoriosas y participan en la elaboración de un relato colectivo. Se trata ante todo de un momento de comunión entre el emperador y sus súbditos, con los que comparte su victoria. Durante el imperio, la celebración del triunfo le corresponde exclusivamente al emperador, aunque este no haya estado presente en el teatro de operaciones.

El punto culminante del desfile es el recorrido de la Vía Sacra, que atraviesa el Foro, antes de emprender el ascenso a la cima del Capitolio. Al final de la procesión del cortejo triunfal, el emperador debe ofrecer un sacrificio a Júpiter, señor de la colina junto con Juno y Minerva. El rostro del triunfador está cubierto de pigmentos rojos para que se le identifique con el dios soberano celeste. Precisamente en el 62 se está construyendo un arco en el Capitolio. En la cúspide del mismo, una cuadriga rodeada de estatuas, quizá de soldados según ciertas monedas, perpetúa en la memoria común las hazañas del príncipe y la protección que los dioses le otorgan, garantizando su victoria sobre los enemigos de Roma.

La Victoria divinizada, representada con rasgos de mujer alada portando una corona vegetal, está muy próxima al príncipe en el Palatino, puesto que posee su templo al lado de la Casa de Augusto. Su presencia recuerda al emperador que cada día ha de trabajar para la *Pax Romana* y someter a los enemigos de Roma. Desde Augusto, los cultos de la Victoria y de la Paz refuerzan la legitimidad del príncipe, sobre todo después de la batalla de Accio en el 31 a. C. frente a Cleopatra VII y Marco Antonio. Nerón se apropia, pues, por completo de este legado ideológico de Augusto desarrollando al mismo tiempo su propia concepción del poder, inspirada especialmente en Marco Antonio, y consiguiendo así una síntesis original.

EN LA INTIMIDAD DEL PRÍNCIPE

El Palatino, teatro de la vida pública y lugar de poder cargado de

simbolismo, es también un espacio de vida e intimidad para el príncipe y sus allegados. Una numerosa servidumbre, compuesta por esclavos y libertos, debe aportar plena satisfacción a las necesidades cotidianas de la familia imperial. Este personal está organizado de manera muy estructurada conforme a las misiones de cada uno. El *Paedagogium* es el espacio en el que se formaba a los sirvientes con el fin de que cumpliesen de la mejor manera su tarea. Todo romano rico podía poseer una estructura semejante para la instrucción de sus esclavos, a semejanza de Plinio el Joven, con el objetivo de disponer de un personal cualificado, fuente de distinción para las élites sociales. En lo que respecta a la casa imperial, el edificio que acogía a esta institución hace tiempo que ha sido identificado en la ladera sur del Palatino; no obstante, algunas investigaciones parecen indicar que se situaba más bien en la colina de Celio.

Entre todos estos sirvientes, uno de los puestos más codiciados es el de chambelán (*a cubicolo*), porque comparte la intimidad del príncipe y goza de considerable influencia en la corte. A continuación le siguen cargos muy diversificados, entre ellos los supervisores de los comedores, el sumiller, el responsable del vestuario del emperador o de las joyas. Hay que contar también las cohortes de cocineros que se afanan en las cocinas de palacio para hacer las delicias de la mesa imperial. Ciertas tareas son más arriesgadas, como la del catador de alimentos (*praegustator*), que tiene que proteger al emperador del riesgo de envenenamiento, que no es poco en la corte imperial de la época de Nerón. Esta puede constituir efectivamente el marco de las intrigas que gustan de contar los autores antiguos y en las que a veces están implicados personajes de primera fila, incluidos los miembros de la familia imperial como Agripina.

Desde el reinado de Augusto, las rivalidades nacen en la corte. La ausencia de una ley sucesoria claramente establecida alimenta las ambiciones en el seno de la dinastía de los Julio-Claudios en cuanto al acceso al poder supremo. Y esto es lo que se pone de manifiesto al final del reinado de Claudio. Británico, hijo de este último nacido de su unión con Mesalina, arrojaba sombra en el

camino hacia la púrpura que se abría ante Nerón. Agripina temía que su retoño fuera apartado finalmente de la sucesión en favor de este joven rival. Así pues, según los historiadores antiguos, el supuesto envenenamiento de Claudio en el transcurso de un banquete en el año 54 habría sido obra de la propia emperatriz. Esta muerte precipita la ascensión de Nerón al poder a la edad de diecisiete años.

Nacido en el 37, unos meses después del inicio del reinado de su tío materno Calígula, Nerón vivió una infancia marcada por las intrigas familiares y en un clima de sospechas. En el 39, su madre Agripina es relegada al exilio en las islas Pontinas, tras ser acusada de adulterio en el contexto de una conspiración política. La tía paterna de Nerón, Domicia Lépida, recibe el encargo de cuidar del niño. En el 41, cuando Claudio accede al poder tras el asesinato de Calígula, su sobrina Agripina puede regresar a Roma y a palacio. Más tarde, en el año 49 se casa con su tío, después de la eliminación de Mesalina en el 48. Esta última estuvo involucrada en una conspiración de gran envergadura, con el apoyo de su amante Cayo Silio, que pretendía derrocar a Claudio en beneficio de Británico.

MUJERES Y NIÑOS DE LA CASA IMPERIAL

Las emperatrices no ostentan poderes institucionales, pero ocupan un lugar central en la corte. Madres o esposas de los emperadores, como Livia, Mesalina o Agripina, son eslabones esenciales en el fortalecimiento de la legitimidad del príncipe y alimentan ambiciones inherentes a este rol. La influencia de Agripina sobre Nerón y su predisposición a inmiscuirse en los asuntos del poder se convierten en prácticas cada vez más difíciles de soportar para el joven príncipe. Por ejemplo, durante las sesiones del Senado, la emperatriz se esconde disimuladamente detrás de una cortina para poder escuchar las deliberaciones. Es más, toma la iniciativa de la recepción de embajadores o de la tramitación de la correspondencia oficial, cosa que disgusta profundamente a

Séneca.[8]

Sin embargo, ciertos autores no dudan en exagerar la influencia nefasta de emperatrices como Mesalina y Agripina, presentadas como un factor de corrupción del poder. Las mujeres de la familia imperial sirven, ante todo, a las lógicas matrimoniales, tal como ocurre en todas las familias aristocráticas romanas desde la época republicana, en la medida en que asocian a la dinastía linajes ilustres y fortalecen el prestigio de la *domus* del príncipe. La inquietud por la reputación familiar y la construcción de redes de influencia está en el centro de las lógicas que conducen a la conclusión de alianzas matrimoniales.

Los divorcios no son raros y desempeñan un papel importante en la recomposición de estas estrategias en las que los sentimientos apenas ocupan lugar. El repudio de Octavia en el 62, pese a descender de un prestigioso linaje y haber nacido de la unión de Claudio y Mesalina, ha de facilitar el matrimonio de Nerón con Popea, que pertenece a una rica familia originaria de Pompeya. La suntuosa villa de Oplontis, situada cerca de Herculano, habría pertenecido a la familia de la emperatriz y hace gala de gustos refinados. No obstante, esta última no goza de demasiado renombre. Popea tuvo otros dos esposos antes de Nerón, uno de ellos fue Otón, que se convertirá en emperador de forma efímera en el 69, hecho que no constituye ninguna excepción para la época.

Por otro lado, Popea despliega ingentes esfuerzos para imponerse en detrimento de la esposa de Nerón, cosa que Tácito refleja correctamente con una mirada particularmente crítica respecto a quien él considera ante todo una intrigante.[9]De la unión con Popea nace solamente una hija de nombre Claudia en el año 63. Única descendiente de Nerón, su existencia no se prolongó más de unos meses. Por lo que a Popea respecta, su fallecimiento sobrevino brutalmente en el 65, sin duda por motivos relacionados con un nuevo embarazo. La prudencia se impone cuando Suetonio afirma que su muerte se debió a los puntapiés que le propinó Nerón en el vientre cuando esta le reprochó que dedicase tanto tiempo a la diversión y a los espectáculos.[10]

Los retoños de la familia imperial son objeto de toda clase de atenciones. En tanto que aristócratas romanos, los jóvenes están llamados a cumplir responsabilidades al más alto nivel, incluso a reinar un día para algunos de ellos. A los miembros jóvenes de las familias senatoriales se les confían ciertos cargos secundarios que les permiten familiarizarse con la vida de la ciudad.

Se pone todo el empeño en dotarlos de una educación digna de su rango y que les prepare para la carrera habitual de todo hijo de senador. Para ello, los mejores preceptores son asignados a los retoños de la *domus* imperial. En el mundo romano, la enseñanza a menudo la imparten los esclavos y los libertos originarios del mundo griego, en áreas como la gramática, la literatura y sobre todo la retórica, cuyo arte es esencial en política. La *paideia*, el ideal intelectual que debe alcanzar todo miembro de la élite social romana, emana de esta área cultural, que implica también el dominio del griego. Con esta finalidad, era muy habitual que los jóvenes aristócratas romanos residieran un tiempo en Grecia, especialmente en Atenas, para perfeccionar esta educación.

LA INFANCIA DE UN PRÍNCIPE

En su infancia, sobre todo durante los años de exilio de su madre Agripina, el joven Nerón es confiado a su tía Lépida. Suetonio afirma que también un barbero y un bailarín se hicieron cargo de la educación del niño. Estas dos profesiones son indignas de alguien del rango de Nerón, pero eso quizá permite al autor de *Vidas de los Césares* encontrar el origen de las excentricidades que le imputan los historiadores antiguos, en especial su gusto por las artes escénicas y por la indumentaria considerada extravagante.[11]

Aniceto aún recuerda la época en que, junto al liberto Beryllus, tenía por tarea proporcionar una sólida formación disciplinaria al joven Nerón. A partir de los once años, edad en la que es adoptado por Claudio, Nerón se beneficia de las sabias enseñanzas de Séneca. El filósofo estoico se convierte entonces junto con Burro, prefecto del pretorio entre los años 51 y 62, en un

preceptor que desempeñó un papel determinante en el desarrollo intelectual y moral del joven. Estos personajes, auténticos referentes para Nerón, siguen ejerciendo cierta influencia en este último cuando accede al poder.

Pese a la seriedad de esta educación, al joven Nerón no se le niega la diversión y asiste con avidez a los espectáculos que ofrece la capital. Adquiere popularidad entre el pueblo romano sobre todo por su participación en los Juegos de Troya.[12]Con ocasión de este acontecimiento, cuya fundación se le atribuye al propio Eneas, los jóvenes de la aristocracia romana participan en las representaciones de la caballería, en las que se simulan batallas. Según Tácito, en los Juegos Seculares organizados en el 47, en los que destacan Británico y Nerón, los favores del pueblo recaen sobre todo en el hijo de Agripina.[13]

Los orígenes familiares de Nerón explican en gran medida esta preferencia, puesto que él no es otro que el nieto de Germánico, sobrino de Tiberio. Germánico gozaba de un inmenso prestigio debido a sus hazañas militares en Germania a comienzos del principado, y murió de forma prematura en el año 19. El afecto del pueblo hacia Germánico hizo que recayeran sobre Tiberio sospechas de culpabilidad por esta desaparición. El emperador debe estar atento cuando el pueblo manifiesta su apego por un rival, como en el caso de Octavia.

Las revelaciones que Aniceto está obligado a hacer representan pues un importante desafío para el poder, puesto que han de eximir a Nerón de toda responsabilidad en la expulsión de una emperatriz apreciada por el pueblo. Los tiempos en que Nerón era un niño pequeño bajo su responsabilidad ya han pasado, y ahora, convertido en su eminencia gris, debe decidirse a satisfacer su voluntad. Antes de que estalle el escándalo y de que se active la mecánica del complot, alejándolo para siempre de Roma, Aniceto siente la imperiosa necesidad de dejar atrás el Palatino para sumergirse en el ambiente bullicioso de las calles de la Ciudad Eterna, de mezclarse con la muchedumbre, recorrer las columnatas de los pórticos y de los templos.

2
El príncipe en su capital
Nerón, príncipe constructor y megalómano

UNA CIUDAD DE LADRILLO Y DE MÁRMOL

Desde la cima del Palatino, Aniceto disfruta de un panorama excepcional de la capital y sus monumentos. No obstante, una parte importante de lo que se extiende ante sus ojos quedará reducida a cenizas tan solo dos años después. En junio del 64, durante seis días, las llamas devoran una gran superficie del centro de la ciudad de Roma. El incendio, que parte de las inmediaciones del *Circus Maximus*, el gran hipódromo que bordea el Palatino, alcanza rápidamente otros sectores de la ciudad a causa de los vientos. De las catorce regiones urbanas definidas por Augusto, tres quedan completamente destruidas y siete resultan gravemente dañadas. Solo se salvan cuatro, entre ellas el Trastévere, situado al otro lado del Tíber.

Hoy en día se da por hecho que la culpabilidad de Nerón en este incendio procede más de la leyenda que de la realidad histórica. La tradición cristiana ha contribuido también a forjar este lugar común de la historia romana debido a las persecuciones que siguieron al desastre. Sin embargo, esta catástrofe permite a Nerón hacer realidad su sueño arquitectónico de la *Domus Aurea*, la Casa Dorada. Roma está destinada a convertirse en una capital a imagen suya, una verdadera *Nerópolis*, como lo expresa Tácito, la manifestación de una pretendida megalomanía.[1]En realidad se trata más bien de la expresión del gusto de Nerón por el helenismo y la influencia de las monarquías orientales. Este es en todo caso uno de los fundamentos de la leyenda negra de Nerón, porque es acusado de aprovecharse del incendio para apropiarse de grandes superficies del espacio público. El uso de extensos terrenos de la capital para la edificación de la *Domus Aurea*, un complejo privado

desarrollado en detrimento de la construcción de espacios públicos, alimenta también la reprobación.

Dos años antes del desastre del 64, el aspecto de la ciudad de Roma está muy lejos de las restituciones que a menudo se proponen y que presentan la capital del siglo IV, en el momento en que su ornato monumental alcanza el paroxismo bajo el reinado de Constantino. En el año 62, el Coliseo, las gigantescas Termas de Caracalla o los complejos majestuosos de los fórums imperiales de los Flavios y de Trajano no contribuyen todavía a la magnificencia de la Ciudad Eterna. Según la expresión legada por Suetonio, Augusto había metamorfoseado Roma en una ciudad de mármol, cuando a comienzos de su reinado no era más que una ciudad de ladrillo.[2]Sin embargo, historiadores como Tácito afirman que bajo el reinado de Nerón las calles de Roma son a menudo estrechas, tortuosas y están abarrotadas, lejos de la imagen de esplendor ofrecida por ciertos péplums.[3]

El trazado de Roma no se parece en nada al de algunas colonias en las que los ejes principales, sobre todo el *cardo* y el *decumanus*, son ortonormados según un plano bien regular. La promiscuidad, la irregularidad y la maraña de construcciones son características de la *Urbs* de esta época. No obstante, conviene aportar ciertos matices al cuadro negativo dibujado por los satíricos. Roma no es una masa urbana anárquica, porque ciertos barrios acondicionados más recientemente han sido objeto de una planificación más cuidada y reflexionada, sobre todo en el Campo de Marte. Pero en el corazón de la ciudad, las causas de este desorden evidente residen en la ausencia de un plan urbanístico global, en las sucesivas reconstrucciones después de desastres y en la rápida densificación del espacio urbano.

La muralla serviana, construida al final de la época real, hace ya tiempo que ha sido sobrepasada por la expansión urbana y varias secciones han sido atravesadas. Por el contrario, el límite sagrado del *pomerium* sigue siendo una referencia esencial para definir el espacio de la ciudad. Esta frontera corresponde al surco fundador trazado por Rómulo, dentro de cuyo término no podían penetrar, en principio, ni los ejércitos ni los dioses extranjeros.

Incluso el dios Marte ha de residir en el exterior hasta el reinado de Augusto. Pero también allí, la urbanización galopante ha traspasado con creces el límite. El *pomerium* puede, no obstante, ser ampliado al ritmo de las conquistas de Roma, como ocurrió con la conquista de Britania por Claudio.

Desde finales de la República, la extensión y densidad del tejido urbano más allá del *pomerium* han sido notables en la región del Campo de Marte, donde todavía quedaban espacios disponibles. Esta vasta llanura está delimitada por la gran curva que dibuja el río Tíber en su margen occidental. Se han llevado a cabo grandes proyectos de edificación con el fin de ubicar, entre otras cosas, templos, teatros y pórticos. Al norte de esta zona se extiende el complejo monumental desarrollado por Augusto y Agripa, compuesto por el Mausoleo, el Altar de la Paz e incluso un gigantesco reloj de sol, cuyo *gnomon* no es otro que un obelisco traído de Egipto. En época de Nerón, la ciudad se extiende también más allá del Tíber, más exactamente en el barrio del Trastévere y en torno a la colina del Vaticano.

EL FORO: MEMORIA DE LA CIUDAD

En tiempos de Nerón, el Foro romano de la época republicana, bordeado por el Palatino y el Capitolio, sigue siendo un núcleo político, religioso, social y económico de la ciudad. Mientras se dispone a descender de la colina, desde lo alto del Palatino, Aniceto ve a sus pies un espacio saturado de construcciones públicas, algunas centenarias, que confieren toda su solemnidad al lugar. La Curia Julia, los templos, las dos basílicas, los mercados y las tiendas se concentran en este centro neurálgico. La plaza del Foro, estrecha e irregular, se distingue con dificultad en medio de esta imponente masa arquitectónica, que hace de escenario teatral para la obra que se repite cotidianamente bajo la mirada de los dioses. Son numerosos los que se apresuran hacia el Foro cada día en busca de noticias, de negocios comerciales fructuosos, con la esperanza de un proceso justo o simplemente para deambular a la

sombra de los templos. El propio Aniceto debe resolver algunos de sus asuntos personales antes de su obligada partida. Abrirse camino a través de esta muchedumbre compacta requiere un juego de codos. Desea poder confiar parte de sus bienes a parientes en el momento del exilio. Por otro lado, el Foro es el lugar indicado para la gestión de herencias, patrimonios o testamentos.

Allí, numerosos juristas y abogados ofrecen sus servicios, sobre todo junto a las basílicas Emilia y Julia, que rodean la plaza y están una frente a la otra. En el interior de estos grandes edificios cubiertos y bordeados de pórticos se llevan a cabo transacciones y juicios. Aquí el manejo del arte de la oratoria es indispensable para brillar y labrarse una reputación como abogado, del mismo modo que el dominio de la palabra por parte de todo político es condición para convencer. Las tribunas destinadas a las arengas, adornadas de espolones capturados de las naves enemigas, situados a ambos lados del lugar, dan fe de la importancia de la palabra.

Las justas verbales resuenan también en el interior de la Curia, situada cerca de la basílica Emilia, y que alberga las reuniones del Senado. Fue construida durante el reinado de César con ocasión de la planificación de su propio foro más al norte. En la época republicana, el espacio circular del *Comitium* acogía a los ciudadanos que permanecían delante de las puertas del Senado, que se mantenían abiertas. Allí, en la topografía, se materializaba el lema de la República, *Senatus Populusque Romanus*, «el Senado y el Pueblo de Roma». No obstante, durante el imperio, este espacio cae poco a poco en desuso.

Con la llegada de Augusto, la vida política se desplaza del valle del Foro hacia las alturas del Palatino para quedar concentrada en manos del príncipe, que ejerce el control de la misma. Sin embargo, el buen emperador es aquel que manifiesta constantemente respeto al Senado, con el fin de preservar la ilusión de continuidad republicana instaurada por Augusto. Por esta razón, las magistraturas tradicionales continúan siendo ejercidas conforme a las lógicas del *cursus honorum*. La carrera de honores sigue siendo una fuente de prestigio y de ascenso social para los miembros de las grandes familias romanas. En los epitafios, los

familiares gustan de recordar la trayectoria política y militar de los parientes difuntos y enumeran todos los cargos ocupados. Asimismo, el Foro conserva esta memoria de la República e incluso la de los orígenes de la ciudad.

Algunas fuentes antiguas insisten en que el *Lapis Niger*, ubicado muy cerca de la Curia, señala la tumba de Rómulo, marcada con una piedra negra. Esta tradición queda respaldada por un descubrimiento arqueológico realizado en 2020 bajo la propia Curia. Según las hipótesis, podría tratarse del cenotafio de Rómulo, es decir, de una tumba vacía y simbólica, a semejanza de un *heroon* griego. En las inmediaciones, el pequeño santuario del Volcanal, dedicado a Vulcano, es también uno de los santuarios más antiguos del Foro, puesto que su fundación se remontaría a la época de Rómulo según la tradición.

Igualmente, el *Lacus Curtius*, no lejos de allí, recuerda a los romanos el sacrificio de Marco Curcio, relatado especialmente por Dion Casio.[4]En el siglo IV a. C., se forma una sima en el Foro de resultas de un seísmo. Un oráculo afirma después que no se podrá rellenar a menos que los habitantes de la ciudad arrojen en su interior lo más preciado que tienen. Muchos se apresuran, en vano, a llevar objetos de gran valor. Curcio comprende entonces el sentido del oráculo y, con audacia, se precipita con su caballo a la sima, que se cierra de nuevo, por haber donado su vida.

Los monumentos que componen el Foro aluden también a otros muertos ilustres más recientes. Las tribunas de las arengas fueron también utilizadas para exhibir los restos de ciertos adversarios ejecutados durante las guerras civiles, como la cabeza y las manos de Cicerón que fueron colgadas en este lugar en el año 43 a. C. Al este de la plaza se yergue el templo de César divinizado, que, sin embargo, no fue asesinado el 15 de marzo del 44 a. C. en la Curia del Foro, sino en la de Pompeyo situada en el Campo de Marte. Aun así, Octaviano, para afirmar el prestigioso linaje al que pertenece, erige un santuario para su tío abuelo en uno de los lugares más céntricos y visibles de la capital.

El paisaje urbano aparece, pues, como un verdadero palimpsesto de la memoria y de la historia de Roma, en el que las

épocas se entremezclan y se superponen al antojo de las construcciones y los adornos de la ciudad. Infinidad de arcos y estatuas ecuestres, y también inscripciones, salpican las calles y las plazas en honor de los grandes hombres, de sus triunfos y de sus logros para Roma. Al final de la República, los grandes hombres, como Pompeyo y César, compiten por dejar su huella en la ciudad. Sin embargo, a partir de Augusto, esta prerrogativa corresponde esencialmente al emperador.

El simbolismo que envuelve al Foro no solo es histórico, sino también geográfico. Junto a la Curia, un pequeño monumento, el miliario de oro, materializa la convergencia de las carreteras de la península italiana, y de más allá del imperio, hacia el corazón de la capital. El conocimiento y el control del espacio desempeñan un papel central en el desarrollo de la potencia romana, tanto bajo la República como bajo el imperio.

Fragmentos de un documento epigráfico del siglo III, que data del reinado de Septimio Severo (193-211), permiten conocer con precisión la topografía de la ciudad: la *Forma Urbis*. Se trata de un mapa monumental de la capital, relativamente detallado, en el que se pueden identificar los nombres de ciertos lugares, las huellas de los edificios en el suelo y la red viaria. Estaba expuesto en el Foro de la Paz, construido en tiempos de los Flavios. Los arqueólogos han descubierto recientemente algunos fragmentos más. En Roma se yerguen otros mapas monumentales, en particular en el pórtico de Agripa en el Campo de Marte, donde también se puede ver un mapa del mundo. Esta cartografía de la *Urbs* (la Ciudad) y del *Orbs* (el mundo) marca el dominio romano sobre el mundo habitado. No obstante, a pesar del orden de los mapas y la majestuosidad de las columnatas, Roma sigue siendo una ciudad de profundos contrastes, en la que coexisten las élites senatoriales más afortunadas y una masa popular pobre.

EN LAS CALLES DE LA CIUDAD: RUIDOS, OLORES Y ALBOROTOS

El paisaje urbano de Roma en el siglo I, lejos de estar dominado únicamente por espectaculares monumentos de mármol blanco, como sugieren a veces los péplums y las reconstrucciones, era el de una ciudad abigarrada. La blancura inmaculada de los vestigios de mármol que se presenta a los visitantes en los museos actuales no refleja lo que ven los romanos de tiempos de Nerón. Los grafitos y las inscripciones grabados en la piedra a menudo se resaltan con color rojo para que se vean mejor las letras, las cabelleras de las estatuas y la vestimenta están pintadas, mientras que los relieves que adornan los frontones de los templos resplandecen también con sus distintos colores.

Muchos edificios revelan las marcas del paso del tiempo y requieren trabajos de mantenimiento, sobre todo si su construcción se remonta a varios siglos atrás. Augusto, al final de su reinado, en su testamento político de las *Res Gestae Divi Augusti*, se vanagloria de haber sido el autor de la restauración de más de ochenta templos a lo largo y ancho de la ciudad.[5]Esto no solo evidencia el cuidado constante que precisan las construcciones, sino también la piedad del emperador hacia los dioses porque no deja que sus moradas caigan en la decrepitud. Por otro lado, el mármol solamente se utiliza para los grandes edificios públicos, mientras que el ladrillo y la madera predominan en las construcciones más humildes, de las que pocas huellas arqueológicas han quedado en la capital.

En cuanto a las calles, la animación es permanente, noche y día. Según ciertos autores, como Séneca y Juvenal, vivir en la capital supone tener que soportar innumerables molestias. Las calles están especialmente congestionadas, y los más ricos, tumbados en su litera, tratan afanosamente de abrirse camino. Juvenal explica que cuando se aventura por las calles de Roma se encuentra atrapado por el gentío. Recibe golpes por todas partes y poco le falta para chocar contra una viga, mientras se ve obligado a chapotear por el barro con el pie aplastado por la suela tachonada de un soldado. Asimismo, hay que ser prudente al pasar por debajo de las viviendas, porque, según el satírico, el riesgo de ser golpeado por una teja caída del tejado no es nada

despreciable.[6]

Otro peligro son los carros cargados de piedras que amenazan con volcar y matar a los desgraciados transeúntes que pasan por su lado, aplastados bajo la masa de su cargamento. Las autoridades tratan de regular este tráfico caótico lo mejor que pueden. Las vías que conducen al Foro son probablemente las más saturadas a lo largo del día. Asimismo, los comerciantes, artesanos y vendedores ambulantes se añaden a esta región de la ciudad con la esperanza de sacar provecho de este flujo frenético. El Velabro, encajado entre las laderas del Capitolio y del Palatino, es una pequeña depresión que forma un corredor, entre el Foro romano y las márgenes del Tíber, y un eje neurálgico.

Allí, a lo largo del río, se extiende el *Forum Boarium*, foro de los bueyes, que constituye uno de los centros económicos más importantes de la capital, ubicado bajo la protección de Hércules, guardián por excelencia de los rebaños, y cuyo templo circular todavía es visible. Muy cerca de este, se encuentra también el foro destinado a la venta de verduras (*Forum Holitorium*), o un espacio reservado a la venta de aceite. Se trata, pues, de una zona estratégica para cocineros y posaderos, que acuden a abastecerse de ciertos productos cuyo aroma llenará las cocinas mientras los cuecen.

Cada día, numerosos carros repletos de productos alimenticios recién desembarcados se precipitan a través de la ciudad y contribuyen, así, a la congestión de las calles. Por este motivo, desde tiempos de César, la legislación restringe en principio la circulación de carros durante el día. Por desgracia, el estrépito de las ruedas forradas de hierro sobre el empedrado de la calzada despierta irremediablemente a los vecinos en plena noche. Las molestias sonoras constituyen uno de los motivos recurrentes de los textos satíricos o epistolares que atestiguan las vivencias en la capital durante la época imperial.

Estos problemas afectan también a otras ciudades. En Bayas, auténtico complejo termal situado cerca de Nápoles y famoso por sus aguas, Séneca explica que tenía que soportar el constante alboroto proveniente de las termas: las palmadas de las manos del

masajista sobre los cuerpos, los gritos de la depilación e incluso los saltos de los bañistas a las piscinas.[7]Para Juvenal, dormir en Roma era sencillamente imposible, hasta el extremo de correr el riesgo de morir de insomnio. Según este satírico, solo los ricos tenían la posibilidad de encontrar la tranquilidad del sueño.[8]Es cierto que los más afortunados, especialmente los senadores, poseían grandes propiedades en la campiña italiana y podían así huir de la efervescencia urbana.

No obstante, el ruido no es la única fuente de molestias; hay que añadir los olores nauseabundos de múltiples orígenes. Entre estos, los romanos tienen que soportar las emanaciones de las letrinas públicas y de las inmundicias esparcidas por las calles, que, en los barrios menos prestigiosos, no están todas pavimentadas. En el Trastévere se concentran numerosas tintorerías y curtidurías. La orina forma parte de los productos necesarios para el tratamiento de los tejidos y de los cueros, cosa que permite adivinar la repulsión que suscitan dichos talleres. Además, en las esquinas de las calles se colocaban vasijas con el fin de recoger la orina que necesitaban dichos artesanos. Esta particularidad se ha hecho famosa porque, después, Vespasiano impuso una tasa sobre este producto y su hijo Tito se lo reprochó. Entonces el emperador le presentó el dinero recaudado gracias a este impuesto y le señaló que no olía.[9]

Sin embargo, estas exhalaciones, probablemente muy fuertes en verano, se mezclan con olores más apetecibles que invaden el aire de las calles de la ciudad antigua. El olor del pan recién salido del horno de los panaderos, de las salchichas y de los guisos de las tabernas despierta el apetito de los transeúntes, estimulados también por el aroma de los perfumes y del incienso ofrecidos a los dioses en los santuarios. Las tiendas de perfumistas y de cosmética, los numerosos puestos de pescaderos, las carnicerías y otros oficios vinculados a la alimentación abundan también en la capital. Junto a los tenderetes, los vendedores interpelan a los transeúntes con la esperanza de despachar algún producto de factura artesanal o algo para sustentarse a lo largo del día.

Al salir de la basílica Julia, donde ha podido cerrar un

acuerdo para la tutela de sus bienes, Aniceto se deja atrapar por el gentío que converge en dirección al *vicus* Tuscus, la calle etrusca que bordea el templo de los Dioscuros hasta el oeste del *Circus Maximus*. Allí, al pie del Palatino, se levantan los *horrea* de Agripa, unos almacenes en los que se concentran varias tiendas. Inscripciones halladas en este lugar confirman, por ejemplo, la presencia de vendedores de ropa. El tamaño del edificio y el número de comerciantes que alberga indican la vitalidad económica de la capital.

TIENDAS Y PUESTOS: IR DE COMPRAS EN ROMA

Algunos autores lamentan que Roma se haya convertido en un inmenso mercado, donde los puestos usurpan cualquier parcela de espacio disponible, en una ciudad ya abarrotada, sobre todo en los alrededores del Foro romano. Junto a los comerciantes abundan numerosos profesionales que ofrecen sus servicios a los que deambulan por los pórticos: prestamistas que fían a quienes no tienen liquidez, abogados en busca de asuntos que defender ante los tribunales, rétores dispuestos a redactar los discursos más sofisticados o incluso cocineros que presumen de su dominio del arte de Apicio, el célebre gastrónomo del reinado de Tiberio.

No obstante, los puestos y los tenderetes del Foro y de sus alrededores se han ido incrementando a lo largo del tiempo. Este crecimiento exponencial necesita ser controlado regularmente por el poder con el fin de poner orden. Bajo el reinado de César, las *tabernae*, es decir, las tiendas, ya habían sido instaladas en las inmediaciones del Foro, dominado por el templo de Venus Genetrix y situado a los pies del Capitolio, con el objetivo de concentrar estas actividades comerciales y evitar la saturación del Foro republicano. En época de Nerón, en el año 59, se inaugura el *Macellum Magnum*, que según Dion Casio estaba destinado a los productos alimentarios, en especial a la carne y al pescado.[10]

Este edificio, construido sobre la colina del Celio, se conoce gracias a las monedas que representan dos columnatas

superpuestas, de las que emerge una cúpula. Las restituciones permiten pensar que se trataba de un gran cuadripórtico en cuyo centro se erguía un edificio circular bordeado de columnas, similar a un *tholos*. Allí mismo se levantaba una estatua del dios Neptuno en referencia a las criaturas marinas que se les ofrecen a los clientes y al mundo de la navegación. En Pompeya o en África del Norte en Leptis Magna se han identificado otros ejemplos de *macellum* parecidos a este, donde también se vendían carnes y pescados.

En un principio, las tiendas se instalan en la planta baja de los inmuebles (*insulae*) y en la fachada de las viviendas. Generalmente están totalmente abiertas a la calle, tanto si se trata de un vendedor de vino como si es un carnicero. Su tamaño suele ser bastante reducido, una o dos estancias, y a veces pueden estar dotadas de un sótano. Desde el punto de vista arqueológico, la presencia de un mostrador detrás del cual se sitúan los comerciantes permite confirmar su identificación. Las inscripciones, las pinturas y los rótulos garantizan la promoción del lugar y atraen a los clientes.

Al anochecer, los propietarios de las tiendas protegen su puesto de trabajo y sus mercancías mediante paneles deslizantes de madera que se cierran con cadenas. En Pompeya y Herculano se han identificado restos de estos dispositivos. En Roma, en determinados casos existe una especialización de las calles en función de las actividades profesionales que en ellas predominan. Por ejemplo, en el barrio del Velabro se agrupan mayoritariamente panaderos y carniceros. Roma aparece, pues, como un mercado gigantesco, pero al mismo tiempo es también una barriga que hay que alimentar.

ALIMENTAR A LA CAPITAL

Los puertos italianos de Pozzuoli, al norte de Nápoles, y de Ostia, al suroeste de Roma, pueden ser considerados los grandes ejes comerciales por los que llegan las mercancías de todo el imperio.

Cargueros repletos de trigo y de ánforas que contienen aceite, vino, salsas de pescado y gran cantidad de productos de conserva confluyen en la península. Durante el reinado de Claudio, el puerto de Ostia conoció modificaciones de gran envergadura con el fin de facilitar la llegada de barcos y aumentar la capacidad de recepción. Se trata de una dársena artificial construida por el predecesor de Nerón, conectada al Tíber por un canal, con el objetivo de sortear el problema de la sedimentación de este puerto vital para la capital. Más tarde, también Trajano lleva a cabo importantes obras en este puerto para facilitar su desarrollo y su eficacia.

Ostia, colonia romana por su situación, es una ciudad particularmente dinámica y cosmopolita debido a sus funciones económicas. Además, las corporaciones de marinos y embarcaciones ocupan un lugar destacado en las jerarquías civiles, en la medida en que sus actividades son esenciales, tanto a escala local como a escala imperial. Junto al teatro, todavía es posible ver el lugar de las Corporaciones donde se reunían los comerciantes procedentes de todo el imperio, de Occidente y de Oriente, y cuyo origen aparece indicado en los mosaicos dispuestos delante de su pequeño local.

Tras la descarga, las mercancías remontan el curso del Tíber antes de ser depositadas en unos inmensos almacenes (*horrea*) construidos en el corazón de la capital. Los *horrea Galbae*, cuya superficie estimada es de unos 21.000 metros cuadrados, se extienden a lo largo del río, al suroeste del Aventino. Cerca de este lugar, el Monte Testaccio atestigua la intensa actividad comercial que reinaba en las márgenes del Tíber, semejante a la de los muelles de Londres en el siglo XIX, así como la vitalidad de los intercambios a través de todo el imperio. Esta colina artificial, constituida por millones de tiestos de ánforas rotas, es en realidad una suerte de vertedero donde se amontonan estos recipientes de barro cocido abiertos y usados. Una buena parte de estas ánforas contenía, por ejemplo, aceite procedente de la península Ibérica, especialmente de la provincia de la Bética en Andalucía.

PAN Y PAZ

La paz social reposa en gran medida en la capacidad de satisfacer el hambre de la población. En este contexto, Augusto, tras las guerras civiles, desarrolló la prefectura de la anona y la confió a un ecuestre, cuya misión consistía en garantizar el abastecimiento regular de trigo a Roma. En el 62, Nerón elige a un nuevo prefecto de la anona: Cayo Popeo Sabiniano. Sustituye a Faenio Rufo, que se convierte en prefecto del pretorio este mismo año junto con Tigelino.

Los repartos de cereales concedidos a una parte de los ciudadanos ya existían en tiempos de la República, pero no estaban sometidos a una organización tan rigurosa y regular como la que hubo que establecer a inicios del principado debido al crecimiento de la población. La prefectura de la anona tiene como objetivo, ante todo, la supervisión de las compras y las importaciones de trigo en grandes cantidades, su almacenamiento y su distribución. El trigo se compra en diferentes territorios del imperio, sobre todo en Egipto, en África del Norte o en Sicilia, en la medida en que Italia ya no basta para alimentar a toda la población de la península.

Una parte de los ciudadanos puede beneficiarse de distribuciones gratuitas de trigo mediante la presentación de una tésera frumentaria, una tablilla de madera, que incluye la identidad de su titular y acredita la elegibilidad para esta medida. No obstante, quienes pueden beneficiarse de estos repartos no son los ciudadanos más miserables, porque para ello hay que tener un domicilio en Roma. Esta plebe frumentaria dispone pues de algunas comodidades, mientras que los más míseros quedan al margen de esta ayuda. La preciada tésera debe recogerse en el pórtico de Minucio (*porticus Minucia*), situado en el Campo de Marte, no lejos del Teatro de Pompeyo, antes de ir a los graneros de la capital a por el grano asignado. Hay que esperar a la época tardía para que el pan se distribuya directamente. Bajo el reinado de Aureliano en el siglo III, la carne de cerdo forma parte también de los posibles repartos.

Lejos de la imagen del tirano que desprecia y oprime a sus súbditos, Nerón, por el contrario, se preocupa de asegurar el suministro de trigo, porque es una de las principales expectativas de la ciudadanía y un desafío político crucial. La propaganda imperial se apropia por completo de este tema, ya que las monedas celebran los repartos de trigo llevados a cabo durante el reinado de Nerón. Suetonio explica que el emperador organiza incluso repartos de regalos destinados al pueblo, entre los que figuran vestidos, dinero, vituallas de naturaleza variada o incluso bonos para procurarse trigo.[11]Asimismo, según el biógrafo, Nerón distribuye de manera gratuita el trigo a los pretorianos, probablemente con el propósito de conservar su crucial apoyo.

El Alto Imperio no conoce grandes hambrunas que provoquen una mortalidad elevada, sino más bien períodos de escasez. La seguridad alimentaria de la capital puede resquebrajarse por una coyuntura meteorológica, susceptible de afectar a la propia producción o al transporte por mar, aunque también, y más puntualmente, por acontecimientos políticos o militares, como ocurrió durante las guerras civiles del siglo I a. C. Bajo el reinado de Nerón, las campañas militares realizadas en la provincia de Britania, y también las de Oriente frente a los partos, pueden intensificar la presión sobre el abastecimiento de trigo y su reparto entre los soldados, acantonados en las fronteras del imperio, y la población de alrededor de un millón de habitantes de la capital.

EL PRÍNCIPE NUTRICIO

El más mínimo rumor acerca de un desabastecimiento suscita la inquietud en el seno del pueblo y puede provocar disturbios. Suetonio relata que bajo Nerón, durante una grave carestía que hacía estragos en la capital, llegaron barcos procedentes de Alejandría con destino a Italia, cargados de arena destinada a los atletas en vez del preciado grano tan codiciado.[12]Este rumor, probablemente amplificado, o incluso inventado por Suetonio, sembró inquietud y cólera entre el pueblo. Asimismo, con ocasión

del incendio de Roma en el 64, Suetonio asegura que el emperador no habría dudado en prender fuego a los almacenes de trigo situados en los terrenos que deseaba adquirir.[13]Detrás de estas acusaciones sin duda infundadas, es preciso destacar la importancia de la función nutricia del príncipe, y cualquier negligencia por su parte respecto a este deber se convierte en la manifestación de un poder tiránico.

El buen emperador debe ser también el dispensador de agua para sus súbditos. La profusión de este beneficio vital en las ciudades romanas es un destacado indicador de la civilización romana. El agua es también un desafío político, puesto que desempeña un papel fundamental en la imagen del poder. En efecto, los ninfeos, fuentes monumentales consagradas a las ninfas, a menudo se asocian a los honores religiosos prodigados a los emperadores divinizados. En Roma, bajo Nerón, hay nueve acueductos —el más reciente es el de Claudio— que permiten a todo el mundo un acceso fácil al agua gracias a las numerosas fuentes que irrigan la ciudad. Los vestigios de dichos acueductos todavía se yerguen por la campiña romana en calidad de testigos de los medios técnicos y económicos desplegados por el poder para cubrir las necesidades de agua.

Sin embargo, los acueductos no son necesariamente grandes estructuras arquitectónicas a semejanza de las de Roma o del Puente del Garda en la Galia narbonense. Se trata muy a menudo de simples canalizaciones de plomo enterradas. Los ingenieros y las autoridades se ocupan de que haya un buen flujo de agua, que puede verse comprometido por un mal cálculo de la inclinación del acueducto, por una obstrucción de la canalización o incluso por actos de maldad. Siempre hay quienes no dudan en desviar la canalización con el fin de disponer de agua a voluntad en su vivienda, ya que solo una minoría muy pequeña la tiene a domicilio, privilegio de los más ricos. Por otro lado, el acceso al agua es también crucial en la lucha contra los incendios, tan frecuentes en Roma. Por este motivo, a partir de finales del siglo I, la legislación se muestra muy severa con quienes cometen tales infracciones.

CONTROLAR Y PROTEGER LA CAPITAL

Dirigir una ciudad que cuenta por lo menos con un millón de habitantes en el siglo I es un reto constante. Con la intención de restablecer el orden en la capital y en el imperio en su conjunto, durante su reinado, Augusto organizó la administración de la ciudad con el objetivo de hacerla más eficiente y adaptada a las mutaciones de la megalópolis. Se definen catorce regiones en el interior de un tejido urbano denso y que se extiende a ambos lados de las orillas del Tíber, cada una identificada mediante un número y un lugar o monumento destacado. A escala más local, cada región está dividida en barrios, que en la segunda mitad del siglo I eran poco menos de trescientos.

Al frente de estas circunscripciones se encuentran los *vicomagistri*, cuyas responsabilidades consisten, entre otras cosas, en supervisar el cumplimiento de los honores religiosos destinados al emperador y también contribuir a la administración y a la seguridad del barrio. El estrecho entramado del espacio urbano realizado por el poder es un instrumento que permite reforzar la fidelidad de los habitantes de la capital y la estabilidad política. En este mismo contexto se enmarca la construcción de altares en honor de los Lares de Augusto, divinidades protectoras del príncipe, lo más cerca posible de los romanos. La omnipresencia del nombre y de la imagen del emperador, como una fuerza activa, es un fermento de estabilidad en una ciudad propensa a la agitación. El emperador debe aparecer como un padre protector para los habitantes de la capital, a semejanza de Augusto que ostenta el título de Padre de la patria (*Pater patriae*) en el año 2 a. C.

Aun así, algunos acontecimientos pueden suscitar el alboroto popular. En el 62, el asunto del repudio de Octavia se halla precisamente en el origen de cierta conmoción en la capital, puesto que era muy apreciada por el pueblo, según Tácito. Cuando es relegada a la Campania, la presión popular obliga al emperador a reclamarla de nuevo a Roma. El hecho de que se trate de la hermana de Británico, muy querido por los romanos, justifica sin

duda este apego. Ebrio de alegría, el pueblo celebra este retorno derribando las representaciones de Popea, sobre todo en el Capitolio, y acudiendo a toda prisa al Palatino para rendir homenaje a Nerón por esta sabia decisión.

Sin embargo, los soldados encargados de la seguridad del príncipe se ven obligados a emplear la fuerza, látigo y lanza en mano, a fin de dispersar a la multitud.[14]Este episodio muestra el modo en que la calle puede ejercer presión sobre las decisiones del príncipe, que teme que la situación en la capital degenere. Popea, que ve que el curso de los acontecimientos se tuerce en su contra, consigue al fin convencer a Nerón para que se deshaga definitivamente de esta rival. Aquí es donde entra en juego la conspiración urdida con la complicidad de Aniceto.

En el Alto Imperio, estos episodios de emoción popular no son raros. Poco antes, en el 61, se produce otro acceso de agitación popular, cuyo relato nos lo proporciona Tácito. El prefecto de la ciudad, Pedanio Secundo, es asesinado por uno de sus esclavos. Como prevé el derecho romano, en semejante situación el conjunto de los esclavos de la casa se considera cómplice y culpable. Según Tácito, el motivo del crimen radica, bien en la negación a concederle la libertad al esclavo conforme a las condiciones previamente establecidas, bien en una rivalidad amorosa con relación a otro esclavo. Por consiguiente, los cuatrocientos esclavos son condenados a muerte. El pueblo siente compasión por esta masa de inocentes y el asunto adquiere una gran magnitud. La muchedumbre, impelida por la emoción, rodea el Senado armada de antorchas y piedras. Los debates acerca de la suerte que les espera a los esclavos son encarnizados, pero al final se impone la severidad. Para contener a la masa, Nerón se ve obligado a desplegar a los soldados a lo largo del camino que conduce a los esclavos condenados a su suerte, es decir, probablemente a la crucifixión.[15]

El prefecto de la ciudad es un senador que tiene por misión precisamente garantizar el orden en la capital y prevenir semejantes episodios. Desde Augusto, los ediles y los cónsules pierden parte de su prerrogativa en aras de esta magistratura

prestigiosa que, a partir de este momento, se sitúa en la cúspide del *cursus honorum*, es decir, la carrera de los honores que culmina todo senador. Sus responsabilidades consisten, entre otras, en la vigilancia de los mercados y de los lugares en los que se celebran los espectáculos. Puede contar con cohortes urbanas, cuyos cuarteles están repartidos por las diferentes regiones de la ciudad, que mantienen el orden mientras patrullan por las calles de la capital.

Asimismo, las cohortes de la guardia pretoriana, bajo la autoridad del prefecto del pretorio, completan a estos efectivos y garantizan la seguridad de Roma. Junto a estos hombres, hay que contar también con las cohortes de vigiles, que responden a las órdenes del prefecto de los vigiles, procedente del orden ecuestre. Se les atribuyen funciones de policía, pero sobre todo han de hacer frente al azote de las llamas.

UNA CIUDAD CON TODA CLASE DE PELIGROS

Los elementos naturales se desencadenan de forma periódica en Roma. Las crecidas del Tíber pueden tener efectos devastadores para quienes viven a orillas del impetuoso río. A lo largo de la historia, Roma ha conocido grandes inundaciones, pero lejos de soportar esta catástrofe, las autoridades han tratado de adoptar soluciones eficaces, pues Julio César proyectaba modificar el curso del río y hacerlo discurrir a los pies del Vaticano. Sin embargo, su asesinato en el 44 a. C. puso fin a este proyecto que nunca vio la luz del día. A comienzos del Alto Imperio, los senadores asumen las funciones de conservadores del lecho y las márgenes del Tíber, y para ello deben anticiparse a los efectos destructores de las crecidas.

Las inundaciones, pero también las llamas, castigan a veces duramente a la Ciudad Eterna. El gran incendio del 64 se inscribe así en el marco de una serie de numerosos desastres de este tipo que han azotado Roma a lo largo de su historia. Los vigiles han de patrullar a fin de prevenir los inicios de los incendios y poder

acceder rápidamente a una fuente de agua. En su lucha contra el fuego, los vigiles pueden emplear sábanas húmedas, formar una cadena humana para hacer circular cubos de agua o recurrir a las bombas de agua capaces de lanzar un chorro sobre las llamas. Si la situación se vuelve crítica, entonces es preferible derribar las viviendas contiguas con armas de guerra con el objetivo de evitar la propagación del fuego.

La promiscuidad de los inmuebles y la estrechez de las calles favorecieron enormemente el incendio del 64 según Tácito y explican su alcance. Por este motivo, tras el desastre se definieron normas de edificación para reducir riesgos. Entre otras medidas, se impuso la de dejar alguna distancia entre los edificios o incluso la construcción de pórticos en la fachada a fin de facilitar el acceso de los vigiles a las llamas. Asimismo, se limitó la altura de los edificios para evitar los riesgos de derrumbamiento. La carrera hacia las alturas era característica de las *insulae*, edificios de viviendas densamente poblados, que incluso podían alcanzar dimensiones vertiginosas. Cicerón evoca unos apartamentos suspendidos en el aire.[16]El autor cristiano Tertuliano menciona también la superposición hasta el cielo de apartamentos de ocho pisos, cada uno conectado con una escalera.[17]No obstante, las *insulae* eran al principio de una altura más reducida. La legislación augústea había fijado el límite en unos veintiún metros. En caso de incendio, los que vivían en los últimos pisos de semejantes edificios tenían muy pocas probabilidades de escapar sanos y salvos.

Juvenal explica que, a diferencia de otras ciudades, en Roma el mantenimiento y las reparaciones de las viviendas se llevan a cabo de forma chapucera y descuidada. Según el satírico, las grietas se camuflan y los propietarios aseguran que se puede dormir tranquilamente… hasta el derrumbe del edificio.[18]Estos mercaderes del sueño poco escrupulosos contribuyen, pues, a la precariedad de las condiciones de alojamiento y son responsables de estos riesgos.

La extrema densidad de la población, la ausencia de planificación urbanística en el desarrollo de la capital y la dificultad para cumplir las normas de seguridad entorpecen el

control de la *Urbs* por parte del poder. A este panorama, a veces exagerado por los satíricos, hay que añadir una inseguridad latente en las calles de Roma, donde encuentros desagradables pueden acarrear consecuencias enojosas, cosa que obliga a Aniceto a estar alerta y a no llamar demasiado la atención.

3

La Subura y los bajos fondos de Roma

Nerón, un príncipe violento y «pendenciero»

Aniceto deja atrás los mármoles del Foro y la Roma monumental para dirigirse hacia el norte y adentrarse en los meandros de las callejuelas de la Subura. Tras haber resuelto sus asuntos personales, ahora debe solventar otra misión por cuenta del emperador antes de confesar su culpabilidad de adulterio con Octavia: asegurarse de que el pueblo no pueda rebelarse en caso de eliminación de esta última. Teniendo en cuenta la impetuosidad y la versatilidad del pueblo, parece sensato enterarse de lo que piensa sobre Nerón, Octavia y Popea. La agitación que obligó al emperador a requerir a su legítima esposa a Roma y librarla de su exilio en la Campania le hace ser cauto y obrar con prudencia.

Dion Casio refiere que, tras la muerte de Agripina, Nerón fue honrado en público, pero que, cuando el pueblo tenía ocasión de expresarse libremente, entonces el emperador era vilipendiado y acusado de matricidio. Algunos incluso llegaron a colgar sacos de cuero del cuello de sus estatuas.[1]Efectivamente, en Roma era costumbre encerrar a los parricidas en un saco en el que también metían animales, como serpientes, un perro, un gallo o incluso un mono y arrojarlos al Tíber. El pueblo no duda en mostrar públicamente una ironía llena de desdén hacia el poder, porque, según este mismo historiador, en el Foro se exhibió a un niño con un cartel que informaba que había sido abandonado por temor a un matricidio.

LOS BARRIOS POPULARES

Para comprender las consideraciones del pueblo acerca del poder, no hay mejor lugar en Roma que el barrio de la Subura, uno de los

más populares de la capital, donde las lenguas se desatan y los rumores circulan con rapidez. El liberto imperial conoce bien las callejuelas por las que se adentra para fundirse con el gentío. Se acuerda entonces de las escapadas nocturnas de su amo, que, enfundado en una capa con capucha y disfrazado de esclavo para no ser reconocido, vagaba por las calles de la capital con el fin de cometer las más variadas fechorías. Según Suetonio y Tácito, el emperador no dudaba en apalear a las personas que encontraba ni en recibir él mismo los golpes, arrojaba a sus víctimas a las alcantarillas e incluso derribaba las puertas de las tiendas con el objetivo de saquearlas.[2]

Estas anécdotas, probablemente exageradas o incluso inventadas, contribuyen a la leyenda negra de Nerón. Hay que colocarlas en el mismo saco que las acusaciones que le imputan la responsabilidad del incendio de Roma. Es el arquetipo del tirano que no duda en hacer gala de una crueldad arbitraria hacia los más ricos y para con los simples ciudadanos. Según Tácito, a partir del año 62, el príncipe ya no trata de «enmascarar sus excesos y sus crímenes»,[3]en parte quizá debido a la muerte de Burro, que contenía tales desmanes. Por otro lado, estas fechorías asociadas a Nerón demuestran su indignidad para desempeñar las funciones imperiales en la medida en que se comporta como un vulgar delincuente de los bajos fondos de Roma.

Los textos redactados por los autores de la época romana, que a menudo pertenecen a las élites, están impregnados de numerosos prejuicios sobre las clases populares, incluso muestran una verdadera condescendencia. Al hacer una descripción despectiva, las élites pueden distinguirse mejor de entre la mayoría. La exageración o el juicio moral, perceptibles sobre todo en los satíricos como Juvenal y Marcial, deben incitar a la prudencia cuando los textos de la época imperial se explotan para conocer mejor a los más humildes de la capital. Asimismo, las categorías sociales superiores manifiestan también desconfianza. Los romanos de tiempos de Nerón recuerdan la época convulsa del siglo I a. C., en la que facciones políticas rivales reclutaban a sicarios de entre las capas populares, que contribuían a la violencia fratricida

mediante el derramamiento de sangre en la *Urbs*.

Desde los últimos siglos de la República, se ha producido un considerable flujo de masas venidas del mundo rural de la península italiana hacia Roma para reagruparse en barrios superpoblados, a los que se añade la pobreza. Al mismo tiempo, las tierras agrícolas italianas se encuentran concentradas en manos de una minoría acaudalada, que reina sobre grandes propiedades de tipo latifundista. Los satíricos y los moralistas retratan a una masa ociosa, muy alejada de los ciudadanos soldados de la época de las conquistas o de los campesinos virtuosos y frugales de los orígenes.

Las descripciones literarias desmesuradas de una ciudad repulsiva deben ser, cuando menos, matizadas. Se trata de un lugar común de la moral romana, que ve en la megalópolis en que se ha convertido Roma un espacio en el que los valores tradicionales se diluyen en los placeres y la ociosidad. Otras ciudades del imperio son descritas de forma similar, especialmente en Oriente, a imagen de Antioquía y Alejandría, famosas por ser lugares de relajamiento de las costumbres y de ablandamiento.

Además, las obras literarias de la época imperial tienden a incluir a todas las categorías populares en una masa indefinida, sin tener en cuenta los matices de pertenencia social y económica de los individuos, que sí pueden detectarse en las aportaciones de la epigrafía y la arqueología. Así pues, existe un gran abismo que separa al hombre libre indigente, condenado a luchar cada día por su supervivencia, del artesano o del comerciante cuyos ingresos les permiten satisfacer con creces sus necesidades elementales e incluso llevar una vida confortable.

Pese a todo, los más desfavorecidos constituyen sin duda una parte importante de la población de la capital. Numerosos mendigos tratan de despertar la piedad de los transeúntes instalándose en lugares donde hay una circulación densa. Algunos de ellos erran entre las tumbas a las puertas de las ciudades junto con las prostitutas y los ladrones que encuentran allí refugio. Los más pobres de todos apenas dejan rastro en las fuentes, porque su indigencia les priva incluso de tener un monumento funerario dotado de una estela y de una inscripción, hecho que los condena

al olvido.

La población de la capital está, por consiguiente, fuertemente jerarquizada y es muy desigual desde el punto de vista social y económico. Sus orígenes geográficos son también muy dispares. Juvenal se alza contra el cosmopolitismo de Roma y lamenta que el Orontes, río sirio que discurre cerca de Antioquía, no desagüe en el Tíber.[4]Su resentimiento hacia los orientales, ya sean egipcios, sirios o judíos se manifiesta en varios fragmentos de su obra. No es de extrañar que numerosos comerciantes extranjeros traten de prosperar en la capital, auténtica megalópolis cuyos almacenes albergan riquezas procedentes de todo el imperio y más allá. Entre los esclavos y los libertos hay que contar también a muchos griegos, orientales o individuos pertenecientes a pueblos considerados bárbaros, capturados durante las guerras.

En realidad no existe ninguna segregación socioespacial en el seno de la capital, ya que la gran pobreza coexiste con las inmensas fortunas. Aun así, ciertos barrios están más asociados a las élites, como el Palatino en la época republicana. Otros, en cambio, cargan con una reputación muy negativa debido a su identidad popular y se perciben como los bajos fondos de la capital en un imaginario colectivo, a veces en las inmediaciones de la zona de los foros, en el corazón de la ciudad. Esto es lo que ocurre con el barrio del Argileto, situado al norte del Foro republicano.

BIENVENIDOS A LA SUBURA

Al otro lado del Tíber, la reputación del Trastévere tampoco es de las mejores. No obstante, el de la Subura es, de todos los barrios, el que cristaliza todas las angustias y prejuicios de los autores de la época imperial. Para los satíricos, su nombre basta para sintetizar las vilezas de la masa mísera y dudosa del pueblo.[5]Está situado al norte del Foro de Augusto. Aún hoy en día, se yerguen, detrás del templo de Mars Ultor que domina este espacio, los vestigios de un gran muro de unos treinta metros de altura que materializaba el límite de este barrio, como si señalase, cual Jano, dos caras

radicalmente opuestas de la capital. Hay pasadizos a un lado y otro del templo que permiten circular entre los dos sectores. Para Juvenal, se trata, en cambio, de un límite que no hay que atravesar. El satírico confiesa que prefiere afrontar la soledad de la isla de Procida antes que atravesar el barrio de la Subura.[6]La miseria que allí se concentra lo convierte en guarida de criminales y escenario de actividades indignas como la prostitución. El peligro surge sobre todo por la noche.

Recorrer las calles de Roma, especialmente las de estos barrios, puede resultar harto arriesgado. Si uno se fía de Juvenal, parece que las agresiones son frecuentes. Los más ricos, a su regreso de los banquetes, pueden contar con una escolta que los protege e ilumina su camino a falta de alumbrado público. El satírico explica que no es lo bastante rico como para disponer de semejante protección y se ve obligado a utilizar su vela con moderación. Frente a los agresores y su violencia poco cabe esperar, según él. Desde que anochece, cuando cierran las tiendas, los malhechores se dispersan por las calles de Roma, hasta el punto de que las cárceles de la ciudad no son suficientes. También podía uno cruzarse en las calles de Roma con ciertas bandas de la juventud dorada de la capital que, como Nerón, se dedicaban a esta forma de delincuencia contra las tiendas o los viandantes.

Para Juvenal, los habitantes de la Subura son tan despreciables que nada bueno puede salir de allí. Sin embargo, según Suetonio, el propio César eligió residir en este lugar para mostrar su proximidad con el pueblo.[7]Asimismo, ciertos barrios sufren mutaciones sociales a lo largo de la historia de Roma. Durante siglos, bajo la República, el Aventino está estrechamente asociado a la plebe romana. En la memoria de los romanos, este sitio evoca los episodios de las secesiones de la plebe frente a los patricios, en las que el templo de Ceres, diosa nutricia, se utilizó como lugar de reunión. No obstante, en época imperial, las clases sociales más ricas se instalan en esta colina, un verdadero fenómeno de *gentrificación* anticipado. El Aventino se convierte en un barrio apreciado por las élites y en el que abundan casas lujosas suntuosamente decoradas.

Del mismo modo que en las grandes metrópolis de hoy en día, encontrar un alojamiento decente en la Roma imperial es un auténtico desafío. El precio de la vivienda y de la tierra, vinculado sobre todo a la presión demográfica desde finales de la República, alcanza valores excesivos. Juvenal explica que el coste de una hermosa residencia al sur de Roma, por ejemplo en la ciudad de Frosinone, equivale al precio del alquiler anual de un tugurio de la capital.[8]

Gran parte de los habitantes reside en pequeños apartamentos construidos en las *insulae*, inmuebles que pueden alcanzar varios pisos, y a cuyos pies se instalan generalmente las tiendas abiertas a la calle. En el interior del inmueble, cada apartamento está provisto de una escalera. En cuanto a los últimos pisos, reservados a los más pobres, el acceso se hace por escalas a través de estrechos pasadizos.

Los restos arqueológicos de estos modestos habitáculos son tenues. En Roma, las ruinas de estos edificios aún son visibles a los pies del Capitolio, muy cerca del monumento de Víctor Manuel II. Pero los vestigios mejor conservados se encuentran sobre todo en Ostia, y después en Pompeya y Herculano. Los textos dan pocos indicios sobre las realidades materiales de estas viviendas modestas, mucho menos conocidas que las mansiones ricas, porque los autores de la época imperial dedican muy poco espacio a las capas populares. Pese a la limitada documentación, parece que las condiciones de vida en este tipo de habitáculos son difíciles. Los riesgos de derrumbe y de incendio son las principales amenazas que pesan sobre los residentes, sobre todo para los alojados en los últimos pisos. En el día a día, estos alojamientos espartanos están sometidos a numerosas molestias.

PROMISCUIDAD, INSALUBRIDAD Y EPIDEMIAS

La promiscuidad y el aislamiento tan limitado de los espacios en los que se desarrolla la vida permiten adivinar la falta de intimidad y la incomodidad de las *insulae*. En verano el calor es asfixiante,

mientras que en invierno el habitáculo ha de calentarse con un simple brasero, instrumento cuyo uso es extremadamente peligroso, puesto que una simple chispa puede provocar el incendio de todo el inmueble, incluso del barrio. Los ocupantes están expuestos al frío debido a la ausencia de ventanas con cristales, privilegio reservado a los hogares más acomodados. El mobiliario, muy escaso, consiste básicamente en una cama y un baúl. No obstante, teniendo en cuenta el precio de los alquileres en Roma, es necesario tener unos ingresos mínimos para alojarse en estos apartamentos. Los pobres más marginales de la sociedad viven en la calle, incluso en las zonas de las necrópolis, entre las tumbas.

Aun así, hay que evitar establecer una oposición radical entre viviendas ricas y apartamentos pobres. También existían alojamientos de calidad intermedia, ya fueran las *insulae* con un nivel superior de confort, ya las *domus* modestas, accesibles a individuos pertenecientes a la plebe media. En las *domus* modestas es inútil buscar mosaicos y frescos refinados. Los ejemplos de Pompeya muestran que el suelo estaba hecho de tierra batida mezclada con fragmentos de piedra para imitar a los más ricos.

En las *insulae* más sencillas, las viviendas suelen carecer de servicios tan esenciales como las letrinas. Juvenal aconseja prudencia a los transeúntes que circulan por debajo de los inmuebles, porque existe el riesgo de que les alcance el contenido de un orinal arrojado por la ventana.[9]Las letrinas públicas se construyeron en las ciudades antiguas para que el mayor número de habitantes pudiese satisfacer sus necesidades naturales.

Estas edificaciones son fácilmente identificables por sus banquetas provistas de agujeros donde se sientan los usuarios, cosa que las convierte en un lugar de socialización. Los visitantes podían limpiarse con una esponja colocada en el extremo de un palo (*xylospongium*) y que se podía enjuagar en el agua que fluía por una canaleta a los pies de las banquetas. Asimismo, al no disponer de agua corriente en los apartamentos, los habitantes dependen de las fuentes. Afortunadamente, Roma dispone de numerosas fuentes que permiten a todo el mundo abastecerse

rápidamente cerca de su domicilio.

A la precariedad de las condiciones de alojamiento y a la gran densidad se suma también la insalubridad. Las epidemias en Roma no son raras. La enfermedad y la hambruna son dos plagas especialmente temibles, que los antiguos asocian en la expresión griega *limos kai loimos*. Los textos latinos emplean a menudo el término *pestilentia*, pero los males que azotan a las poblaciones no están bien identificados. Esta clase de problemas sanitarios están particularmente documentados en época republicana. La región de Roma es pantanosa y el propio Foro era al principio una zona de marismas, circunstancia que evidentemente propicia la difusión de la malaria a través de los vientos. Por este motivo, en época monárquica, bajo el reinado de Tarquinio el Viejo, se construyó una gran alcantarilla, la *Cloaca Maxima*, destinada a evacuar las aguas residuales hacia el Tíber y a sanear estos lugares.

Los análisis antropológicos de los esqueletos de la época imperial, especialmente de la necrópolis de Portus, atestiguan la presencia de malaria, que sigue afectando a Roma mucho después de la Antigüedad. Los antiguos cuidan mucho del entorno natural porque, en virtud de las concepciones hipocráticas, la teoría de los miasmas supone que el aire es un vector de enfermedades. Sin embargo, bajo el reinado de Nerón no hay que lamentar ninguna epidemia de gran alcance en la capital. En el 65, un año después del gran incendio, la capital parece afectada por una epidemia, posiblemente procedente de la Campania, pero que no tiene comparación con la gran pestilencia que aqueja al conjunto del imperio bajo el reinado de Marco Aurelio, quizá la viruela, en la década de 160.[10]

Las pésimas condiciones sanitarias originan también problemas de malnutrición. Los esqueletos de la época imperial hallados en Italia, sobre todo los de Herculano, presentan con frecuencia indicios de carencias. Estas se explican en parte por un déficit de proteínas, hierro –que se traduce en anemia– o vitaminas. Muchos niños están afectados por problemas de raquitismo que se detectan fácilmente en los esqueletos, en particular por las piernas arqueadas.

Por otro lado, los individuos a menudo parecen contaminados por parásitos, como demuestran los análisis de las letrinas. Los parásitos intestinales identificados pueden causar diversas formas de disentería. Por este motivo, los médicos extienden muchas recetas con el fin de eliminar las lombrices intestinales. Otra fuente causante de problemas sanitarios está relacionada con el plomo. Con frecuencia se ha considerado que las tuberías fabricadas con este metal generaban casos de saturnismo de forma epidémica. Parece necesario matizar el alcance de los problemas vinculados con el plomo. Con todo, la contaminación es también posible por el empleo de vajillas o cosméticos en los que se ha utilizado dicho material.

LA SUBURA: CENTRO NEURÁLGICODEL COMERCIO Y DE LA ARTESANÍA

Pese a las miserias que sufren los más humildes, a veces amplificadas por los textos, su vida cotidiana no puede quedar resumida en un cuadro sórdido. Asimismo, lejos de la imagen de una plebe ociosa sometida a su suerte, la gente corriente de Roma se afana en sus distintos oficios artesanales y comerciales, que conocemos sobre todo a través de los vestigios arqueológicos, las inscripciones e incluso la iconografía. Los textos literarios apenas hablan de ellos, hecho que se explica por el escaso interés de los autores antiguos por realidades tan prosaicas, incluso por su desprecio hacia estas actividades manuales. Además, los romanos no tienen conceptualizado el artesanado en cuanto a tal, a diferencia de la agricultura y el comercio. Numerosos relieves funerarios, hallados sobre todo en Ostia, muestran las gestas y las prácticas cotidianas de estos profesionales, repetidas para la eternidad y cuya imagen expresa el orgullo del difunto por el trabajo realizado a lo largo de su vida.

Estas imágenes e inscripciones talladas en la piedra son obra de grabadores, una profesión esencial de las ciudades antiguas. En sus talleres, el ruido del martilleo provocado por sus herramientas

es incesante. En la capital y a lo largo de las carreteras que conducen a ella, y en las necrópolis, los textos epigráficos son omnipresentes: dedicatorias a los dioses, inscripciones honoríficas para magistrados o para el emperador, calendarios, epitafios o incluso decisiones jurídicas. El grado de finura y de calidad de las letras depende de la importancia del texto o de los recursos económicos del comitente. No está claro que todo grabador supiera necesariamente leer, cosa que explica a veces las formas erróneas presentes en ciertos textos copiados en la piedra.

La frialdad de las lápidas de los artesanos y de los comerciantes no permite imaginar la animación y el ruido que estos generaban en Roma, ansiosos por atraer la atención de los transeúntes con el fin de dar salida a sus productos. Un relieve de Ostia devuelve a la vida escenas cotidianas que animaban entonces los mercados. Se pueden distinguir frutas y verduras amontonadas en cestos, aves colgando por encima del puesto ante el que tres clientes hacen cola, mientras los conejos están encerrados en sus jaulas. Incluso es posible sorprender a dos monos sentados en el mostrador.

Los comercios de alimentos ocupan un lugar prominente en toda la ciudad. El satírico Marcial describe la Subura como una inmensa granja en la que crecen frutas y verduras.[11]El cinturón hortofrutícola que rodea la capital permite abastecer los puestos de los mercados con higos, manzanas, peras, olivas, pepinos, lechugas, puerros, espárragos, cebollas, aves de corral y huevos, además de quesos. Muchos de estos manjares figuran en los frescos y mosaicos de las mansiones ricas. Estas representaciones atestiguan la preocupación que los romanos muestran en sus elecciones según criterios bien definidos por las fuentes, como el origen geográfico, los sabores e incluso el aspecto.

Otros productos van destinados a los bolsillos más surtidos y pueden provenir de diversos territorios del imperio, como los pescados y los mariscos codiciados por las élites. Los autores del Alto Imperio relatan que se gastaban sumas extravagantes para adquirir salmonetes o mújoles, que alcanzaban un valor de varios miles de sestercios, ¡incluso 8.000 sestercios por pieza según Plinio

el Viejo![12]A guisa de comparación, un legionario puede llegar a ganar 900 sestercios al año, mientras que la fortuna mínima que ha de poseer un caballero es de 400.000 sestercios.

Algunos productos en conserva, como las frutas, pueden llegar desde el otro extremo del imperio, puesto que Juvenal menciona a mercaderes sirios que acuden a Roma para vender ciruelas e higos que hacen las delicias de los *gourmets*. No hay que olvidar a los numerosos vendedores ambulantes que recorren las calles de la capital para ofrecer embutidos, pasteles o altramuces. Algunas inscripciones funerarias indican también la profesión del difunto a través del producto que ofrecían, como los vendedores de miel.

UNA ECONOMÍA PRÓSPERA Y DINÁMICA

La fabricación de objetos de cerámica está vinculada a la circulación y al consumo de un buen número de estos productos alimentarios, ya se trate de vajillas, de ollas o de ánforas. Los hornos de los talleres de cerámica permiten producir otros muchos objetos útiles para el día a día, como lámparas de aceite, estatuillas rituales, tuberías, ladrillos e incluso tejas. El trabajo de la terracota es una actividad esencial en todo el imperio y puede a veces adquirir proporciones casi industriales, como ocurre en el sur de la Galia. Los talleres más grandes están instalados en la zona rural para abastecer a las ciudades.

Este alejamiento de los centros urbanos se explica también por los riesgos de incendio que entraña esta actividad. Por otro lado, las llamas permiten moldear otros materiales distintos de la arcilla, como el metal, aunque solo sea para la emisión de monedas, o el vidrio, cuyos productos más refinados constituyen objetos de lujo. A nivel del imperio, la intensidad de las actividades artesanales que usan el calor del fuego es tal que se han detectado huellas de polución datadas de la época romana en muestras de hielo extraídas en Groenlandia y más recientemente en el macizo del Mont Blanc. En estos análisis se ha descubierto sobre todo la presencia de plomo, muy utilizado en la Antigüedad

romana, y cuya combustión, además de tóxica, deja una huella muy nítida.

No obstante, el dinamismo económico y la prosperidad del Alto Imperio romano no deben enmascarar el problema de la carestía de precios en los mercados, que parece ser una constante a lo largo de la historia romana, tanto en tiempos de Plauto, en plena época republicana, como en época imperial. Muchos textos literarios dejan constancia de la carestía de los productos de alimentación. Por otro lado, hasta el edicto del emperador Diocleciano a finales del siglo III, no existe en realidad ninguna regulación ni control de los precios cobrados en el mercado. Para muchos, la ración alimentaria carece de variedad, aunque las aportaciones de la arqueología en realidad matizan el antagonismo entre los alimentos que consumen los más ricos y los de los romanos modestos.

Los cereales, ya sea trigo o cebada, constituyen la base del aporte calórico de la mayoría. Se consumen en forma de papilla o bien panificados. El grano se reparte crudo en el marco de la anona en la época de Nerón. A los beneficiarios les corresponde llevarlo a moler y después, para convertirlo en pan, al panadero, el *pistor*, que también prepara pasteles hechos de cereales y vendidos luego en las tiendas o por vendedores ambulantes.

Las panaderías están bien documentadas por la arqueología y son reconocibles por los restos de muelas de piedra, a menudo movidas por un asno. Cerca de la Puerta Mayor de Roma todavía puede verse la tumba de un panadero, Eurisaces, muerto en torno al año 30 a. C., sin lugar a dudas un liberto, puesto que su nombre es de origen griego. Todas las etapas de su trabajo están representadas en el monumento funerario: la molienda del grano con ayuda de una gran muela de piedra, el amasado de la pasta, el horneado y después la venta del pan. Según Plinio el Viejo, esta actividad se desarrolló en una época relativamente reciente con respecto al reinado de Nerón.[13]Marcial informa de que la actividad de los panaderos se desarrolla sobre todo por la noche y contribuye a las molestias sonoras de la ciudad, especialmente por la acción de las muelas y probablemente por el transporte del pan.[14]

Los carniceros ocupan un puesto importante entre los oficios dedicados a la alimentación. Los gestos y la técnica del despiece nos son conocidos gracias a la arqueología, que ha proporcionado una gran variedad de hojas y cuchillos para descuartizar a los animales sacrificados, y también huesos con trazas de corte. Varios relieves funerarios representan al carnicero en acción, con el cuchillo listo para cortar las piezas de carne. Su actividad está estrechamente ligada a la de los santuarios, porque una parte importante de la carne vendida proviene de sacrificios sangrientos.

Las sociedades antiguas no desperdician nada y recuperan todo lo que puede ser útil. Los huesos, las pieles, las lanas e incluso las grasas constituyen materias primas codiciadas por otros muchos oficios, especialmente en el campo de la vestimenta. Toda una cadena operativa, bien documentada en Pompeya y Herculano, moviliza a diferentes profesionales. Los cueros han de ser tratados por los curtidores, mientras que la lana se lava en locales destinados a este efecto. Después, antes de tejerla y enfurtirla, se procede al hilado. Estos tejidos pasan a continuación a las *fullonicas* para ser teñidos y tratados. Algunos artesanos se especializan en la fabricación de calzado, como Cayo Julio Helio, establecido en la Puerta Fontinale, y cuya estela funeraria, con fecha de finales del siglo I, representa las hormas necesarias para su trabajo.

EN EL ANTRO: POSADAS Y LUPANARES

Para todos estos artesanos, y en general para el pueblo llano de la capital, los momentos de asueto se desarrollan, sobre todo, en el interior de las posadas. Estos establecimientos constituyen sin duda alguna uno de los lugares más estrechamente asociados a las clases populares. Por este motivo, para las élites, su reputación es de las peores. El poder desconfía de estos locales por los planes sediciosos que allí se pueden urdir.

Al entrar en una de estas posadas tan temibles de la Subura, Aniceto presta atención y trata de distinguir a duras penas entre el

barullo lo que podría comentarse acerca de su amo y de Octavia. Los clientes parecen más interesados en los resultados de la última carrera de carros que en las intrigas de palacio. No obstante, Nerón parece manifestar recelo hacia las posadas.

Según Suetonio, el emperador habría ordenado limitar la venta de platos cocinados a legumbres y hortalizas.[15]Tiberio y Claudio, y Vespasiano después de Nerón, ya habían ordenado restricciones similares en cuanto a la venta de productos, como bollos, carne cocida, o la utilización de agua caliente para mezclarla con el vino, una combinación muy apreciada por los amantes de la bebida.

Aunque no quedan claros los motivos de estas medidas, el objetivo parece que se propone limitar la difusión de prácticas consideradas lujosas entre las clases populares, cosa que contrasta con el gusto de Nerón por el lujo. Se trata quizá de reducir así el riesgo de reuniones sediciosas en dichos establecimientos, donde pueden originarse posibles alteraciones del orden público. Evidentemente, parece que estas diferentes reglamentaciones no se pusieron en práctica, como demuestra su reiteración.

Por otro lado, la clientela que frecuenta las posadas, tal como la presentan los autores antiguos, hace que estos sitios sean poco recomendables. Juvenal describe las tabernas de Ostia, en las que se pueden encontrar por igual tanto marinos y comerciantes como ladrones y fugitivos.[16]A los posaderos se les considera unos estafadores malintencionados, tema que algunas obras de teatro sacan a colación. Según el médico Galeno, que escribe en el siglo II, algunos no dudan en servir carne humana, cuyo sabor es parecido al del cerdo y engaña fácilmente al cliente.[17]Aunque sin duda es inventado, este rumor de la posada roja traiciona la imagen que las élites tienen de estos lugares.

LA CARTA DE LAS TABERNAS

El mundo de las tabernas actúa como un repelente para las élites, acostumbradas a los perfumes delicados de las ricas moradas.

Además del alboroto que reina en estos locales, el ambiente está saturado de los humos y grasa que emanan de la cocción de los guisos en las marmitas crepitantes. Por encima del mostrador cuelgan generosas ristras de salchichas y morcillas, jamones y distintas salazones. En virtud de las jerarquías alimentarias, la comida de los pobres en Roma es despreciada por los autores. Las opciones alimenticias, limitadas por el nivel económico, reflejan la identidad y los valores de las clases sociales inferiores. Algunos autores manifiestan su aversión por el consumo de pescados capturados a orillas del Tíber, alimentados de los detritus que acarrean las cloacas de la ciudad y que quedan depositados en el río. Se trata de un lugar común de las descripciones de los hábitos alimentarios del pueblo que abunda en Juvenal y Galeno.[18]

Los locales de restauración son fácilmente reconocibles por su mostrador de mampostería con tinajas (*dolia*) incorporadas de las que el mesonero extrae la comida. Para designar a estas tabernas es preferible utilizar las expresiones *caupona* o *popina* más que *thermopolium*, término frecuentemente empleado y que es un neologismo de Plauto. Acodados sobre el mostrador que da a la calle o sentados en las mesas de la sala, los clientes pueden consumir un vaso de vino por unos pocos ases, una suma relativamente modesta.

Los precios y los platos que se ofrecían solían anunciarse a los clientes en la fachada del comercio, como se aprecia en Herculano, donde se exhibe el precio de la copa de vino. Algunas de las inscripciones funcionaban como auténticos carteles publicitarios con lemas que elogiaban los méritos de los establecimientos, donde la hospitalidad y la promesa de saborear una buena comida atraían a la clientela. Séneca describe a los mozos de taberna, que junto con los vendedores de salchichas, bebidas y bollos alaban la calidad de sus productos para cautivar a los clientes.[19]La ubicación de estos locales no es casual como bien atestigua la documentación de Pompeya, puesto que se concentran especialmente en los cruces y al lado de las puertas de la ciudad.

Gran parte de las comidas consumidas durante el día, el desayuno (*ientaculum*) por la mañana y el almuerzo (*prandium*) al

mediodía, destacan por su simplicidad. En ambos casos se trata más bien de refrigerios ingeridos rápidamente antes de dedicarse a sus ocupaciones cotidianas que de verdaderas comidas compuestas de diferentes servicios. Los platos y las bebidas consumidas en este momento son bastante similares: pan, legumbres, queso, fruta, salazones y un poco de vino bastan para recuperar fuerzas hasta la comida de la noche, la *cena*. Los caldos y los guisos son la clase de platos más habituales entre el pueblo llano, en particular en las posadas, donde se sirve el *pulmentarium*. Este término genérico puede aludir entre otras cosas a los estofados preparados en estos establecimientos, que consisten en legumbres y, en algunos casos, carne.

En 2019, las excavaciones en la región V de Pompeya sacaron a la luz los vestigios bien conservados de una *caupona*. El mostrador, ricamente decorado con la representación de una nereida montada sobre un caballo marino, así como naturalezas muertas sobre un fondo amarillo todavía reluciente, conserva todavía sus jarras con residuos de alimentos que se han podido analizar y han enriquecido nuestro conocimiento acerca de los platos ofrecidos en estos locales. Al parecer, se proponían recetas más bien sofisticadas para estos establecimientos, nada que ver con la imagen habitual de comidas frugales y poco elaboradas.

En una de las tinajas se han identificado restos de pato, cerdo, cabra, pescado y caracoles, descubrimiento que implica que la clientela tenía acceso a una diversidad de platos apreciados por los romanos. Estos datos explican el sentido de las medidas restrictivas adoptadas por el poder sobre el lujo en las tabernas. Algunas de ellas tenían instalados hervidores de agua en los mostradores con el fin de ofrecer agua hirviendo para mezclarla con el vino.

Estos elementos, que contrastan con las descripciones peyorativas de los autores antiguos, indican que en estos locales había cierto confort, puesto que se han identificado comedores que imitaban a los de las élites. Una clientela con ingresos superiores a los de los más pobres frecuentaba también estos lugares, aunque esto estaba mal visto por los ciudadanos principales. Las tabernas ofrecen además a los residentes de las modestas *insulae* la

posibilidad de disfrutar de un plato caliente y consistente, una ventaja indiscutible, puesto que estas viviendas en general no disponen de cocinas ni de comedores.

JUEGOS, TRAMPAS Y PROSTITUCIÓN

Las tabernas son también importantes espacios de convivencia y de sociabilidad para las capas populares, cuyas animadas discusiones llenan estos lugares. En torno a una copa de vino, es habitual disputar una partida de dados como bien indican una serie de representaciones pintadas en Pompeya. Las trampas, mediante dados trucados, pueden generar peleas, si es que los jugadores no llegan a las manos. La arqueología ha proporcionado numerosos dados, tabas, canicas e incluso fichas. Entre los juegos más populares podemos mencionar el juego de los ladrones (*ludus latrunculorum*), donde sobre un tablero de ajedrez los jugadores han de desplazar sus peones para eliminar los del adversario, a la manera del ajedrez o de las damas. En los espacios públicos no era raro que los tableros estuvieran grabados en la piedra sobre los escalones de los edificios públicos o en el suelo.

No obstante, en las tabernas los clientes disponían de otro tipo de placeres. La estela funeraria del posadero Lucio Calidio Erótico hallada en Isernia, en Italia, deja entrever con humor una escena que tiene lugar en su establecimiento. En el momento de pagar la cuenta se entabla un diálogo con un cliente para repasar la suma adeudada, es decir, por el vino, el pan y el estofado. El cliente protesta porque tiene que pagar dos ases por el heno de su asno, pero no tanto cuando tiene que saldar ocho ases por la muchacha de la posada, quizá una tal Fannia Voluptas, cuyo nombre evocador figura junto al del propietario. Este documento epigráfico atestigua la multiplicidad de actividades desarrolladas en las posadas, donde la prostitución se podía ejercer al mismo tiempo que el hospedaje y la venta de comida y bebida. No era raro que las posaderas que servían las comidas recibieran después la visita de los clientes en el piso de arriba.

La reputación de la Subura y de los barrios populares se debe también a la concentración de una prostitución mísera en el seno de este barrio. Marcial describe a numerosas prostitutas que permanecen sentadas en las calles a la espera de clientes.[20]Lo mismo ocurre en los alrededores del *Circus Maximus*, especialmente frecuentados, donde no son pocas las que tratan de seducir a los transeúntes. Las fuentes hacen también mención de una prostitución masculina, sobre todo en el barrio del Argileto, situado al norte del Foro y muy cerca de la Subura.[21]En realidad, es inútil tratar de trazar una cartografía precisa de la prostitución en Roma porque está presente en toda la ciudad. La diversidad de espacios en los que se puede captar a los clientes es grande, por ejemplo en torno a los edificios de espectáculos, templos o termas, pero también a lo largo de las carreteras e incluso en las necrópolis, en las posadas y evidentemente en los lupanares.

¿LA CIUDAD DE TODA CLASE DE PLACERES? SEXUALIDAD Y PUDOR

En el imaginario de la literatura y la moral, la ciudad está estrechamente asociada a los placeres de todo tipo. El estoico Séneca lamenta que sea un lugar propicio a las tentaciones y a los excesos en cuanto a diversión y voluptuosidad, ya se trate de Roma o de la ciudad termal de Bayas en la Campania.[22]A menudo se acusa a Nerón, y a otros muchos emperadores considerados tiranos, de deleitarse en estas fuentes de placer. Según Suetonio, con ocasión de un viaje que lo lleva de Roma a Nápoles, Nerón hizo instalar a lo largo de la costa hostales y cabarés llenos de prostitutas.[23]

Asimismo, Tácito menciona una inmensa fiesta organizada por el prefecto del pretorio Tigelino en el Campo de Marte. Para este acontecimiento se despliega un lujo ostentoso y desmesurado. En un lago excavado en la época de Augusto y poblado, para la ocasión, de animales exóticos, Nerón participa en un banquete fastuoso organizado a bordo de una balsa remolcada por

embarcaciones ricamente ornamentadas, tal vez siguiendo el modelo de las naves ceremoniales de los monarcas helenísticos, especialmente de los ptolemaicos en Egipto. A orillas del lago, se han habilitado lupanares donde las prostitutas desnudas permanecen al lado de mujeres de rango elevado, mientras ejecutan danzas obscenas.[24]Esta proximidad va en contra de las normas morales romanas y compromete la dignidad de estas damas distinguidas.

Este relato tiende a equiparar la corte imperial con las actividades de prostitución. Se trata de un lugar común recurrente en las biografías de emperadores, que se encuentra, por ejemplo, en el caso de Calígula o de Cómodo. Los personajes más odiados de los autores antiguos son acusados de entregarse a estas actividades, como ocurre con Mesalina, la esposa de Claudio. Según algunos historiadores antiguos, la emperatriz se prostituía durante toda la noche en la Subura y, al llegar el alba, se lamentaba de no haber tenido más clientes.[25]Es evidente que semejante afirmación surge sin duda de la calumnia e invita a la mayor prudencia. En el caso del emperador, su excesiva intimidad con mujeres y hombres prostituidos es fuente de indignidad. Sus extravagancias, su falta de moderación y su indolencia son los ingredientes del retrato del mal príncipe. Por otro lado, se denuncian también los gastos excesivos del emperador, que devoran a manos llenas las riquezas del imperio.

No obstante, y de forma generalizada, para los romanos el hecho de frecuentar prostitutas estaba totalmente aceptado y en absoluto condenado por las autoridades, incluidos los hombres más estrictos, como Catón el Viejo en tiempos de la República. Dicha actividad está incluso contemplada por la ley, que define como proxeneta a quienquiera que utilice a sus esclavos para relaciones sexuales tarifadas sin estar forzosamente al frente de un local especializado. Era, pues, un medio de rentabilizar a los esclavos y obtener el máximo provecho. La prostitución se considera un mal necesario que, en cierto modo, regula la sexualidad.

En efecto, para un ciudadano casado, las relaciones con una prostituta no se consideran adulterio porque existe una disimetría

social y jurídica profunda entre ambos individuos. En cambio, el vínculo entre un ciudadano y una mujer casada, y aún más con otro ciudadano, es altamente condenable. Si esto se produce, la esposa queda mancillada por la deshonra, concepto central de la moral romana ligada especialmente a teorías médicas. Se considera que el esperma es un fluido derivado de la sangre, y su amalgama en el cuerpo de la mujer supone la contaminación a través de una sangre ajena y el adulterio.

En cierto modo, la prostitución constituye, pues, un medio para preservar el pudor de las mujeres romanas respetables, una virtud esperada en ellas y de la que hacen gala algunos epitafios. Las normas sexuales del mundo romano no se pueden comprender a la luz de las concepciones de las sociedades contemporáneas. En Roma, el estatus jurídico y social del individuo es el que determina dichas pautas. Las distinciones establecidas de acuerdo con la orientación sexual no constituyen un criterio esencial para los romanos, que no la conceptualizan. La bisexualidad para un hombre es totalmente tolerada.

En el caso de un ciudadano romano, fuera del matrimonio, la relación se admite si la pareja pertenece a un rango inferior. Por lo tanto, la relación de un ciudadano con un hombre de rango inferior no es condenable. Un ciudadano que mantiene relaciones con sus esclavos no se considera culpable de adulterio, ni siquiera bajo el techo familiar. Sin embargo, el hombre libre no debe ser penetrado y ha de ejercer únicamente un papel activo para no caer en la infamia.

Según esta misma lógica, la relación con una prostituta, ya sea libre o esclava, no es condenable puesto que, por su estatus y por sus actividades, estas mujeres están desprovistas de toda dignidad cívica y social. Algunos individuos libres eligen ellos mismos dedicarse a la prostitución, sobre todo por pobreza económica. También hay que tener en cuenta a las cortesanas, mencionadas especialmente por los satíricos, que pueden tener una base económica confortable y exhibir cierto refinamiento.

Sin embargo, una mujer podía estar destinada a la prostitución desde los primeros momentos de su existencia.

Algunos recién nacidos eran abandonados en las calles de Roma en el instante de su nacimiento. Las niñas víctimas de esta práctica de abandono eran a menudo recogidas si sobrevivían. Cuando llegaban a la pubertad eran explotadas por los proxenetas para la realización de actividades de prostitución. Este mismo destino podía también estar reservado a las mujeres reducidas a la esclavitud en el marco de las campañas militares, antes de ser compradas con esta intención por el *leno*, es decir, el proxeneta. Muchas de estas mujeres tienen nombres griegos y orientales, un elemento onomástico que de forma general permite reconocer con facilidad a los esclavos y a los libertos a través de la epigrafía, sin que estas personas tengan necesariamente un origen griego.

LUPANARES Y HECHIZOS

El lugar más emblemático del ejercicio de la prostitución en Roma es el lupanar. La palabra «lupanar» recuerda que en latín a la prostituta se la denominaba «lupa», loba. Por otro lado, si Rómulo y Remo fueron recogidos por una loba a orillas del Tíber, junto a la gruta del Lupercal, según las interpretaciones de la leyenda, podría tratarse tanto de un animal como de una prostituta. Los lupanares se conocen sobre todo gracias al de Pompeya, muy bien conservado y sin duda similar a los de la capital.

El establecimiento pompeyano tiene unas dimensiones modestas, pero las inscripciones descubiertas permiten pensar que era bastante frecuentado. En algunos de dichos grafitos, los clientes alardean de sus méritos sexuales en su paso por el local. El valor de las prestaciones no era excesivamente alto. Además, existía un sistema de fichas, la *spintria*, que permitía acceder a estos servicios, y en las que están representadas escenas eróticas.

A lo largo de un pasillo se han habilitado pequeños cubículos que contienen un lecho de mampostería cubierto con un colchón, donde la prostituta espera a sus clientes detrás de una cortina. La tenue luz de las lámparas de aceite proporciona una escasa iluminación. La entrada de cada cubículo está coronada con frescos

eróticos que sugieren las diferentes posiciones y especialidades de las prostitutas. Sin embargo, los lupanares eran poco apreciados por los miembros de las clases sociales superiores, que los encontraban repugnantes, sobre todo por la clase de clientela que los frecuentaba, y por esta misma razón las muchachas de la Subura eran consideradas las menos visitables de Roma.

Los lupanares, a semejanza del de Pompeya, no son los únicos lugares dedicados a la prostitución. Las moradas particulares y las posadas podían también ser escenario de estos placeres carnales. La literatura antigua se ha adueñado del tema de la posada como lugar de prostitución que alimenta la intriga de algunas obras. En las *Metamorfosis* de Apuleyo, una novela compuesta en el siglo II, las mozas de las posadas se entregan a la prostitución, aunque en ocasiones resultan ser también hechiceras animadas por los más oscuros propósitos. En el imaginario, las posadas y mesones aparecen también como un universo sombrío, donde las prácticas ocultas y mágicas que se llevan a cabo pueden provocar desgracias a los clientes. Los romanos temen por encima de todo la influencia nefasta de las fuerzas sobrenaturales en su vida cotidiana.

Aniceto, que se encuentra ahora cerca de una posada sospechosa, decide dar media vuelta. Necesita la protección de los dioses, no es el momento de que le echen mal de ojo en estas horas fatídicas.

4

En la cima del Capitolio

Nerón: ¿príncipe impío o un igual de los dioses?

MANTENER LA PAZ DE LOS DIOSES

Aniceto deja tras de sí las callejuelas sombrías y angostas de la Subura, presa de un sentimiento de angustia ante la idea de que el plan urdido por Nerón le resulte funesto si fracasa y decepciona al emperador. El hilo de su vida que sostienen las Parcas amenaza con ser cortado. Siente pues la necesidad de atraer hacia él la protección de los dioses. Las divinidades y las fuerzas sobrenaturales cohabitan e interactúan diariamente con los hombres, ya sea en la intimidad de una oscura *insula*, en un templo de mármol majestuoso o en la sombra de las necrópolis.

Después de pasar por debajo de un arco monumental, Aniceto llega al Foro de Augusto donde se yergue el imponente templo de Mars Ultor, es decir, de Marte Vengador. El frontón y las columnatas dominan el lugar delimitado por un majestuoso pórtico, según el modelo canónico del Foro romano. Este templo, construido tras la victoria de Octaviano y Marco Antonio en Filipos en el 42 a. C. contra los asesinos de César, es famoso sobre todo por haber albergado las enseñas de las legiones, perdidas tras el desastre militar de Carras en Oriente en el 53 a. C. y después arrebatadas a los partos.

Alrededor de la plaza, en el interior de las exedras dispuestas a lo largo de los pórticos, los visitantes pueden detenerse ante las estatuas de Augusto y de los miembros de su familia, que se codean con los héroes fundadores de Roma, como Eneas y Rómulo. Este lugar emerge como una síntesis de la historia de Roma, puesto que evoca tanto los orígenes más remotos de la ciudad como los acontecimientos más cercanos al reinado de Nerón. De hecho, este último hizo instalar su imagen en el templo de Marte en el año 55

con el fin de celebrar los éxitos militares conseguidos en Armenia. Se trata, en realidad, de vincularse a estos ilustres predecesores y a uno de los principales dioses protectores de Roma.

Entre la época monárquica y la época imperial, el paisaje urbano de la capital no cesó de adornarse con templos. Durante la República, los generales vencedores insistían en agradecer a los dioses su apoyo en la batalla mediante la construcción de santuarios a guisa de exvotos. Por la multitud de santuarios en el seno del espacio cívico, los dioses son verdaderos conciudadanos de los mortales. No obstante, es necesario asegurar cada día su indulgencia y su protección. Este principio de la *pax deorum*, paz de los dioses, está en los cimientos de la religión romana. Los romanos del tiempo mítico de la edad de oro vivían en plena armonía bajo el reinado de Saturno, padre protector y dios del tiempo, cuyo templo situado a los pies del Capitolio, en el Foro, alberga el Tesoro del Estado.

Junto a Saturno, el emperador y los romanos se colocan bajo la protección de Júpiter, dios soberano y señor de los cielos, que reina en el Capitolio. A pesar de que por toda la ciudad proliferen templos y altares, esta colina constituye uno de los ejes de sacralidad más antiguos de Roma, donde se pueden contabilizar una decena de lugares de culto. Un gran santuario de la tríada capitolina, consagrado a Júpiter, Juno y Minerva, domina la cumbre. Júpiter se venera allí como *Optimus* y *Maximus*, Óptimo y Máximo, mientras que las otras facetas del señor de los cielos se celebran en los templos erigidos en las inmediaciones, como Júpiter Tonante (*Tonans*) o Custodio (*Custos*). El templo de la tríada capitolina se construyó en la época en que Roma estaba gobernada por los reyes etruscos y convirtió el emplazamiento en un lugar estrechamente ligado al poder y a la soberanía. Era también el punto donde culminaba el triunfo durante la República y el imperio.

Sin embargo, los romanos no están volcados únicamente con los dioses originales de sus ancestros. Aunque la tradición sea fundamental en materia religiosa, el panteón romano se ha ido enriqueciendo a lo largo de los siglos con numerosas divinidades

cuyos templos han florecido en la *Urbs*. Los romanos veneran también a una multitud de abstracciones divinizadas que pueden encarnar ciertos valores cívicos constitutivos de la comunidad, como la Concordia, la Paz, la Victoria, la Abundancia, la Virtud, la Esperanza, la Salud e incluso la Piedad. Todas estas cualidades están íntimamente asociadas al emperador y refuerzan la cohesión de los ciudadanos en torno a su poder. Bajo Nerón, la que mayores honores recibe es la Juventud, anunciadora de una regeneración de Roma y de una nueva edad de oro.

Asimismo, a lo largo de toda su historia, Roma se ha decantado por dioses extranjeros, a veces lejanos, cuyo culto llegó incluso a tener un gran éxito, muestra de la capacidad de apertura y de integración de la religión romana. Entre estas divinidades, a la diosa madre Cibeles, originaria de Frigia en Asia Menor e introducida en Roma en el 204 a. C., se le otorga un santuario en el Palatino. El culto de esta divinidad oriental fue introducido en Roma tras la consulta de los libros sibilinos en el 204 a. C. en el difícil contexto de las guerras contra Cartago. Más tarde, en el siglo I, el culto a Isis conoce un importante desarrollo. Durante el reinado de Calígula se erige en el Campo de Marte un templo en honor a la paredra de Osiris. En época de Nerón, la iconografía atestigua la influencia egipcia en el arte y la religión. El santuario de Isis en Pompeya deja constancia de la vitalidad del culto a esta diosa, cuyos frescos muestran a los devotos realizando sus deberes piadosos. Paradójicamente, Egipto fascina tanto a los romanos porque representa una tierra de exotismo sospechoso.

Las concepciones politeístas de los romanos no se oponen en absoluto a la asimilación de los dioses venidos de otros lugares en la medida en que su culto no contravenga el orden público. Es más, la aculturación religiosa en el mundo romano es un fenómeno creciente a lo largo de los siglos. Tanto en Occidente como en Oriente, los autóctonos asocian las divinidades locales a las divinidades romanas según una lógica de sincretismo. En la época imperial, dada la naturaleza cívica y comunitaria de la religión romana, solo la participación en los honores religiosos rendidos al emperador constituye una forma de obligación.

No obstante, algunos romanos distinguen lo que corresponde realmente a la religión de lo que, por el contrario, se identifica con la superstición, como hace Séneca. Así pues, los cultos extranjeros se miran con desconfianza porque sus ritos resultan extraños para los romanos. Juvenal, que considera con acerbidad las influencias extranjeras, expresa su hostilidad hacia los devotos de Cibeles, cuyo culto, sin embargo, está presente en Roma desde finales del siglo III a. C. Esto es precisamente lo que le hace decir que el río Orontes, que pasa por Siria, ahora desemboca en el Tíber, con la intención de denunciar la fuerte presencia de orientales en Roma, perceptible en cierta medida a través de la epigrafía y la onomástica.[1]

Algunas prácticas de este culto rompen radicalmente con las de la religión romana tradicional. Así, los fieles de la diosa frigia se someten a la automutilación genital con el fin de identificarse con Atis, el amante de la diosa que sufrió semejante suerte. Por este motivo, los sacerdotes de Cibeles en Roma que poseían la ciudadanía romana estaban dispensados de esta práctica, que significaría la pérdida de toda dignidad.

En cualquier caso, corresponde siempre al Senado conceder el aval para la admisión de una nueva divinidad en el territorio de la ciudad. Para los romanos, la religión no es en absoluto un asunto privado, puesto que su dimensión cívica implica al conjunto de la ciudadanía. La piedad (*pietas*) hacia los dioses es, pues, uno de los valores romanos fundamentales, garante de la cohesión de la ciudad y de la protección de los dioses. Incumbe tanto al ciudadano modesto como al propio príncipe.

De todos modos, la piedad de los romanos no se manifiesta a través de una comunión personal e íntima con la divinidad ni por la adhesión a un conjunto de dogmas revelados. Se trata ante todo de una religión ritualista, en la que los actos ejecutados en honor a los dioses, sea por la comunidad, sea por el individuo en su hogar, constituyen la creencia. Conforme a una lógica de dádiva y contradádiva, toda acción realizada por los hombres hacia las potencias divinas debe permitir la obtención de beneficios tangibles. Por consiguiente, el espacio y el tiempo de la ciudad

están profundamente impregnados de esta alianza entre mortales y dioses.

HONRAR A LOS DIOSES A LO LARGO DEL CALENDARIO

En el transcurso de las estaciones, se insta a los romanos a participar en las numerosas fiestas, puesto que un tercio del año es festivo. En el momento de votar las acciones de gracias para los dioses tras las victorias militares, un senador llamado Casio advierte de que, debido a la gran cantidad de fiestas que hay en Roma, pronto casi no quedarán días en los que se pueda trabajar.[2]Algunas se celebran en honor a divinidades concretas, otras consagran momentos clave de las labores agrícolas, y otras están dedicadas al emperador y a su familia. A escala local, hay que añadir también las numerosas fiestas organizadas en los distintos barrios de la ciudad por algunas hermandades.

Los pontífices, que pertenecen a uno de los colegios sacerdotales más prestigiosos de Roma, tienen entre sus funciones la de regular el calendario y fijar, por ejemplo, la celebración de determinadas fiestas cuya fecha es movible. La epigrafía nos ha transmitido varios calendarios grabados en piedra que demuestran el empeño de los romanos por controlar el tiempo y honrar a los dioses. Las claves que permiten la comprensión de este calendario religioso complejo nos las proporciona, en parte, Ovidio, que en los *Fastos* se esfuerza por comentar el calendario romano y clarificar el sentido de las grandes fiestas que lo conforman.

De entre todas estas fiestas, hay algunas que suscitan un especial entusiasmo en los romanos, como ocurre con las Saturnales, que se celebran a finales del mes de diciembre y marcan el fin del año. Varios días de regocijo acompasan este acontecimiento sobre el cual los autores antiguos han consagrado algunas de sus obras, como Luciano de Samósata y Macrobio. La importancia de las Saturnales para los romanos es equivalente a la de las fiestas de fin de año contemporáneas. Los más acomodados organizan en sus casas banquetes fastuosos y se intercambian

regalos. Los platos preparados por los cocineros talentosos son aún más sofisticados de lo que es habitual, porque no dudan en crear efectos ilusionistas jugando con la apariencia para asombrar a los invitados. Esta fiesta, que lleva el sello de Saturno, incita a una inversión del orden natural de las cosas. Por este motivo y con ocasión de esta fiesta los esclavos pueden ocupar provisionalmente el sitio de sus amos.

El entusiasmo de la fiesta puede apoderarse de las calles de la capital, que se convierte en el escenario teatral de dichos festejos, como ocurre con las Lupercales, celebradas en el mes de febrero en honor al dios Fauno. Reúnen a los habitantes en torno a ritos que recuerdan los orígenes de Roma y los asocian al mundo de este dios rústico. Un verdadero frenesí invade las inmediaciones del Palatino, donde se congrega la multitud con ocasión de estas celebraciones. El nombre de esta fiesta proviene de la gruta en la que, según la leyenda, fueron recogidos Rómulo y Remo. Tras el sacrificio de un chivo en este mismo lugar de fundación, jóvenes salpicados de la sangre de la víctima se lanzan a una carrera ritual por toda la ciudad vestidos con una piel de este animal. Mediante unas correas azotan a las mujeres que encuentran a su paso con el fin de proporcionarles fecundidad.

Mientras permanece delante del templo de Mars Ultor, Aniceto rememora la gran fiesta del Caballo de octubre, celebrada en honor al dios de la guerra y que anima a varios barrios de la capital. Comienza con una carrera de carros en el Campo de Marte. A continuación, se elige al caballo de la derecha del equipo vencedor para ser sacrificado por un sacerdote de Marte. Una vez cortada, la cola del animal se traslada al Foro y se deposita sobre un altar consagrado a Vesta, contiguo al templo de esta misma diosa, al lado de la *Regia*, la morada del gran pontífice. La cabeza del animal, adornada con una corona de pan, es objeto de una contienda entre los habitantes del barrio de la Subura y los vecinos de la Vía Sacra. Los ganadores se quedan con el trofeo, que les garantiza protección.

Esta fiesta, como muchas otras, destaca hasta qué punto la búsqueda de la abundancia y la fertilidad es una de las

preocupaciones inherentes a las prácticas religiosas. Esto explica también por qué numerosas fiestas proceden del calendario agrícola y están relacionadas con el mundo del campo. Por ejemplo, en las *Vinalia* se consagran las primeras vendimias a Júpiter y a Baco, mientras que las *Cerealia* celebran a Ceres, cuyos dones son tan preciados.

Los templos y los altares de las ciudades romanas registran una actividad constante dada la densidad del calendario religioso y la importancia de llevar a cabo los ritos de forma regular. Son interfaces privilegiadas de las relaciones entre los hombres y los dioses donde se reafirman sus vínculos y constituyen, por consiguiente, la esencia de la definición de templo según los romanos. En latín, el *templum* es ante todo un espacio consagrado a los dioses. Por lo tanto, no se trata necesariamente de una estructura monumental cubierta de mármol y rodeada de columnas, que los romanos denominan *aedes*.

El templo no es solo un edificio de piedra frío e inerte, sino una morada sagrada y la estatua de la divinidad que allí reside se considera una entidad viviente. Esta noción se pone de manifiesto con ocasión de ciertas ceremonias, como el lectisternio, en las que la estatua del dios es acostada para que pueda participar en un ágape ritual. No obstante, este rito no es de los más habituales, porque la divinidad se nutre sobre todo con el sacrificio y gracias a las ofrendas depositadas sobre el altar, generalmente instalado delante del templo, un verdadero sostén de la piedad de los romanos.

LOS SACRIFICIOS: VÍNCULOS DE UNIÓN ENTRE LOS HOMBRES Y LOS DIOSES

En presencia de Aniceto se lleva a cabo un sacrificio delante del templo de Marte en honor al dios guerrero. El flamen de Marte, sacerdote enteramente dedicado al culto del padre de Rómulo y Remo, permanece cerca del altar para presidir la ceremonia. La ofrenda realizada a las divinidades, ya sea de forma individual o en

comunidad, está en los cimientos de la religión romana y constituye el rito por excelencia. Eneas, antepasado mítico de los romanos, señala su llegada al Lacio y se gana la bendición de los dioses para la nueva patria, de la que es el fundador, mediante la ofrenda de una cerda a Juno. Esta escena figura en uno de los relieves del Altar de la Paz de Augusto en el Campo de Marte y representa la importancia de la devoción y del deber religioso para la estabilidad de la ciudad. Esta ceremonia se efectúa tanto en un simple altar portátil de madera como en un imponente altar de mármol, instrumento de la unión entre los hombres y los dioses.

La figura del sacerdote no es la de un hombre consagrado, sino que se define ante todo por la responsabilidad del culto y de los ritos que le incumben. El ejercicio de un sacerdocio puede inscribirse en el seno de las estrategias de ascensión social y política, exactamente igual que cualquier otro cargo público. Los más eminentes quedan reservados para los ciudadanos de primer rango, entre los que figuran los flámenes. Este sacerdocio está dedicado exclusivamente a una de las tres divinidades mayores de Roma, ya sea Júpiter, Marte o Quirino. Su prestigio se manifiesta sobre todo por un modo de vida estrictamente reglamentada y rodeada de numerosas prohibiciones con el fin de evitar cualquier mácula. La esposa del flamen es también objeto de reconocimiento social y tiene obligaciones estrictas.

Sin embargo, el papel de las mujeres en el seno de la religión pública es muy reducido en comparación con el de los hombres. No les está permitido llevar a cabo sacrificios. Asimismo, el número de sacerdocios que pueden ejercer es muy restringido. Las principales sacerdotisas presentes en Roma son las vestales, encargadas de custodiar el fuego sagrado de la ciudad que arde en el santuario de Vesta. Su servicio a esta diosa protectora corresponde a un ciclo de treinta años. Las vestales gozan de una residencia adyacente al templo al pie del Palatino, en el Foro, y en algunas ceremonias oficiales tienen una plaza reservada. Además, pueden conceder la gracia a un condenado a muerte si este se cruza en su camino. No obstante, sus privilegios van acompañados de la obligación de permanecer castas, bajo pena de ser enterradas vivas.

La ortopraxia es un fundamento de la religión romana. Los gestos y las palabras del sacerdote son escrutados con la mayor atención. La mala ejecución de una parte del ritual o la manifestación de un signo desfavorable puede invalidarlo y forzar su repetición. La sangre de los animales y sus entrañas, los vegetales, el vino, el perfume o los granos de incienso constituyen las diferentes ofrendas que se pueden presentar a las divinidades, ya sean consumidas por el fuego, ya derramadas sobre el altar cuando se trata de libaciones. La elección del tipo de ofrenda se efectúa en función de la divinidad. Para un sacrificio cruento, el color y el sexo del animal dependen de la clase de divinidad honrada; por ejemplo, el negro se usa cuando se trata de un dios ctónico, y el blanco para un dios celeste. En honor al dios Marte es habitual organizar una suovetaurilia, en la que se ofrecen un cerdo, una oveja y un toro.

El animal ha de ser minuciosamente examinado y no puede presentar ninguna tara para no comprometer la acción del sacrificio. En el momento de la realización del rito religioso, los romanos temen sobre todo la mancha, la contaminación. Este término designa cualquier forma de impureza que pueda marcar tanto al ejecutor como a la víctima. Así pues, el hecho de haber cometido un crimen de sangre puede conllevar la prohibición de participar en determinados cultos. Este es el caso de Nerón, que, con ocasión de su viaje a Grecia en el 65, no puede participar en los misterios de Eleusis organizados en honor a Démeter, puesto que los asesinos quedan excluidos.[3]Además, el emperador estaba manchado con la sangre del matricidio.

El sonido de las flautas y de los distintos instrumentos musicales que resuena en el ambiente indica la llegada de la procesión al lugar del sacrificio. El olor del incienso y de los perfumes se expande por el aire del santuario. Los animales, listos para ser ofrendados al dios, son coronados con guirnaldas de flores. A medida que se van acercando se derrama sobre la cabeza de los animales una harina ritual, la *mola salsa*, preparada por las vestales, con el fin de purificarlos y convertirlos en ofrendas aceptables. Es necesario que los oficiantes se cubran la cabeza con

un faldón de su toga antes de iniciar el rito. Esta señal de deferencia hacia los dioses ha de ser observada tanto por el emperador en una ceremonia pública como por el simple ciudadano en su hogar. Las fórmulas pronunciadas en el momento del sacrificio deben acompañar al gesto, interpelar a los dioses venerados y conferir toda su eficacia al rito.

Los ayudantes del sacerdote pueden entonces dar muerte al animal partiéndole el cráneo con ayuda de la *sacena*, un hacha provista de una especie de doble hoja, antes de que la víctima sea degollada. La sangre escarlata que brota vehicula todo el simbolismo del rito, porque este fluido vital que se derrama por el suelo del santuario establece un vínculo entre el mundo de los hombres y el de los dioses. A continuación, el animal sacrificado es abierto en canal, se extraen sus entrañas y se depositan sobre el altar para quemarlas, son los *exta*. Esta parte del alimento les corresponde a los dioses, que se nutren del humo que se eleva hacia el cielo.

Ahora los hombres pueden repartirse los pedazos de carne descuartizada que se han puesto en el asador para el banquete que tendrá lugar junto al templo. Algunos sacerdocios están enteramente consagrados a la organización de los banquetes sagrados, en los que participa un grupo más o menos numeroso de ciudadanos admitidos según su importancia social. Las carnes sobrantes se pueden poner a la venta en los mercados, que suelen aprovisionarse regularmente por este conducto. El propio emperador también podía participar. Suetonio relata, no sin mofa, el caso del emperador Claudio, burlado por su glotonería. Al pasar cerca de un templo, no se puede resistir al señuelo del humo que emana de las carnes asadas y hace detener su litera para ir a participar de la comilona.[4]Esta anécdota, más allá de su carácter satírico, pone de manifiesto el lugar que ocupa la religión en la práctica del poder imperial, ya que es una parte fundamental del mismo.

INTERPRETAR LOS SIGNOS PARA GOBERNAR

En Roma, la detención del poder político va acompañada necesariamente de responsabilidades religiosas, sin que haya ningún tipo de separación entre ambas esferas. Esto es así desde la época monárquica y los orígenes de Roma. El rey mítico Numa, sucesor de Rómulo, se considera uno de los fundadores de determinadas tradiciones y sacerdocios de la religión romana. En tiempos de la República y del imperio, los asuntos de la ciudad se deciden siempre bajo la mirada de los dioses. Por este motivo, el Senado solo puede reunirse en el seno de un *templum*, en la medida en que se trata de un espacio abierto al mundo divino, ya sea en la Curia, ya en el recinto de los santuarios. Su delimitación es una prerrogativa de los augures, sacerdotes cuyo atributo es el *lituus*, un bastón ritual parecido a un cayado.

El colegio sacerdotal de los augures y las prácticas adivinatorias permiten no solo entrar en comunicación con los dioses para obtener su aprobación, sino también asentar la legitimidad del poder y de la acción política. Junto al sacrificio, la observación de los signos enviados por los dioses es un elemento constitutivo de la religión romana según Cicerón, autor de un tratado consagrado a estas costumbres. La decisión de entrar en combate o la votación en una reunión política no podrían realizarse sin una consulta previa acerca de los presagios, que pueden adoptar diversas formas. La historia de Roma proporciona varios ejemplos de generales que tuvieron la osadía de hacer caso omiso de las advertencias emitidas por las fuerzas celestes antes de experimentar una aplastante derrota.

Los augures se entregan a la observación del vuelo de las aves cuando consultan los auspicios, igual que hicieron Rómulo y Remo en el momento de la fundación de Roma. Los etruscos eran considerados unos maestros en materia de adivinación. Los romanos heredaron de esta civilización la consulta de las entrañas de los animales: los arúspices. La arqueología ha encontrado ejemplos de maquetas de hígado para aprender los rudimentos de esta práctica.

Escrutar los presagios y los signos divinos contribuye a reforzar la toma de decisiones, pero al mismo tiempo puede ser

una fuente de inquietud. La irrupción de catástrofes o de manifestaciones sobrenaturales es interpretada por los romanos, llenos de angustia, como un abandono de la ciudad por parte de los dioses. En este caso es imprescindible atraer de nuevo los favores divinos a la ciudad.

Estos signos confieren muy a menudo un aspecto dramático a la narración de las biografías imperiales. Así pues, Tácito relata varios presagios tras la muerte de Agripina: una mujer da a luz a una serpiente; otra muere fulminada en brazos de su esposo; se produce un eclipse de Sol; un fuego caído del cielo se abate sobre las catorce regiones de Roma.[5]Para el autor de los *Anales,* esta es una señal de la desafección de los dioses, que permiten que Nerón cometa sus crímenes con toda impunidad.

El paroxismo se alcanza con el incendio del año 64. En esta ocasión es preciso consultar los libros sibilinos, cosa que no se había hecho desde el reinado de Calígula en el 37.[6]Cuando la ciudad se enfrenta a una crisis de envergadura, es habitual recurrir a estas profecías y sentencias pronunciadas por la sibila de Cumas, cuya recopilación fue adquirida por el rey Tarquinio el Soberbio. Los rollos, destruidos a causa de un incendio en el siglo I a. C. durante la guerra social, fueron recuperados gracias a una ingente labor de recolecta por todo el imperio.

Las derrotas militares, las epidemias o las catástrofes naturales requieren la consulta de dichos libros con el fin de encontrar la respuesta adecuada. La interpretación de los textos puede llevar a suplicar a una divinidad, a la realización de ritos precisos o a la introducción de dioses venidos de otros lugares. Las potencias divinas son actores en toda regla de la historia colectiva de la ciudad, y las prácticas adivinatorias guían a la comunidad cívica en los momentos fatídicos. El poder imperial se adueña por completo de estas costumbres con el objetivo de reforzar la acción y la legitimidad del príncipe. La consulta del horóscopo del emperador se asimila a una forma de crimen de lesa majestad, en la medida en que podría dar lugar a especulaciones sobre su muerte.

EL EMPERADOR ENTRE LOS DIOSES

Desde los orígenes del principado de Augusto, la aprobación de los dioses es un fundamento de la *auctoritas* del príncipe, es decir, de la autoridad moral que emana de su persona. Tras la muerte del triunviro Lépido, Augusto asume la función de gran pontífice, cargo que le hace responsable del colegio de pontífices y de las vestales, inscrito en la cima de la religión cívica en Roma. Por otro lado, el emperador pertenece *de facto* al conjunto de los distintos colegios sacerdotales de la ciudad.

Por ello, una de las grandes virtudes esperadas del príncipe es la piedad, en el sentido de que es necesario que cumpla escrupulosamente con sus deberes religiosos. El emperador está «agrandado» por los dioses, porque este es el significado del nombre de Augusto. Este título le confiere una especie de superioridad sobre los otros magistrados y sobre el conjunto de los ciudadanos. El príncipe ha de ser el garante de la *pax deorum*: él es quien refuerza los lazos entre los ciudadanos terrestres y los ciudadanos celestes. Numerosas inscripciones formulan votos para la salvaguarda del emperador, para que los dioses velen por él y por el imperio.

Si el gobierno del príncipe es considerado bueno y piadoso, este puede recibir la apoteosis (*consecratio*) por decisión del Senado, es decir, ser divinizado y convertirse en *divus*. El término «divino» conlleva una forma de inferioridad con respecto al *deus*. Además, esta decisión solo se puede tomar tras la muerte del emperador. En vida no puede ser considerado verdaderamente divino.

Después, se puede organizar un culto en su honor, que normalmente se traduce en la construcción de un templo para el príncipe difunto, como el inmenso complejo erigido para Claudio en el Celio. Hasta el reinado de Nerón, los emperadores Augusto, Tiberio y Claudio se beneficiaron de este tratamiento. Algunos miembros de la familia imperial, como las emperatrices, son también susceptibles de recibir la apoteosis. No obstante, las manifestaciones de los honores religiosos rendidos a los

emperadores pueden adoptar formas diversas en Roma y en las provincias.

De entre los emperadores de la dinastía Julio-Claudia, Calígula y Nerón fueron los únicos a quienes se les privaron los honores divinos a causa del oprobio que arrojaron los senadores sobre su reinado tras su muerte. Así pues, cualquier príncipe acusado de impiedad, o que en vida haya tendido a considerarse igual a un dios, sufre, a su muerte, no solo la condena de los senadores, sino también el juicio de las biografías y de los historiadores que elaboran el relato del reinado, como Tácito, Suetonio o Dion Casio.

La *damnatio memoriae* supone la destrucción o el martilleo de las diferentes representaciones iconográficas y de las inscripciones con el nombre del príncipe aborrecido. No obstante, aunque Claudio fue divinizado, no es menos cierto que las burlas de que fue objeto en vida se perpetuaron después de su muerte en la obra de Séneca titulada *Apocolocintosis,* es decir, su transformación en calabaza, una auténtica escenificación paródica de la llegada del príncipe difunto a los Infiernos.

El mal príncipe es, pues, acusado de las peores ignominias, sobre todo de las relativas al ámbito de lo sagrado. Los rumores, sin duda falsos, que atribuyen a Nerón la violación de una vestal, cuya castidad ha de ser preservada para no mancillar el fuego sagrado del que está a cargo, no tienen otro objetivo que el de reforzar el retrato de un emperador tiránico.[7]Asimismo, en el 64, al día siguiente del gran incendio de Roma, Suetonio acusa a Nerón de haberse aprovechado del desastre para satisfacer sus ambiciones artísticas y de haber despojado a los templos de sus riquezas. Al parecer habría hecho fundir un buen número de estatuas de oro y plata, entre ellas las de los Penates de Roma, divinidades estrechamente asociadas a Vesta en la protección de la ciudad, y también del hogar.[8]Semejante exacción, fruto de la *hybris* del príncipe, compromete la *pax deorum*.

De hecho, Nerón no duda en instrumentalizar el apoyo de los dioses con el fin de maquillar algunos de sus crímenes. De este modo, después del matricidio del 59, según el discurso oficial

destinado a justificar esta acción, los dioses velaron por el príncipe y lo protegieron de las malévolas intenciones de su madre. Con el fin de darles las gracias, se formulan súplicas ante todas las estatuas de divinidades. Incluso se programa la instalación de una estatua de oro de Minerva en la Curia y se le asocia el retrato del príncipe.

El aniversario de Agripina se declara día nefasto en el calendario.[9]La emperatriz queda, pues, privada de la apoteosis, al contrario que su difunto esposo Claudio. Asimismo, a la muerte de Octavia en junio del 62, se decretan ofrendas en los templos, señal de cierto alivio para el poder imperial.[10]

Nerón se permite asimilarse, en vida, a los dioses, inspirado por las concepciones religiosas y políticas procedentes de Oriente, más exactamente del mundo egipcio y helenístico, donde los cultos solares desempeñan un papel importante. En su nacimiento, Nerón habría sido tocado por los rayos del sol a guisa de nimbo, lo que al instante puso de manifiesto su relación privilegiada con lo divino.[11]Este modelo ideológico oriental es aborrecido por los romanos, que ven en él un avatar del monarca tiránico y alejado de la moderación encarnada por Augusto.

Lejos de estas grandiosas ceremonias de apoteosis que ponen fin a algunos reinados, los honores religiosos de los que se beneficia el príncipe se llevan a cabo de forma más discreta, a veces simplemente a nivel de barrio, marco esencial de la vida religiosa. En las intersecciones de las calles de la capital, se encuentran pequeñas hornacinas consagradas a los lares *Compitales*, es decir, a las divinidades protectoras de los cruces. No obstante, a partir del reinado de Augusto es habitual asociarles también el culto del Genio y del *Numen* del emperador, en cierto modo su espíritu protector y su potencia activa. Estas manifestaciones de devoción refuerzan los vínculos de fidelidad entre el príncipe y los habitantes del imperio.

VIVIR Y MORIR BAJO LA PROTECCIÓN DE LOS DIOSES

La práctica religiosa en tiempos de Nerón no se limita a la participación en los cultos públicos, fuentes de cohesión cívica. Existe igualmente una multitud de ritos, menos conocidos, que resultan de iniciativas personales, sobre todo en el seno del hogar. Una de las principales preocupaciones es la de obtener la protección y los favores de los dioses. En Roma, desde el simple padre de familia hasta el poderoso magistrado, todo ciudadano es potencialmente un sacerdote, apto por su estatus jurídico para rendir honores a los dioses mediante la realización de los ritos.

La vivienda es como un templo en miniatura donde se veneran las divinidades del hogar que la protegen. Entre sus muros, generalmente en el *atrium*, hay instalado un larario. Esta pequeña hornacina está consagrada a los dioses domésticos: los lares, a los que están asociados el Genio y los penates. Los lares se representan con los rasgos de un hombre joven vestido con una túnica corta, cuyas imágenes pintadas o estatuillas de bronce adornan el larario. Es frecuente también encontrar en estos altares domésticos la imagen de serpientes, porque estos animales son conocidos por sus funciones apotropaicas, es decir, protegen contra el mal de ojo. Estas divinidades forman parte integrante de la esfera familiar, del mismo modo que los penates de Roma están íntimamente vinculados a la comunidad cívica.

Por consiguiente, cada día el *pater familias*, el padre de familia, deposita una ofrenda en el larario para asegurarse la protección divina para él y para los suyos, una protección que todo el mundo busca desde el nacimiento hasta la muerte. Cada etapa crucial de la existencia va acompañada de ritos de paso. De hecho, la venida al mundo es un momento particularmente delicado si tenemos en cuenta la elevada mortalidad infantil. Esta situación no genera indiferencia frente al trágico destino de numerosos niños de corta edad, sino que, al contrario, alimenta la preocupación por preservarlos. En el momento del parto y durante los días siguientes, la madre y su hijo están protegidos por numerosos amuletos destinados a ahuyentar a las fuerzas maléficas.

Por este motivo, durante toda su infancia, el joven romano lleva en torno al cuello la *bulla*, una especie de talismán que le

proporciona protección frente a las fuerzas nefastas, que solo se le retirará en el momento del paso a la edad adulta, marcado por la *depositio barbae*. Esta ceremonia se realiza normalmente en público en el Capitolio, bajo la mirada de Júpiter. Se trata del primer afeitado y de ponerse por primera vez la toga viril, tras abandonar la toga pretexta, hábito corto reservado a los niños. Cuando le llegó su turno, Nerón consagró los pelos de su barba a Júpiter Capitolino.[12]En cambio, cuando el joven Claudio tuvo que someterse a este ceremonial, su familia actuó de noche para no ser objeto de las miradas, ya que se avergonzaban de él por sus deficiencias físicas.[13]

También se solicita la benevolencia de los dioses en el momento de los esponsales. Para los romanos el matrimonio no excluye la sacralidad, aunque su naturaleza sea ante todo jurídica, puesto que se trata de un contrato dotado de valor legal. El momento álgido de este día es la unión de las manos (*dextrarum iunctio*), que señala el compromiso de los esposos. Juno vela por la pareja durante los distintos ritos nupciales que marcan el paso de la autoridad del padre a la del marido después de haber abandonado el hogar familiar. La desposada es peinada con seis trenzas diferentes adornadas con un velo rojo, el *flammeum*, que cubre un manto de color azafrán. Ofrendas y sacrificios marcan el ritmo del día del casamiento, especialmente en el momento en que se ofrece un pastel de espelta a Júpiter. Asimismo, tras el banquete nupcial, es de rigor hacer una ofrenda en el larario del esposo para garantizar la protección de la recién llegada a su nueva morada.

DEL MATRIMONIO A LA TUMBA

El ritual de la llegada de la esposa a la vivienda de su marido recuerda el rapto de las sabinas, episodio fundador de la historia de Roma. La recién casada ha de cruzar el umbral de la casa en brazos de su marido. Además, esta práctica debe evitar que se produzca un mal presagio si la esposa tropieza al entrar y que las fuerzas nefastas se le adhieran. Las dos caras de Jano, dios de los

tránsitos que mira hacia el ayer y hacia el mañana, recuerdan cuán temidos son estos pasos por los romanos, ya sean materiales o simbólicos.

Al final de la existencia, los ritos funerarios acompañan la transición del difunto al mundo subterráneo donde moran las almas, y que los romanos conciben más como un lugar en el que estas deambulan que como una verdadera vida en el más allá. Durante el período de duelo, toda la casa del difunto se ve afectada por la mácula funesta. El cuerpo, tras haber sido lavado y preparado, es expuesto en el atrio de la vivienda, con los pies orientados hacia la puerta en previsión a la gran partida, para ser velado por sus allegados. Se le deposita una moneda en la boca, o bien dos sobre los ojos, a fin de que pueda pagar a Caronte su paso a los mundos subterráneos.

Antes de esto, el difunto ha de atravesar la ciudad en un cortejo fúnebre que atrae necesariamente la atención de los transeúntes por el llanto de las plañideras, las flautas y las panderetas que acompasan el recorrido. El funeral es también una ocasión para que los vivos manifiesten el prestigio de su linaje cuando la familia tiene un rango elevado, sobre todo mediante la exhibición de las máscaras mortuorias de cera de sus ancestros ilustres. Las necrópolis, situadas a lo largo de las carreteras como la Vía Apia, son también lugares en los que se expresa la identidad social de los individuos. Las sepulturas no pueden ubicarse en el interior de la ciudad, porque el contacto de los muertos con los vivos es fuente de impureza.

En época de Nerón, el tratamiento principal de los restos mortales es la cremación. La hoguera se erige junto a la sepultura y los familiares del difunto se reúnen en torno a ella. Una vez depositado el cuerpo sobre la pira, las ofrendas se disponen alrededor o se arrojan a las llamas a medida que estas se elevan: lámparas de aceite, frascos de perfume, vajilla u ofrendas alimentarias. Los restos calcinados del difunto se colocan a continuación en una urna, que se deposita en un imponente mausoleo para los más ricos, o bajo una modesta estela para los menos acomodados. Para los más humildes, las ceremonias son

mucho más discretas e incluso inexistentes para los indigentes anónimos, cuyo cuerpo es arrojado a una fosa común. Algunas inscripciones mágicas tienen por objeto proteger la sepultura o amenazar a quienes, al orinar en estos lugares, muestran falta de respeto.

La despedida que los vivos dispensan a su pariente desaparecido consiste en un banquete, organizado en el interior del espacio funerario, para comer juntos por última vez. El menú, que ha de ser frugal, está compuesto de leguminosas, cereales, salchichas y vino. Después, la vajilla utilizada para la ocasión debe romperse en el mismo lugar y ser arrojada a las llamas, puesto que está mancillada por la impureza mortuoria. A continuación viene el tiempo de la memoria del difunto. Al cabo de un período de nueve días, los parientes regresan para realizar un sacrificio junto a la sepultura en honor de los dioses manes, guardianes del alma del fallecido, antes de organizar un banquete en la morada familiar.

El calendario de festividades está salpicado de diversas fiestas vinculadas a los difuntos, como las *Lemuria* y las *Parentalia*, durante las cuales los muertos que regresan junto a los vivos deben ser apaciguados por el *pater familias*. En las *Lemuria*, este ha de levantarse en plena noche y chasquear los dedos por toda la casa. Sobre todo, debe lanzar habas negras por encima del hombro, sin darse la vuelta, para los muertos presentes en la casa. Nueve veces seguidas ha de ordenar a los manes de sus ancestros que salgan de la casa para regresar al reino de los muertos. Los romanos temen sobremanera ser acosados por los difuntos. Tras la muerte de Agripina, Nerón está convencido de que esta se manifestará tras el crimen cometido.[14]La intervención de las fuerzas sobrenaturales en la vida cotidiana de los romanos alimenta temores y supersticiones que se traducen en prácticas religiosas variadas que podrían ser calificadas de mágicas.

MAL DE OJO, BRUJERÍA Y PROTECCIÓN SOBRENATURAL

El mal de ojo, del que cualquiera puede ser víctima, a menudo por motivos de celos de un rival cuya mirada envidiosa atrae la desgracia, es muy temido por todos los romanos. El recurso a los sortilegios, filtros y venenos no es nada raro. La figura de la hechicera cristaliza estas preocupaciones, y la literatura antigua abunda en ejemplos de mujeres maléficas e inquietantes, dispuestas a transformar a sus desdichadas víctimas en animales, ya se trate de Circe y de los compañeros de Ulises o de la bruja Meroe de la novela de Apuleyo, las *Metamorfosis*. Bajo el reinado de Nerón, la siniestra Locusta es famosa por la eficacia de sus venenos fulminantes. Según los historiadores clásicos, esta hechicera fue la causante de la muerte de Claudio, y después de la de Británico, aunque en este último caso se admite también la hipótesis de un fallecimiento vinculado a una crisis de epilepsia.[15]

Sin embargo, el mundo de la magia y de la brujería no es solamente un motivo literario, como bien demuestra la arqueología. Las últimas excavaciones llevadas a cabo en la región V de Pompeya han sacado a la luz un extraordinario conjunto de amuletos y talismanes que atestiguan la vitalidad de estas prácticas. Entre estos objetos, se han podido identificar estatuillas en miniatura, conchas, escarabeos, pequeños cráneos, anillos, una lámina de plomo e incluso símbolos fálicos. El sexo masculino, que evoca a los dioses Fascino y Príapo, es uno de los símbolos apotropaicos más corrientes del mundo romano. Se puede encontrar en la pared de un muro en un cruce de calles, sobre el horno de un panadero, llevado alrededor del cuello o bien colgado en la casa, embellecido con campanillas y provisto de alas (*tintinnabulum*). La sonrisa que se supone que debe provocar, el *rictus*, ha de alejar a las fuerzas nefastas. Tampoco era extraño llevar encima filacterias, es decir, textos mágicos inscritos sobre metal o papiro. Las fórmulas copiadas pueden revestir una función protectora, pero también son útiles para lanzar maldiciones contra un adversario en el caso de la *defixio*.

Para asegurarse el éxito del complot en el que se halla inmerso, Aniceto tiene que entregar a Octavia a las divinidades infernales con el fin de precipitar su caída mediante un sortilegio.

Un esclavo fiel se encargará de colocar el objeto del maleficio junto a la emperatriz caída en desgracia. Numerosas láminas de plomo, grabadas con fórmulas maléficas y después enrolladas, se han encontrado en Italia y por todo el mundo romano. Muy a menudo se apunta a la salud del rival. En estos textos, el autor de la maldición puede mencionar solo una parte o el cuerpo entero. La lámina de plomo también se podía introducir en los intersticios de las paredes de la casa de la víctima.

La arqueología, por su parte, ha proporcionado numerosas representaciones de partes del cuerpo humano en terracota: ojos, pies, manos, corazones e incluso órganos genitales. Estos exvotos anatómicos expresan el agradecimiento por haber logrado una curación, del mismo modo que se pueden encontrar en algunas iglesias en época moderna. A veces solo hay una simple inscripción. El recurso a los médicos no excluye las prácticas que competen más a las creencias y a la magia.

Todas las estrategias son buenas cuando se trata de salvaguardar la salud, sobre todo en un contexto en el que la medicina se revela impotente ante determinados males. Esculapio, el dios médico y sanador, es a menudo invocado. Su culto fue introducido en Roma en el 293 a. C. tras la consulta de los libros sibilinos con ocasión de una epidemia. El templo de este dios, importado del mundo griego (Asclepio), se erigió en la isla Tiberina, en medio del río Tíber. Algunos santuarios de este dios taumaturgo, como el de Epidauro, Pérgamo o el de Cos, son famosos en todo el mundo grecorromano.

Multitud de pacientes acuden a este dios para obtener las claves de su curación. En el recinto de los santuarios de Esculapio es habitual someterse al rito de la incubación, que consiste en dormir en las instalaciones para que el dios transmita sus recomendaciones a través de los sueños. Al despertar, los sacerdotes se entregan a la interpretación del sueño, del que se desprenden las prescripciones rituales y médicas. En los *Discursos sagrados* de Elio Arístides, escritos en el siglo II, abundan innumerables ejemplos que narran los diferentes viajes terapéuticos realizados por este rétor hipocondríaco. Al paciente se

le puede aconsejar que ofrezca un animal en sacrificio, un gallo para Esculapio, que tome baños curativos, o que lleve a cabo un determinado régimen alimentario. En Roma se venera también a otras divinidades protectoras de la salud como *Salus* (la Salud) y *Valetudo*, e incluso a *Febris* (la Fiebre).

Las prácticas religiosas responden, pues, a las numerosas angustias que experimentaban los contemporáneos de Nerón, como Aniceto, que puede así doblegarse a la voluntad del emperador y atenuar al mismo tiempo sus temores. El voto que formula al abandonar el santuario de Mars Ultor responde a la esperanza de que el dios vengador intervenga en su favor, y al que mostrará su reconocimiento si la suerte le es propicia. Cumplidas sus diferentes obligaciones, el liberto conspirador puede ya entregarse a la diversión, que durante algunos instantes le permitirá disfrutar de cierta despreocupación.

5

Pan y juegos

Nerón, un artista coronado

NERÓN: UN ACTOR EN EL PODER

Tras cumplir con sus deberes hacia los dioses, Aniceto sabe que ahora puede descansar a sabiendas de que cuenta con el apoyo de las potencias divinas para sostenerlo frente a su destino. Finalizados los preparativos para su exilio, puede ya abandonar el tiempo del *negotium*, el del trabajo o de la participación en los asuntos de la ciudad. La tarde marca el paso al *otium*. Esta secuencia del día no consiste en una simple ociosidad, sino que se trata de un momento de realización intelectual y física para las élites romanas. Este es el momento en que se expresa plenamente el modelo cultural romano y en el que el adagio «*mens sana in corpore sano*» cobra pleno sentido. El liberto tiene intención de gozar por última vez de las delicias que ofrece la capital y de las que se verá privado, lejos de todo, en su exilio sardo.

Después de dejar atrás el Capitolio y dirigirse hacia el oeste, los pasos de Aniceto lo guían hacia la región del Campo de Marte, una vasta llanura situada más allá del *pomerium* y que bordea el Tíber. Llega entonces a una zona sagrada, delimitada por un pórtico, en el que se alinean cuatro pequeños templos de la época republicana en honor a cuatro viejas divinidades romanas. Aún hoy en día, el visitante puede contemplar sus vestigios en la plaza del Largo di Torre Argentina. En el lado occidental de este conjunto se encuentra la Curia de Pompeyo, lugar donde fue asesinado Julio César en el 44 a. C. Este edificio establece un vínculo con una gran plaza rodeada por otro cuadripórtico yuxtapuesto: se trata del inmenso complejo del teatro construido por Pompeyo, ilustre general contemporáneo de César.

Entre las columnatas se extiende un inmenso jardín cuya

vegetación se fusiona con un rico programa estatuario en el que están representadas mujeres ilustres del pasado griego, sobre todo poetisas y cortesanas célebres. Los romanos sienten especial predilección por los jardines (*horti*) que ofrecen un cuadro bucólico y permiten ausentarse durante un rato de la densidad de la megalópolis. En uno de los extremos del cuadripórtico que atraviesa Aniceto, se alza como una auténtica muralla la imponente silueta de la pared del escenario del Teatro de Pompeyo. Al otro lado se abre la *cavea*, las gradas que pueden dar cabida a los 18.000 espectadores. En la cima, en la parte trasera, se yergue un templo de Venus dominando el espacio. Dicha divinidad era la protectora de Pompeyo, además de ser una diosa tutelar de Roma.

SOBRE LAS TABLAS DE LOS TEATROS DE ROMA

El edificio, construido en la década de los 60 a. C., es el primer teatro permanente de la ciudad, seguido después de los teatros de Balbo y de Marcelo, erigidos no muy lejos de este. Junto con otros edificios dedicados al espectáculo, como el anfiteatro, este lugar de diversión se ha convertido en uno de los avatares del modo de vida a la romana en las ciudades del imperio. Hasta la época de Pompeyo, los censores velaban por el cumplimiento de la prohibición de construir teatros permanentes. Temían que las costumbres del pueblo romano se relajasen con la diversión. Pompeyo pudo eludir este obstáculo gracias a la erección del templo de Venus en la cima de las gradas, que ahora pueden considerarse una escalera monumental que conduce al santuario.[1]Cabe señalar que, para la moral romana tradicional, la ciudad es percibida como un lugar donde las costumbres y la virtud se disuelven. Contraviene el modelo del ciudadano romano, soldado y campesino, vinculado a la simplicidad del modo de vida en el campo. Además, las distracciones y los placeres que ofrece la ciudad contribuyen a este relajamiento. Incluso el interés por el arte es percibido como nocivo, y algunos autores como Cicerón

admiten con cierta vergüenza ser conocedores de la materia.

El clamor de la multitud en las inmediaciones del edificio se intensifica a medida que se aproxima Aniceto. Los alrededores de los lugares donde se celebran espectáculos están siempre muy animados, tanto por la afluencia del público como por la presencia de numerosos vendedores, ambulantes o no, que esperan poder despachar algo de comida, como pasteles, frutas o salchichas. La entrada al teatro se efectúa por las arcadas, que permiten acceder a las galerías que sustentan las gradas. Unos pasillos conducen rápidamente al asiento, se trata de los *vomitoria*, cuyo funcionamiento es exactamente el mismo que el de los estadios modernos.

Sin embargo, en virtud del sistema de la proedria, el reparto de asientos en las gradas se realizaba en función del rango social, un verdadero reflejo de las jerarquías de la sociedad romana. Por su condición y por su proximidad con el emperador, Aniceto tiene sin duda derecho a ocupar los asientos situados en primera fila. Su cargo de prefecto de la flota de Miseno le permite sentarse junto a ciudadanos ilustres, es decir, senadores y caballeros. Pequeños muretes separan las diferentes categorías de asientos, y aquel que se atreviera a no respetar esta prioridad, sería llamado al orden inmediatamente.

La obra que se representa hoy es una obra cómica, de las que tanto aprecian los romanos. La tragedia tiene menos acogida que en el mundo griego, del que se ha importado el teatro a Roma. Las obras de Plauto y de Terencio, escritas en tiempos de la República, dan una buena idea de las comedias que se representan, inspiradas también en el teatro griego. Los personajes suelen ser estereotipos, entre los que se encuentra el esclavo astuto, el hombre avaro e incluso jóvenes enamorados, de los que los autores se complacen en mofarse por sus defectos morales y ridiculeces. No obstante, Horacio se lamenta de que los romanos prefieran lo espectacular en detrimento del texto escrito por los autores de las obras.

Aniceto, como muchos romanos, es un aficionado al teatro. Se inspiró precisamente en una representación teatral, en la que un ingenioso mecanismo permitía que una maqueta de barco se

rompiese, para llevar a cabo su estratagema destinada a eliminar a Agripina mediante una nave manipulada. El público aprecia sobremanera estos efectos especiales para los que se ponen en marcha grandes medios. Por ejemplo, cuando se trata de representar la caída de Ícaro, se cuelga de las alturas a un condenado a muerte y después se le suelta al vacío ante los ojos de los espectadores.[2]Si se trata del mito de Prometeo, cuyo hígado es devorado por un buitre, un condenado a muerte, crucificado, es puesto a merced de un oso para que sufra un destino similar.[3]

Son numerosos los mecanismos que provocan el asombro de los espectadores, ya se trate de la subida del telón gracias a un sistema de poleas, como del despliegue de elementos del decorado desde el suelo del escenario. Sin embargo, la atención de los espectadores no es sostenida, y Horacio se queja de que el alboroto que surge del graderío no permite disfrutar plenamente de los diálogos.[4]La constatación del poeta contemporáneo de Augusto explica el gusto de los romanos por la pantomima, un teatro de gestos y mimo, en el que lo grotesco de las situaciones, fácilmente identificables por parte de un público versado, suscita la risa. Las representaciones pueden durar largas horas si creemos a Horacio. El acondicionamiento e instalaciones hacen que la experiencia de los espectadores sea más confortable. En el Teatro de Pompeyo, el abastecimiento de agua refresca a los espectadores.[5]En algunos de los lugares donde se celebran espectáculos hay también sistemas de aspersión de agua perfumada con azafrán mediante bombas. Pero sobre todo, con el objetivo de protegerse del ardor del sol, se despliega sobre la gradería una inmensa lona, el *velum*.

En el año 66, con ocasión de la llegada del rey de Armenia, Tiridates I, se organizan unos festejos especialmente suntuosos que figuran entre los más impactantes de la historia del reinado. Por decreto del Senado, el Teatro de Pompeyo se realza enteramente con oro, y el *velum*, de color púrpura, se decora con la imagen de Nerón sobre un carro rodeado de estrellas de oro, a imagen de Helios lanzado en su carrera celeste.[6]Esta imagen abrumadora, mostrada a la multitud, pone de manifiesto las ambiciones religiosas e ideológicas de Nerón. Exhibe la importancia que para

el emperador tienen los espectáculos y las artes, que participan en un verdadero programa político y en una estética de reinado. La asociación de Nerón con Apolo recuerda a todos que es también un príncipe citaredo, a semejanza de este dios. Por otro lado, Dion Casio insinúa que es precisamente en este teatro donde Nerón tenía la costumbre de actuar. Esta identificación con el dios solar y músico se inscribe en la continuidad de la ideología real desarrollada por los soberanos helenísticos, que son sin duda un modelo para Nerón. El príncipe que se ilustra de este modo, conforme a una lógica agonística en la que la proeza artística equivale a la proeza guerrera, puede demostrar su superioridad, su dominio universal y su inspiración divina.

EL ARTE: UN INSTRUMENTO AL SERVICIO DEL PODER

Para Nerón, el arte es intrínseco al poder, cosa que buena parte de sus contemporáneos y de los autores antiguos no comprendió. Estos últimos lo presentan como un gobernante interesado solamente en la diversión en detrimento de la gestión de los asuntos del imperio. Por este motivo, lejos de Roma, actúa en el Teatro de Nápoles, ciudad griega capaz de comprender su arte. Emprende incluso una gira para participar en diferentes concursos líricos en Grecia en el año 66, con el objetivo de exhibir sus talentos de músico y cantor a un público comprometido con su causa. Es más que un simple viaje; Dion Casio compara este desplazamiento con una auténtica expedición militar, en la que cada éxito artístico es equiparado a una victoria.[7]

Al principio, antes de permitir que una multitud acudiese a admirarlo, Nerón no ofrecía representaciones en público. Según Dion Casio, muy hostil al Nerón artista, el emperador no duda en arrogarse victorias sin haberlas conseguido, y en detrimento de otros participantes.[8]El propio emperador está también en el origen de la creación del cuerpo de los Augustiani, organizado de forma casi militar y cuya función es la de aplaudirle en sus representaciones. Su entrenamiento es riguroso y les obliga a

variar las tonalidades según las circunstancias.[9]

Tácito afirma que Nerón hizo suprimir las cohortes responsables de los juegos para dar sensación de mayor libertad a los espectadores.[10]El espacio del teatro no solo permite la puesta en escena de obras literarias, sino que constituye también el marco en el que se tejen las relaciones entre el pueblo romano y su príncipe cuando este asiste a una representación. Lo mismo ocurre cuando está presente en las gradas del anfiteatro y del hipódromo, donde es escrutado por todos. De ello se desprende un sentimiento de proximidad, incluso de afecto, sobre todo cuando es el emperador quien organiza los espectáculos.

No obstante, la transformación del poder de Nerón en una tiranía, tal como la que describen los historiadores antiguos, encuentra su prolongación en el mundo de los espectáculos. Suetonio asegura que Nerón obligaba a los espectadores a escucharle durante horas cuando cantaba, bajo pena de recibir un severo castigo.[11]El príncipe, artista y tirano, revela toda su *hybris*, como si el velo de la comedia en la que él es el actor se desgarrase para mostrar su verdadera naturaleza.

Para Tácito, esta tendencia se afirma con más fuerza tras la muerte de Agripina, como si esta desaparición hubiese dado rienda suelta a sus pretensiones artísticas. En el Vaticano se ha acondicionado un espacio donde Nerón puede ofrecer representaciones líricas durante las cuales se asimila plenamente a Apolo mientras viaja en su carro y recita poemas, encarnando así la imagen del *velum* del Teatro de Pompeyo.[12]

Sin embargo, un emperador que se entrega de este modo al espectáculo no es digno de su cargo para las mentes conservadoras romanas, igual que Cómodo cuando, a finales del siglo II, desciende a la arena para combatir. Como los gladiadores, los actores no están bien considerados desde el punto de vista social, y su condición los sitúa en una especie de marginalidad. Tácito deplora que en la escala de valores de Nerón no sea en absoluto infamante que un ciudadano suba a un escenario.[13]Ni los senadores ni los caballeros dudan en ofrecer espectáculo, ya sea en el teatro o en el anfiteatro. Dion Casio relata la anécdota de una matrona de

ochenta años, Elia Catella, que llega incluso a bailar en público, lo que constituye el colmo de la indignidad para una mujer de su rango.[14]

Tácito acusa al emperador de contribuir, con su pasión por el teatro y las artes líricas, a la disolución de las costumbres del pueblo romano y a la decrepitud de la sociedad. Este *topos* moralizante es muy frecuente en Tácito, para quien el lujo y el apego a los placeres son fuentes de molicie. No obstante, para Nerón la práctica de las artes líricas no es un asunto de aficionado, él se entrega con asiduidad. En sus últimos momentos, poco antes de darse muerte en el 68, Nerón habría declarado con amargura: «¡Qué gran artista muere conmigo!».[15]De forma similar, la posteridad ha retenido la imagen de Nerón cantando la ruina de Troya ante Roma en el 64, en la que la figura del príncipe incendiario se añade a la del príncipe poeta. Aunque esta anécdota relatada por Suetonio sea una de las más famosas del reinado de Nerón, hoy en día el consenso general es que carece de veracidad histórica.[16]

Nerón cuida diariamente de su cuerpo con el objetivo de sobresalir en el canto y presta especial atención a su voz, por ejemplo, mediante el consumo de puerros, que tienen fama de mejorarla, o la colocación de planchas de plomo sobre el pecho.[17]Pese a estos esfuerzos, Dion Casio relata las burlas de los espectadores a causa de la debilidad vocal del emperador.[18]La música suscita también el más vivo interés de Nerón, en particular el órgano hidráulico, inventado en época helenística.[19]El aspecto de este instrumento era muy parecido al de los órganos modernos. Diferentes tubos emitían sonidos producidos por medio de un teclado que activaba un sistema de bombas de aire y de agua. Los romanos les deben mucho a los griegos en lo relativo a la música, y en el tratado *De la arquitectura*, Vitrubio admite la dificultad que entraña el tratamiento de este tema.[20]

UNA SOCIEDAD DEL ESPECTÁCULO

Para explicar las influencias nefastas que se ejercieron sobre el futuro príncipe, Suetonio incide en que durante su infancia Nerón fue criado por un bailarín y un barbero.[21]Por su parte, Tácito relata que, desde su más tierna edad, Nerón ejercitaba diferentes actividades como el canto, la pintura o la conducción de caballos.[22]Aniceto recuerda perfectamente la insaciable pasión por las carreras de carros que enardecía al joven Nerón, como también a la mayoría de los romanos de su tiempo, y que perdura durante su reinado según Dion Casio.[23]Las descripciones que hace este autor del amor de Nerón por la diversión son abundantes, una manera de demostrar que la capacidad del príncipe para gestionar los asuntos de Estado está alterada.

Nerón engalana a los conductores ilustres con una toga y les adjudica una pensión alimenticia a modo de gratificación. El historiador hace responsable a Nerón de las pretensiones de los criadores y conductores de caballos, que, debido a los honores que se les conceden, llegan al extremo de mostrarse insolentes con los magistrados. El hecho de colocar sobre un pedestal a los actores o a los aurigas supone una forma de inversión de las normas y de las jerarquías sociales que choca con la moral romana.

Las carreras de carros constituyen uno de los entretenimientos más antiguos introducidos en Roma, puesto que el *Circus Maximus*, el hipódromo situado al pie de la ladera sur del Palatino, se desarrolló a partir de la época monárquica. En tiempos de Nerón, su capacidad estimada es de 150.000 espectadores. Cerca del circo se levantan santuarios muy antiguos, consagrados a la Luna y al Sol, que revelan estrechos vínculos entre los *ludi* y el mundo divino. Por otro lado, la carrera de carros en torno a la *spina*, la plataforma central adornada con un obelisco, simboliza la revolución de los astros. Las diferentes facciones de aurigas, los equipos de conductores de carros que se distinguen por su color, tienen numerosos admiradores. Había un auténtico barrio de caballerizas situado al sur del Campo de Marte, donde estaban ubicadas estas facciones.

Los propios emperadores pueden tener sus preferencias, como Calígula, que apoyaba a los Verdes.[24]El peligro que comportan

estas carreras y la destreza necesaria para tomar las curvas cerradas explican el entusiasmo por este espectáculo. Los accidentes eran frecuentes, como bien atestigua un mosaico hallado en Lyon, porque cuando un carro volcaba, el riesgo era mortal. Los conductores se entrenaban asiduamente para manejar el carro con agilidad. Era un vehículo muy ligero que el auriga, de pie y con la cintura atada al carruaje, dirigía mediante movimientos del cuerpo.

Los vencedores recibían una palma en reconocimiento a su éxito bajo las aclamaciones del público. No obstante, igual que ocurría con los gladiadores y los actores, los cocheros no estaban bien considerados desde el punto de vista social. Por esta misma razón, y con ocasión de su visita, Tiridates queda profundamente asombrado cuando Nerón se presenta sobre un carro vestido de verde y con el casco de los aurigas para declamar unos versos al son de la lira. El príncipe es juzgado indigno del cargo que ostenta por su asimilación a categorías socioprofesionales inferiores.

GLADIADORES Y CACERÍAS: LOS PELIGROS DE LA ARENA

De todos los espectáculos que se pueden ver en Roma, solo los combates de gladiadores gozan de un éxito similar entre el pueblo. Al principio, estos entretenimientos se organizaban en los funerales, pero poco a poco esta dimensión se fue atenuando. Los *ludi*, es decir, el conjunto de representaciones de los espectáculos, estaban estrechamente asociados a lo divino. Las primeras obras de teatro se montaban en estrados cerca de los templos, especialmente del de Ceres cuando se celebraban las fiestas en honor de esta diosa. De este modo, los *ludi* aparecen como una especie de ofrenda dedicada a los dioses. Con el objetivo de sacralizarlos, una procesión religiosa, la *pompa*, precedía la celebración.

En el 62, el Coliseo todavía no se había construido. Los combates podían realizarse también en el Foro en tiempos de César, que hizo acondicionar unas galerías subterráneas para

facilitar la llegada de los combatientes a la plaza. Los espectadores podían asistir a los combates desde las plantas de las basílicas que la bordeaban. Nerón mandó levantar un anfiteatro de madera en el Campo de Marte.[25]En el siglo I, esta zona ofrece todavía posibilidades de edificación, porque más tarde Domiciano hace construir un gran estadio para las pruebas atléticas en el lugar de la actual Plaza Navona.

Al igual que en el hipódromo, en el anfiteatro el desenfreno de las pasiones de la multitud puede provocar altercados, a veces de grandes dimensiones. En el 59, en Pompeya, una violenta reyerta estalla en el graderío y en las inmediaciones del anfiteatro. Los espectadores venidos de la ciudad vecina de Nocera se enfrentaron a golpes con los pompeyanos con ocasión de un espectáculo. Este acontecimiento fue lo bastante destacado como para ser documentado por Tácito,[26]y también representado en un fresco de Pompeya. Nerón tuvo que tomar entonces una decisión radical y prohibió durante varios años las representaciones en la arena de la ciudad vesubiana. Fue necesaria la insistencia de Popea, originaria de la región, para que la restricción fuera finalmente levantada. Igual que los aurigas, los gladiadores titulares de múltiples victorias eran auténticas celebridades y podían conseguir un buen patrimonio gracias a las recompensas. En general se trataba de esclavos, pero los hombres libres también podían elegir este camino. Los enfrentamientos distaban mucho de terminar con una muerte, habida cuenta del coste y de la inversión que representaban los combatientes.

No obstante, sus condiciones de vida no eran menos rudas, como bien atestigua Séneca. El preceptor de Nerón informa de dos casos de suicidio de combatientes en la arena. El primero, un germano que tenía que luchar contra animales salvajes en las cacerías, se retira a las letrinas y se hunde en la garganta el palo que lleva la esponja para limpiarse con el fin de asfixiarse. Otro bárbaro enviado a la arena decide, en cambio, clavarse la lanza de combate en la garganta. Para Séneca, estos dos ejemplos son dignos de alabanza, porque incluso los hombres de más baja estofa eligen su muerte en vez de sufrirla, y con ello hacen gala de

dignidad frente a su destino.[27]

Nerón muestra también un especial interés por las cacerías, las *venationes*, que suelen organizarse en el anfiteatro por la mañana, antes de los combates de gladiadores, que se celebran por la tarde.[28]Las ejecuciones públicas pueden realizarse entre estos dos tiempos, en mitad del día. Este intermedio del mediodía no deja de sorprender a Séneca. En una de sus cartas, el filósofo lamenta que se trate más bien de un asesinato que de una diversión.[29]El emperador es el que imprime el tono de los espectáculos. Según Dion Casio, los toros eran cazados por hombres montados a caballo, mientras que cuatrocientos osos y trescientos leones fueron abatidos por caballeros de la guardia de Nerón.[30]Además, el pueblo se beneficiaba de estas diversiones en el sentido de que la carne de los animales abatidos en la arena se podía poner a la venta en los mercados. Diversos autores informan, por ejemplo, de la venta de carne de oso. La capacidad de reunir ante los ojos del pueblo romano animales salvajes procedentes de todo el mundo romano y de más lejos adquiere también una dimensión simbólica y manifiesta en cierto modo el poder universal del príncipe.

Una de las representaciones más grandiosas llevadas a cabo por Nerón es la inundación de un anfiteatro con el fin de evocar los combates de las guerras médicas que enfrentaron a griegos y persas.[31]Este tema recuerda a los romanos la inferioridad de los bárbaros frente a la civilización grecorromana. Para incrementar el realismo se introducen en el agua animales marinos. Después, se vacía la arena para dar paso a los combates en tierra firme. Este espectáculo debió de tener lugar en el estanque construido en el reinado de Augusto en el Trastévere y destinado a las naumaquias, es decir, a las reconstrucciones de batallas navales. Un acueducto aportaba el agua necesaria para dichas representaciones. Los considerables medios desplegados para organizar semejantes espectáculos simbolizan también la capacidad del príncipe de controlar los elementos naturales para asombrar a los espectadores en un juego de ilusiones, en el que se sobrepasan las leyes de la naturaleza.

VÍNCULOS INTRÍNSECOS ENTRE POLÍTICA Y ESPECTÁCULO

Semejantes espectáculos son sin duda muy costosos. En lo concerniente a las cacerías, hay que traer a los animales salvajes de tierras lejanas, como África por ejemplo, por no mencionar a los numerosos combatientes, decorados y accesorios necesarios. Por esta razón, en las ciudades del imperio suelen estar financiados por ciudadanos notables, y en la capital incluso por el emperador. La riqueza de los ciudadanos poderosos se destina al interés de la mayoría. Se trata del evergetismo, un término acuñado en época moderna que significa «hacer el bien». Son numerosas las inscripciones de las ciudades del imperio que ensalzan los méritos de magistrados que ofrecieron juegos con sus propios recursos. Este es uno de los fundamentos de la ciudad griega y romana, además de un factor de cohesión social. El pueblo espera que las élites sociales y políticas contribuyan a las mejoras de la ciudad y a la organización de entretenimientos, colaboren en la distribución de alimentos o celebren grandes banquetes públicos para los ciudadanos.

En Roma, el príncipe se vale en gran medida de estas diversiones con el fin de reforzar la fidelidad de la plebe. La expectativa de estas dádivas suscita las críticas de Juvenal contra el pueblo romano ocioso, que abandona la participación en los asuntos de la ciudad en beneficio del pan y los juegos.[32]La imagen de un pueblo romano pretendidamente decadente se desprende en gran medida de esta afirmación, todavía utilizada en nuestros días para denunciar los defectos de las sociedades contemporáneas, como si la Antigüedad fuera un espejo de nuestras propias preocupaciones. La visión de los moralistas y de los satíricos del Alto Imperio es evidentemente un prisma distorsionador de las realidades sociales y culturales de su época.

Dion Casio relata que Nerón llega incluso a organizar una suerte de tómbola con ocasión de los espectáculos. Unas pequeñas bolas que indican los premios son arrojadas entre la multitud, que puede conseguir esclavos, ropas lujosas, carros e incluso oro.[33]Esta

anécdota pone de manifiesto la dilapidación de las riquezas del imperio en provecho del pueblo sin otro objetivo que el de darle gusto. Los espectáculos figuran por excelencia entre los lugares en los que se afirma el modelo del príncipe demagogo. No obstante, estos juegos responden también a una verdadera expectativa a la que el emperador ha de hacer frente.

Para los romanos, las ocasiones de asistir a semejantes acontecimientos son numerosas: una fiesta religiosa, el acceso al poder de un emperador, un aniversario e incluso una victoria militar. Después de la muerte de Agripina en el 59, se organizan suntuosas fiestas con el fin de congraciarse con los dioses que han velado por la salvación de Roma al eliminar el peligro que ella representaba. Sin embargo, es evidente que el pueblo romano no era tan tonto como para dejarse engañar con el discurso del poder vistas las mofas que se proferían respecto al matricidio. Dion Casio refiere que los festejos duraron varios días y se celebraron simultáneamente en cinco o seis teatros de la ciudad. Para que quedasen grabados en la memoria de los romanos, hicieron subir hasta lo alto de la *cavea* del teatro a un elefante que caminaba sobre cuerdas, y después lo bajaron.[34]A partir del año 62, el nuevo prefecto del pretorio Tigelino desempeña un papel activo en la supervisión de estos entretenimientos.

A lo largo del Alto Imperio y de los diferentes reinados, el número de fiestas, sobre todo las vinculadas a la casa imperial, experimentó un crecimiento exponencial. Estas manifestaciones refuerzan la cohesión cívica en torno al emperador y su familia, especialmente cuando los sacrificios asocian a los dioses con las celebraciones. En este sentido, Nerón instituye grandes fiestas como las *Juvenalia*, las fiestas de la juventud,[35]que recuerdan su *depositio barbae* y su transición a la edad adulta mediante este rito. Numerosos romanos son llamados a participar, incluidos los ciudadanos y las mujeres respetables que se entregan al teatro y al canto, una auténtica indignidad para Tácito. En el 60, Nerón instituye las *Neronia*, para ser celebradas cada cinco años.[36]Estos festejos imitan los concursos griegos por la inclusión de pruebas gímnicas, musicales e hípicas.

LOS ROMANOS Y LAS COSAS DEL ESPÍRITU

Lejos del tumulto de los teatros y del hipódromo, los romanos educados gustan de aprovechar el tiempo del *otium* para dedicarse a las cosas del espíritu. En su exilio sardo, las diversiones de las que dispondrá Aniceto serán mucho más limitadas que las que ofrece Roma. El tiempo transcurrirá con lentitud y le brindará la oportunidad de entregarse a los placeres de la lectura. Por consiguiente, necesita acudir a la calle de los Zapateros, ubicada en la Subura, famosa por sus numerosas librerías donde se pueden hallar los últimos libros de moda.[37]Allí se codean autores ilustres, como Virgilio y Ovidio, con otros escritores más oscuros. La época de Nerón cuenta con un buen número de autores de obras destacables, como Séneca y su sobrino Lucano, e incluso el poeta Persio, cuyas *Sátiras* han llegado hasta nosotros.

El propio Nerón se lanza a la composición literaria. Anhela ser un artista consumado dedicado a las distintas artes. Según Suetonio, tras algunas sesiones de lectura de sus poemas, se decretó dar las gracias a los dioses y grabar los versos que había escrito con letras de oro en honor a Júpiter Capitolino.[38]En el teatro, Nerón declama ante el público poemas sobre la ruina de Troya escritos por él, eco de las acusaciones del incendio de Roma, antes de que se organicen sacrificios en su honor, como si el príncipe fuera una epifanía apolínea. Tácito cuenta que, en el marco de las cenas del emperador, jóvenes poetas todavía desconocidos eran invitados a quedarse después de la comida para mejorar las composiciones de Nerón. El historiador destaca tanto el estilo poco inspirado y heterogéneo del emperador como la calidad mediocre de sus composiciones.[39]

Se espera que el príncipe esté dotado de algún talento literario. A la muerte de Claudio, Séneca redacta un discurso extraordinario. Tácito observa que Nerón se revela como el primer príncipe que ha de recurrir al talento oratorio de otra persona. El historiador explica esta laguna por la preferencia que mostró el emperador, durante su juventud, por las carreras de carros, la pintura, el grabado y el canto en detrimento del arte de la

elocuencia que debe dominar todo hijo de familia aristócrata.[40]

No obstante, el emperador pretende permanecer en la memoria de los romanos por sus escritos. Según Dion Casio, Nerón alimenta el proyecto de redactar en verso una gran crónica de la historia de Roma. Tiene previsto escribir nada menos que cuatrocientos libros. Sin embargo, el sabio Lucio Anneo Cornuto, que le ayuda en su proyecto, estima que este número es demasiado elevado y que estos libros apenas resultarán útiles para la mayoría, al contrario de lo que ocurre con otros autores. Herido en sus sentimientos, el emperador lo condena al exilio.[41]Está celoso de su talento y se siente agraviado también por la fama de Lucano,[42]cuya reputación se debe sobre todo a la publicación de la *Farsalia*, una obra que relata las guerras civiles del siglo I a. C. En el 65, Lucano y su tío Séneca son condenados a abrirse las venas tras la conjura de Pisón, en la que se les supone implicados. No obstante, la trayectoria filosófica de Séneca lo prepara para aceptar la muerte de manera serena.

En sus obras, este filósofo desarrolla los preceptos del estoicismo, que encuentra una importante resonancia en época imperial. Esta escuela de pensamiento, heredada del mundo griego, exige un distanciamiento de los placeres terrenales y de todo aquello que pueda ser causa de sufrimiento. Pese a ello, no se trata en absoluto de un llamamiento a retirarse del mundo, sino, al contrario, a implicarse en los deberes para con la ciudad. En sus obras, especialmente en las *Cartas a Lucilio*, Séneca muestra cómo hallar la verdadera felicidad y alcanzar la realización personal.

Estas obras serán pues un gran apoyo para Aniceto, que ha de resignarse precisamente a aceptar su sino en interés de Roma y del emperador. El propio Nerón tampoco descuida la filosofía, puesto que después de una comida aprecia ver a los filósofos debatir puntos de vista opuestos.[43]

EL MERCADO DEL LIBRO

Muchos son los escritores que tratan de labrarse un camino para

alcanzar reconocimiento y fama. Para darse a conocer, los autores hacen leer sus libros en público y esperan que así se les tome en consideración. Pese a ello, pocos acceden a una verdadera notoriedad. No es insólito que algunos utilicen a un público de claque que aplaude para exacerbar el entusiasmo suscitado por la obra. En las ciudades romanas, los auditóriums y los odeones son los lugares más apropiados para las lecturas públicas, conferencias e incluso representaciones líricas y musicales. Tienen forma de pequeños teatros totalmente cubiertos cuya acústica permite una buena calidad de sonido. Más adelante, en el reinado de Domiciano, Roma se dota de un gran odeón con una capacidad para 10.000 espectadores, justo al lado del estadio que hace construir en el Campo de Marte.

Sin embargo, entre los autores en busca de reconocimiento, algunos, poco escrupulosos, no dudan en hacer publicar sus libros con el nombre de escritores de prestigio para poder venderlos más fácilmente. No existe ninguna legislación sobre la propiedad intelectual ni sobre los derechos de autor. En el siglo II, Galeno, el médico de Pérgamo, advierte de que en una librería de Roma se venden bajo su nombre libros de los que él no es el autor. La superchería puede detectarse si se tiene un profundo conocimiento de su estilo y de sus enseñanzas, pero los compradores ingenuos se dejan engañar fácilmente.[44]

Así pues, existe un verdadero mercado del libro. Los autores que gozan de gran éxito pueden ver cómo sus escritos se difunden más allá de Roma. Plinio el Joven, que se sorprende de la presencia de librerías en Lyon, ve con satisfacción que allí se venden obras suyas. Según él, la calidad de sus volúmenes seduce igualmente a los lectores de ambos lados de los Alpes.[45]

Los libros se presentan en forma de rollos de papiro que se desenrollan y enrollan a medida que avanza la lectura. El texto generalmente está copiado por esclavos especializados: los *librarii*. Son muy raros los libros que nos han llegado directamente de la Antigüedad, teniendo en cuenta la fragilidad del soporte. Por otro lado, solo se ha conservado una ínfima parte de la literatura griega y romana, debido a destrucciones ocasionadas por incendios, por

ejemplo, pero también porque determinados libros se dejaron de copiar en la Edad Media.

Sin embargo, la erupción del Vesubio en el año 79 facilitó la conservación de rollos de obras literarias procedentes de la Villa de los Papiros en Herculano. Pese al aspecto carbonizado de estos libros, las tecnologías más recientes han permitido determinar que se trataba de textos poéticos apreciados por los romanos refinados. Entre amigos era habitual ofrecerse libros a guisa de regalo, incluso versos escritos de su propia mano. Su valor económico los convierte en regalos selectos. En las mansiones ricas, poseer estanterías llenas de libros es indicativo de gusto y de prestigio. Cuando los rollos se amontonan unos encima de otros, es habitual colgarles una etiqueta que permite identificar rápidamente la obra y su autor.

Roma está provista de bibliotecas públicas desde la época de César y Augusto, a semejanza de las instauradas por este último en el Palatino junto al templo de Apolo y al lado del Pórtico de Octavia en el Campo de Marte. Se trata de verdaderos templos del saber y de edificios de prestigio. Para el poder romano, el reto consiste también en rivalizar con las grandes bibliotecas helenísticas, como las de Alejandría o de Pérgamo, cuyo esplendor por todo el mundo grecorromano es inmenso.

El conocimiento del mundo es uno de los instrumentos de la dominación romana. Las grandes bibliotecas públicas de la capital constan en principio de una sección latina y de una sección griega. Los autores del mundo griego y helenístico son citados con frecuencia y recopilados por los autores de la época imperial, que ven en sus obras una inagotable fuente de saber. La *paideia*, el ideal de educación que anima a las élites romanas, reposa en la adquisición de saberes en los más variados campos, que van desde la literatura a la historia, pasando por la gramática y la medicina.

Las líneas trazadas sobre los rollos de papiro que Aniceto compra al librero se convertirán en el refugio de su soledad. Los versos del poeta y las palabras sabias del filósofo no cesarán de alimentar su mente y de aplacar sus tormentos. Ahora debe apresurar el paso, porque el sol sigue su curso y se acerca la hora

del banquete.

6
Los placeres del cuerpo
Nerón, príncipe de la orgía y del desenfreno

LOS PLACERES DE LAS TERMAS

Fatigado de esta agotadora jornada, Aniceto siente el cuerpo entorpecido por la enorme carga de la tarea que pesa sobre sus hombros. Antes de regresar a lo alto del Palatino para unirse a la mesa del emperador, se impone una visita a las termas como etapa ineludible del día. A estas horas de la tarde, una importante muchedumbre se arremolina en este lugar. Las termas, cuya función no se limita en absoluto a los baños, son por excelencia el lugar del cuidado del cuerpo, pero también constituyen un espacio de sociabilidad en el que se exterioriza el ideal del modo de vida romano.

En el 62, se lleva a cabo una gran obra en el centro del Campo de Marte. Nerón hace construir un enorme complejo termal. Habrá que esperar todavía algunos años antes de que estos baños sean accesibles al público. Hoy en día apenas quedan algunos pocos vestigios diseminados por las inmediaciones del Panteón. Además, estos restos provienen de las importantes remodelaciones efectuadas durante el reinado de Alejandro Severo. Por otro lado, en esta época aún no se ha alcanzado el gigantismo de las termas de Caracalla o de Diocleciano erigidas en el siglo III. La mayoría de las que hay en la capital tienen dimensiones más modestas, semejantes a las de Pompeya.

Aniceto se dirige, pues, hacia las termas de Agripa, construidas en tiempos de Augusto, muy cerca del Panteón en el Campo de Marte, al que están vinculadas. Su planta nos es conocida gracias a la *Forma Urbis.* Se trata de las primeras grandes termas de la época imperial en Roma. Estas instalaciones están decoradas con gran magnificencia, los mármoles polícromos no

hacen más que realzar las estatuas que adornan el lugar como si fuera un auténtico museo. Plinio el Viejo nos proporciona algunos elementos de descripción de las termas de Agripa. Este último prefería poner a disposición de una gran mayoría las obras artísticas, sobre todo las estatuas y los cuadros, en vez de tenerlas al resguardo de las miradas en propiedades campestres.[1]El naturalista explica que, en la entrada de los baños, Agripa hizo colocar una estatua del célebre artista griego Lisipo que representaba a un hombre en el acto de rasparse, el *Apoxiómeno*, una evocación de los gestos practicados en los baños. Tiberio quiso apropiarse de la estatua para su dormitorio, pero tuvo que ceder y dejarla en su sitio ante las protestas del pueblo. El número de estatuas de mármol y de bronce que el yerno del emperador Augusto hizo colocar en la zona del Campo de Marte asciende a trescientas.[2]

El ambiente que reina en las termas es de lo más animado. Aquí se mezclan los diferentes estamentos sociales, pese a que los más ricos disponen también de baños privados. Además, Agripa garantizó el acceso gratuito a las termas por él construidas.[3]

Igual que los demás visitantes, Aniceto ha de dirigirse en primer lugar hacia el vestuario, el *apodyterium*, donde se han dispuesto casilleros para depositar los efectos personales. En algunas instalaciones hay vigilantes, puesto que los robos no son raros. Como en el gimnasio griego, en las termas los cuerpos están desnudos. El carácter mixto no parece ser un obstáculo, por lo menos hasta el reinado de Adriano que legisla sobre este tema.

LAS TERMAS: LUGARES DE HIGIENE Y DE SOCIABILIDAD

El funcionamiento de las termas es muy costoso. Para garantizar el abastecimiento de agua, las termas de Agripa se alimentan por medio de un acueducto previsto especialmente para este cometido, el *Aqua Virgo*. Dicho acueducto todavía sigue activo, ya que algunas de las grandes fuentes de Roma, sobre todo las de Trevi,

las de la Plaza Navona y las de la Plaza de España, se sirven del agua que aporta.

Por otro lado, también hay que asegurar el suministro de aceite. Se trata de una variedad distinta a la empleada en la cocina. El aceite se guarda en un aríbalo, un pequeño recipiente panzudo, a veces colgado de una cadenita. Está a disposición de los visitantes, que se lo extienden por el cuerpo cuando llegan. En las ciudades del imperio, este aceite pueden proporcionarlo los magistrados, que encuentran en ello otro medio de destacar ante sus conciudadanos.

Las termas suelen estar dotadas de zonas exteriores destinadas a los ejercicios físicos, donde los cuerpos untados de aceite se entremezclan y se enfrentan en el pancracio o en la lucha, siguiendo el modelo griego. El aceite hace más difícil el agarre del cuerpo. Una vez untado de aceite, el visitante puede iniciar el recorrido balneario. El cuerpo es expuesto a diferentes temperaturas, a veces muy elevadas, como en el *caldarium*. Se trata de una sala de agua caliente cuyo principio es similar al de un *hammam*. Algunas termas están equipadas con cámaras en las que impera un calor seco (*laconicum*); es el punto culminante de la visita de las termas de Agripa. Esta sala está acondicionada de manera grandiosa. Se trata de un inmenso espacio circular coronado con una cúpula. Plinio relata que en los mármoles de esta estancia se habían insertado pequeños cuadros, pero fueron extraídos para realizar obras de restauración en el momento en que escribía este texto.[4]

El calentamiento de las termas se lleva a cabo mediante la técnica del hipocausto. El calor, generado por un fuego alimentado con madera, circula por debajo del suelo, que reposa sobre pilas de ladrillos, y por detrás de las paredes a través de conductos de barro cocido. Algunos de los mosaicos que se han conservado en las propias termas muestran representaciones de sandalias y advierten al visitante de la necesidad de llevarlas puestas para no quemarse la planta de los pies en las salas más calientes. El aceite hace las veces de jabón, puesto que se mezcla con el sudor y la mugre de la piel. A continuación se utiliza un rascador de metal, el estrígilo,

para sacar el aceite y después se enjuaga el cuerpo. A lo largo del recorrido, el bañista se dirige también a las salas de agua templada (*tepidarium*) y fría (*frigidarium*). Algunas termas están también dotadas de piscinas al aire libre.

Pese a la función higiénica de las termas, la limpieza del agua era a veces más que dudosa. El agua no se cambiaba necesariamente de forma regular en todas las instalaciones termales. A ello hay que añadir la presencia de numerosas personas enfermas, a las que se les prescribían baños, y también los residuos de aceite o de productos cosméticos en la superficie del agua. Plinio el Viejo, que censura las sofisticaciones médicas de su tiempo, condena el recurso a los baños como medida terapéutica. Él los considera un lugar de disolución de las costumbres, entre otras cosas por los cuerpos masculinos depilados con resinas proporcionadas por los médicos y las mujeres cuyo vello púbico está a la vista de todos. Y, sobre todo, puntualiza que si uno va a las termas para digerir, acaba saliendo más debilitado, hasta el extremo de que hay que sacar a los cadáveres del agua.[5]

La función social de las termas es asimismo indisociable de su funcionamiento. Los satíricos las describen como espacios en los que la discusión es fácil, en los que uno observa y donde se traban amistades. Además, los baños son el lugar más apropiado para esperar una invitación a la *cena*. La cantidad de menciones acerca de este uso en los textos da a entender que se trataba de una práctica corriente. En sus *Epigramas* Marcial evoca este hábito, sobre todo, para mofarse, cuando describe a un individuo que no encuentra comensales para sus convites más que en las termas. Como a Marcial jamás lo han invitado, concluye que su cuerpo desnudo debe desagradar a este anfitrión desconsiderado. Se burla también de otro hombre que recorre todas las termas de la ciudad para conseguir una invitación a cenar.[6]

Por otro lado, las termas son también escenario de algunos desmanes, relatados sobre todo por Séneca y Plinio el Viejo. Los jóvenes romanos no dudan en acudir a las termas para exponerse a las más altas temperaturas y así azuzar la sed y beber cantidades ingentes de vino. Otros llegan ya ebrios y después se ponen a

sudar.[7]El preceptor de Nerón afirma, con exageración, que algunos han de ser evacuados de las termas en estado inconsciente. El calor podía llegar a ser relativamente elevado, porque, para que los enfermos convalecientes pudiesen soportarlo, Plinio el Viejo aconseja ponerse sal bajo la lengua o incluso vinagre, por su efecto refrescante.[8]Evidentemente, estos testimonios de los excesos cometidos en las termas no deben generalizarse, pues se trata más que nada de un discurso moral que denuncia las derivadas relacionadas con el consumo de vino y el ablandamiento del cuerpo.

UNA MENTE SANA EN UN CUERPO SANO

En realidad, lejos de estos excesos, las termas son lugares en los que se pone en práctica una auténtica higiene de vida, más allá de la simple limpieza del cuerpo. Los baños forman parte de las prescripciones médicas antiguas. Competen a la dietética, una de las ramas de la medicina antigua junto con la farmacopea y la cirugía.

Algunas aguas son famosas por sus virtudes curativas y pueden sanar numerosos males, que Plinio el Viejo cataloga en su *Historia natural*. Además, el paso por los baños antes de cenar ha de favorecer la digestión mediante la estimulación del estómago y el relajamiento del cuerpo. Las distintas temperaturas a las que se somete el visitante a medida que avanza en su itinerario permiten también equilibrar el temperamento del organismo, es decir, las diferentes propiedades que lo definen: cálido o frío, seco o cálido. Estas son las concepciones desarrolladas esencialmente en la obra de Hipócrates, médico griego del siglo V a. C.

En las termas también podía uno comer, como bien demuestran los textos y las listas de alimentos de algunas inscripciones. Las comidas que allí se consumían eran simples, puesto que un grafito de Herculano menciona vino, manteca de cerdo, pan, carne, salchichas y quizá nueces. Marcial habla de un tal Emilio, que tiene por costumbre alimentarse de lechugas,

huevos y pescados en las termas.[9]Incluso en el *Arte culinario* de Apicio se encuentran recetas destinadas a los baños, como albóndigas, sepias hervidas o erizos de mar, regados con *garum*, pimienta y otros productos aromáticos.[10]

AGUA, VINO Y MASAJES

En cuanto a la bebida, el médico Galeno aconseja que antes del vino se beba agua, que también ha de servir para cortarlo lo suficiente. A continuación ofrece auténticos menús para ser consumidos a la salida de los baños, en los que se pueden comer pies de cerdo cocidos en vinagre y *garum*, alas y estómagos de gallina o de oca, pescado frito o carnes, e incluso malvas y calabaza.[11]Los médicos estaban presentes en los baños, porque, en *El Satiricón*, Petronio menciona a los médicos masajistas, citados también por Celso, que se deleitan con copas de Falerno.[12]Efectivamente, la ciencia médica antigua consideraba que el vino era un verdadero remedio.

Los masajes y las fricciones que se dispensaban en las termas forman también parte de los posibles cuidados recibidos en dicho lugar. Combinados con el consumo de vino, con los baños y con los ejercicios físicos, para algunos médicos como Asclepio de Bitinia, son la mejor manera de conservar la salud.

Para los romanos, el aspecto del cuerpo debe también responder a unas normas que no son solo estéticas. Así pues, el cuerpo atlético, ni demasiado delgado ni demasiado grueso, manifiesta la capacidad que tiene el individuo de ser dueño de sí mismo. El ciudadano que controla el uso de los placeres es asimismo capaz de responder a sus deberes con respecto a la ciudad. Se trata de una manifestación de la virtud (*virtus*), y Séneca no deja de alabar a aquellos cuyo ritmo de vida es armonioso, que no someten su cuerpo a los excesos. Suetonio relata que Nerón, pese a todos sus excesos, solo estuvo enfermo tres veces en catorce años y que, incluso durante su enfermedad, le era posible seguir bebiendo vino.[13]

No obstante, todas estas precauciones no son ninguna garantía contra las enfermedades. Los antiguos explican que estas últimas se deben principalmente a causas internas relacionadas con un desarreglo de los humores, y que necesitan ser reequilibradas mediante diferentes técnicas. Las enfermedades pueden provenir también de un entorno insano, especialmente del aire y de las aguas, de donde emanan los miasmas.

COMER SANO PARA LOS ROMANOS

La relación entre el paciente y su médico se basa ante todo en la confianza, puesto que no existe ningún título oficial. No obstante, los médicos honestos y preocupados por la salud de sus pacientes coexisten junto a los charlatanes que buscan sobre todo el beneficio. Además de los hombres libres, muchos de ellos son también esclavos o libertos, que no gozan de consideración social elevada.

La arqueología ha proporcionado numerosos objetos utilizados por los médicos y que indican sus prácticas, por ejemplo, estuches de oculista y colirios. Estos últimos se presentan en forma de pequeños panes sólidos que después se diluyen en agua para el cuidado de los ojos. Los conocimientos médicos de los romanos en esta materia eran muy precisos, puesto que eran corrientes las operaciones de cataratas. Al parecer, el propio Nerón tenía problemas de vista, ya que Plinio el Viejo recuerda que muy a menudo para ver los combates de los gladiadores necesitaba mirar a través de una esmeralda.[14]

Una de las tareas del médico es la de extraer del cuerpo lo que es nocivo y está en exceso, especialmente los malos humores como la bilis negra. Para eso, el médico podía utilizar diferentes técnicas, como las ventosas de metal, que eran uno de los emblemas del médico de la época romana, ya que se encuentran representadas en algunas estelas funerarias. Con el objetivo de purgar el cuerpo se podían emplear diversas preparaciones farmacológicas y lavativas, ya ingeridas, ya destinadas a ser

introducidas con un enema. Los médicos también prescriben numerosos vomitivos con el fin de aligerar el estómago y los alimentos mal digeridos. Nerón no dudaba en utilizar lavativas y purgas para aligerar el cuerpo y cantar mejor, y era también capaz de abstenerse de frutas y manjares nocivos para el cuerpo y para el ejercicio del canto.[15]

Hay que respetar una gradación de métodos, y la sangría debe emplearse cuando los alimentos, los medicamentos y las técnicas más suaves no resultan eficaces para curar una enfermedad. La sangría consiste en practicar una incisión en el cuerpo, normalmente en el brazo, con el fin de que salgan los malos humores. Estos principios médicos han prevalecido durante siglos en Occidente y han sido utilizados hasta época moderna.

Hay que evitar ciertos alimentos nocivos, los que son indigestos o que generan malos humores, por ejemplo. Por el contrario, la mayoría de los alimentos son utilizados como verdaderos remedios en la medicina antigua, y autores como Plinio el Viejo o Galeno elaboran largas listas de sus propiedades. Por su parte, el médico debe acompañar al paciente en la elaboración de un régimen personalizado y adaptado que tenga en cuenta la naturaleza del cuerpo, pero también el entorno y las actividades desarrolladas cotidianamente. La consulta médica permite al facultativo recoger la máxima información para llevar a cabo la tarea de forma satisfactoria. Hay que observar el cuerpo atentamente. El color de la piel, los ojos, los olores corporales e incluso el pulso son indicios que pueden dar información sobre el estado de salud del paciente.

El médico debe estar en condiciones de conciliar los imperativos de la medicina con los del placer. Los romanos ricos que se someten a las reglas de la dietética esperan también poder continuar saboreando las delicias de la mesa. No obstante, los hombres como Séneca rechazan los refinamientos gastronómicos, que no duda en calificar de auténtico veneno. Los estoicos apelan a un uso razonable de los placeres. Además, la corrupción del cuerpo que sucumbe a la *mollitia* aleja del ideal moral romano. El ciudadano debe estar en condiciones de ejercer un total control de

su cuerpo para responder a los deberes que le incumben. Por consiguiente, son preferibles los alimentos que ofrece la tierra, como las legumbres y los cereales, benéficos para el cuerpo, antes que las ostras, el vino mezclado con hielo, el *garum* y los champiñones. La sana frugalidad es un vector de la afirmación de la identidad romana y de la virtud, que resiste a las seducciones de la *luxuria* del mundo griego. Sin embargo, participar en un banquete es también un fermento esencial de la sociedad romana.

EN LA MESA DEL PRÍNCIPE

Tras salir de las termas de Agripa, Aniceto debe dirigirse hacia el Palatino. Esta noche el emperador da uno de sus suntuosos banquetes al que ya está habituado. El príncipe tiene la costumbre de invitar a su mesa a los amigos y a los allegados. No obstante, la hospitalidad principesca señala también el uso del banquete como verdadero instrumento de puesta en escena del poder y refuerzo de la autoridad. En época de Calígula el terror reinaba en el transcurso de algunas comidas en las que daba rienda suelta a su crueldad.[16]

Por otro lado, la relación del emperador con los banquetes es a menudo un ingrediente de los retratos morales elaborados por los historiadores antiguos. El buen príncipe hace gala de mesura en los gastos y en el consumo alimentario, sus modales son sencillos y se muestra agradable con sus huéspedes. Por el contrario, el príncipe tirano se lanza a todos los excesos, engulle literalmente las riquezas del imperio, humilla a veces a sus invitados, cuando no amenaza su vida.

Suetonio explica que Nerón trató de imponer ciertos límites al lujo suprimiendo, por ejemplo, los banquetes públicos y legislando sobre las tabernas.[17]Pese a ello, a medida que el reinado va hundiéndose en la tiranía, los excesos cometidos en el marco de las cenas son cada vez más manifiestos, sobre todo a partir del momento en que Tigelino se convierte en prefecto del pretorio y le anima a seguir por este camino.

Según Suetonio, sus festines duraban desde mediodía hasta medianoche.[18]Este es sin duda un signo evidente de la degradación moral a la luz de las normas de la época. Efectivamente, Séneca fustiga a quienes se deleitan en los placeres durante toda la noche y no duda en calificarlos de lucífugos.[19]En cambio, el banquete que respeta los principios morales romanos debe finalizar antes del anochecer. Uno de los motivos es evitar encuentros desagradables en las calles mal iluminadas y ser atracado.

Los excesos de ciertos emperadores como Calígula o Nerón a veces se han puesto de relieve y considerado como una generalidad aplicable a todos los banquetes de los romanos ricos. De ahí surge el motivo de la orgía romana, una cena en la que los excesos de comida y bebida se mezclan con el desenfreno sexual. La imagen de la orgía deriva también del banquete del liberto Trimalción en *El Satiricón* de Petronio. Esta obra no es en absoluto un reflejo fiel de las prácticas del Alto Imperio, sino más bien una forma de parodia de la mesa de los nuevos ricos, en la que impera el mal gusto y el hastío.

Esta clase de banquetes sin duda existieron, pero tan solo fue cosa de una minoría de romanos. Las comidas de los ricos no solo pueden ser relativamente simples sino que los desmanes son mal vistos. Es más, hay que observar las reglas de urbanidad, y se espera moderación por parte de los invitados, tanto en el consumo de los alimentos como en los modales. En sí, el banquete del emperador no difiere demasiado del de los demás aristócratas romanos. Las prácticas que se desarrollan durante la comida y los platos consumidos son prácticamente los mismos.

De regreso a la morada de Nerón en el Palatino, Aniceto se presenta al esclavo que lo conduce al comedor en el que le están esperando. Esta noche el emperador reúne a sus amigos y a algunos miembros de su familia para una cena más bien íntima. El célebre comedor giratorio de la Casa Dorada de Nerón, recientemente descubierta por los arqueólogos, todavía no se había construido en el 62.[20]El marco del banquete imperial gana todavía en majestuosidad bajo los Flavios, cuando se construye el comedor de Júpiter en el emplazamiento de la *Domus Transitoria*, que

permite una auténtica teatralidad del banquete del príncipe.

LAS DELICIAS DEL BANQUETE

La cena se desarrolla sin duda alguna en un *triclinium* clásico, semejante a los identificados en la Casa de Augusto. El término *triclinium* hace referencia al comedor típico de la casa romana. La palabra proviene de los tres lechos cubiertos con colchones y cojines, dispuestos en forma de U y donde se sitúan los invitados. En las casas más ricas, existen comedores de verano instalados en los jardines y protegidos con una pérgola, donde las fuentes hacen más agradables los manjares.

Los invitados acceden al *triclinium* por la entrada ubicada frente a los tres lechos. No obstante, nadie se coloca como mejor le parece sino que hay un orden de prioridad que ha de ser respetado, y aún más en la mesa imperial. Es costumbre que el sitio de honor sea el más próximo al dueño de la casa, que se acuesta en el extremo izquierdo. El invitado de rango más elevado ocupa el lecho central, mientras que los de rango inferior se instalan a la derecha. A veces la jerarquía se refleja incluso en la calidad de los platos y los vinos servidos durante una misma cena, que puede variar según el estatus de los invitados. En el momento en que Aniceto llega al comedor, el emperador entra en la sala para recibir a los invitados.

Antes de ocupar los respectivos puestos, hay que descalzarse y aflojar cinturones y nudos. Las supersticiones romanas inducen a creer que los malos espíritus pueden esconderse allí. Asimismo, los manjares han de cogerse con la mano derecha, no con la izquierda, porque este lado puede traer desgracias. También se puede repartir entre los comensales un atuendo específico para no ensuciarse.

Mientras Aniceto se instala en el *triclinium*, los cocineros imperiales se afanan detrás de las mesas de cocción con el fin de satisfacer a su dueño. Los cocineros son a menudo esclavos y libertos, que a raíz de las conquistas romanas de Oriente han aportado su habilidad gastronómica desde el mundo griego y han

sabido seducir a los romanos ricos. Los cocineros se consiguen a precio de oro en el mercado de esclavos, porque, según Plinio, su precio ha pasado de costar el equivalente a un caballo a valer el de tres. Séneca se lamenta, además, de que en su época la gente se apasione más por el arte culinario que por las cosas de la mente.[21]En Roma existían escuelas de cocina, más exactamente en la Subura. Juvenal deplora no tener medios para costearse los servicios de un buen cocinero lo suficientemente educado y formado para trinchar los platos por él cocinados.[22]

JABALÍ, PESCADO, PERAS E HIGOS EN EL MENÚ

La cocina de la época romana está bien documentada, sobre todo y en primer lugar gracias al *Arte culinario*. Esta obra es una compilación de recetas recogidas a finales del imperio y atribuida al gastrónomo Apicio, que habría vivido durante el reinado de Tiberio. Sin embargo, no es seguro que este rico caballero sea el autor de un libro de cocina completo. En él figuran recetas muy simples, surgidas del mundo rural y sobre todo a base de cereales, algunas de carácter médico, otras mucho más sofisticadas.

El buen cocinero ha de conocer perfectamente los productos que emplea, empezando por su origen geográfico, al que los romanos son muy sensibles. Los textos revelan una auténtica clasificación de los alimentos, por ejemplo de frutas y pescados, según su procedencia. Las cualidades gustativas, y a veces dietéticas, están condicionadas en gran medida por este parámetro. Luego, han de dominar a la perfección la cocción de los platos, sobre todo de las carnes. El hervido y el asado son los dos métodos más usados, así como el cocido a fuego lento. En cambio, el frito es el que menos documentado está.

Sin embargo, el talento del cocinero se revela sobre todo en las salsas. Las recetas de la recopilación de Apicio incluyen salsas en las que se mezclan varios productos aromáticos, entre los que figura la pimienta, el cilantro, el levístico y el *garum*. Este condimento, elaborado a base de vísceras de pescado fermentado

en sal y especias, es muy apreciado por los romanos. Los sabores salados y azucarados suelen combinarse cuando se añade miel a la preparación. El sabor amargo también está presente con el vinagre o determinadas plantas como el silfio.

Por último, el corte y la presentación son esenciales. Los platos también se degustan con la vista, y hay que cautivar todos los sentidos. Los colores forman parte de la investigación estética de los cocineros, puesto que en Apicio se encuentran consejos para intensificar el verde de las verduras con ayuda de bicarbonato sódico.[23]Asimismo, algunas creaciones juegan con la ilusión. Por ejemplo, la presentación del plato puede dar la impresión de que el pescado nada en su salsa y que todavía está vivo,[24]o bien que el ave acaba de poner los huevos que la acompañan. Los diferentes manjares pueden quedar disimulados, por ejemplo una rodaja de atún debajo de huevos cortados en cuartos.[25]La sorpresa puede consistir también en el empleo de ingredientes inesperados, como carne de cerdo en lugar de la de pescado, pese a la forma de pescado conseguida mediante un molde.[26]

Una vez instalados los comensales en su sitio, pueden ir saliendo los diferentes servicios. En las casas acaudaladas, los sirvientes que entran en el *triclinium* también se han elegido por su apariencia física, sobre todo muchachos parecidos a Ganimedes.[27]Entran en el comedor por la única entrada que está frente a los tres lechos y depositan los diferentes platos sobre las mesitas bajas que se han dispuesto delante de los triclinios.

El comedor suele ser uno de los espacios mejor decorados de la *domus* mediante frescos sofisticados. En el suelo, los mosaicos se muestran a la vista de los invitados, y el medallón central de la composición se sitúa en principio en medio del espacio delimitado por los tres lechos. Naturalezas muertas, paisajes idílicos o escenas de la mitología pueden también suscitar conversaciones y elevar el espíritu antes de que los cuerpos se entorpezcan con la comida.

La literatura de la época romana nos ha transmitido varios ejemplos de menús, algunos muy frugales, otros harto sofisticados, e incluso fantasiosos, como el de Trimalción. Las fuentes no indican menús completos para la mesa imperial, pero hay

menciones de extravagancias de emperadores como Vitelio y Heliogábalo, o de la frugalidad de emperadores como Augusto, que se contenta con pan, pescados pequeños, queso e higos.[28]Horacio, en sus *Sátiras*, nos proporciona un menú bastante realista, en el que relata la comida del rico Nasidieno, a la que fue invitado Mecenas, amigo del emperador Augusto.[29]El refinamiento de este menú corresponde al lujo que aprecia Nerón en el ámbito de los placeres y podría perfectamente haberse propuesto para su mesa.

De primer plato se sirve un jabalí de Lucania acompañado de rábanos negros y rábanos corrientes. Para estimular el estómago, rapónchigo, *allec* (un producto derivado del *garum*) y tártaro de vino de Cos. A continuación se ofrecen grandes y variados caldos, vinos italianos de Cécubo, vino de Alba y de Falerno, pero también de Quíos. Los romanos tenían una auténtica clasificación enológica, que podemos encontrar sobre todo en la *Historia natural* de Plinio el Viejo. Los vinos italianos se consideran los mejores, especialmente los de Campania. Los de Grecia reciben también los favores de los romanos y se importan en grandes cantidades.

Ahora pueden servirse los platos siguientes, que consisten en pájaros, moluscos, platija, rodaballo, uno de los pescados más apreciados por los *gourmets*. Todavía más refinada es la morena, que se presenta en medio de unos camarones, como si aún estuviera en el fondo del mar. La salsa está compuesta, entre otros ingredientes, de un aceite de primera calidad, de *garum*, de vino, de pimienta y de vinagre. Después se sirven trozos de grulla, espolvoreados de sal y cubiertos de hojaldre, que los invitados pueden degustar, e incluso hígado de oca hembra, engordada con higos. Finalmente, los comensales son agasajados con paletillas de liebre, mirlo y pichón. Horacio no relata la continuación de la comida, porque los invitados acaban huyendo del banquete. Sin embargo, podemos suponer que las frutas, por ejemplo peras, ciruelas o higos concluyen la cena. Los huéspedes también tienen la posibilidad de llevarse algunos restos del banquete envueltos en su servilleta para comérselos al día siguiente.

Cuando se trata de comida festiva, el banquete está amenizado con variados divertimentos. Los músicos seducen a los

invitados con el son de sus flautas y los movimientos lascivos ejecutados por las bailarinas de Gades, la actual ciudad de Cádiz. Los comensales llevan coronas de flores, que son sinónimos de fiesta y cuyos olores se mezclan con los de los perfumes. Además, según las creencias de la época, se supone que estos tocados vegetales atenúan los efectos de la bebida sobre el espíritu. Las conversaciones también siguen a buen ritmo. Es habitual hablar de temas eruditos y placenteros. Durante los banquetes, a Nerón también le gusta salir a actuar, cantar y declamar versos delante de sus amigos, que, evidentemente, no pueden sino admirar su talento.[30]

EL ARTE DE BEBER EN ROMA

A medida que la voz de Nerón resuena en la sala, las copas de vino se vacían y se vuelven a llenar con entusiasmo. Beber en Roma es un verdadero arte y hay que respetar las reglas básicas. Ante todo, el vino no se puede beber sin haberlo mezclado con agua, porque beber vino puro es cosa de bárbaros. El motivo de la mezcla es en gran medida el gusto pronunciado y el espesor del vino. Por esto hay que suavizarlo con agua, que puede estar a temperatura ambiente o caliente. En este aspecto, los romanos han desarrollado auténticas sofisticaciones para realzar al máximo los sabores del vino. Con el fin de disponer de agua hirviente durante el banquete, se instala un calentador de agua en el comedor para que los sirvientes puedan utilizarla. El procedimiento contrario, el colmo del refinamiento, consiste en comprar nieve recogida de las montañas, incluso en verano, y mezclar el vino con el hielo. Séneca lamenta también estas costumbres superficiales y nocivas, pero sobre todo critica a las mujeres que tratan de imitar a los hombres en esta cuestión.[31]

El buen gusto del dueño de la casa se manifiesta también por la elección de la vajilla más valiosa. Bandejas y copas de plata finamente labradas y cucharas de cristal de roca hacen que el vino y los manjares sean aún más sabrosos. En época republicana, esta

ostentación de riqueza contraria a la moral romana provocó la reacción de las autoridades, que no dudaron en adoptar una legislación suntuaria para limitar estos gastos superfluos. Es preferible que el dinero desembolsado vaya en provecho de la comunidad cívica en vez de satisfacer los placeres personales. El mobiliario y los tejidos contribuyen también al prestigio del banquete. Las mesas bajas y los lechos están hechos de maderas preciosas, en particular de tuya. La mención de esta esencia en las fuentes es un clásico en cuanto a la manifestación del lujo. Plinio el Viejo pone el ejemplo de Cicerón, que poseía una mesa que costaba 500.000 sestercios, pero había algunas cuyo precio podía superar con creces el millón de sestercios.[32]Teniendo en cuenta que la fortuna mínima para ser senador era un millón de sestercios, los datos ofrecidos por el naturalista ponen de manifiesto la extravagancia del dispendio.

Epílogo
La muerte de una emperatriz caída

Pese al deleite de los placeres terrenales y sensuales, una forma de melancolía invade a los comensales al pensar en su carácter efímero. En este momento, el espectro de la muerte se cuela en el banquete. Varios mosaicos hallados en Italia e incluso en Turquía representan esqueletos que, a modo de danza macabra, previenen a los vivos del destino que aguarda a todo mortal. De repente, un esclavo entrega a los invitados pequeños esqueletos articulados de bronce. Estas figurillas, mencionadas por Petronio, han sido también atestiguadas por la arqueología.[1]Los comensales se divierten agitándolas y bromeando sobre la muerte, una forma de exorcizar el miedo. Sin embargo, Aniceto sabe que las orillas de la Estigia le esperan si fracasa. Ahora tiene que actuar.

Popea está al lado de Nerón, porque en la época imperial las mujeres tienen su lugar en el banquete. La futura emperatriz, que no duda en tomar baños de leche de burra, de la que espera poder disponer a su antojo, se ha engalanado con extremo lujo.[2]Su tez es blanquecina gracias a los costosos polvos que utiliza, pero cuyos efectos pueden ser nefastos debido al plomo que contienen. Sus brazos lucen brazaletes de oro en forma de serpiente, de una víbora pronta a atacar. Siente con regocijo que la hora de su triunfo está a punto de llegar.

Mientras un esclavo mezcla de nuevo el agua y el vino en la crátera, Aniceto mira a Nerón rodeado de sus amigos más íntimos, reunidos como si estuvieran en un consejo, nos dice Tácito, que relata en pocas líneas este momento.[3]El liberto se levanta y se presenta ante el príncipe, que de amigo se convierte en juez. En este instante revela lo que el emperador desea oír, estimulado por

los efectos del vino, que libera más fácilmente la lengua. No duda en ir todavía más lejos de lo que le había ordenado Nerón, impelido por una perversidad natural y por los crímenes cometidos en el pasado, según el autor de los *Anales*. Nerón finge sorpresa y horror, los guardias apostados en la entrada son conminados a conducir a Aniceto al calabozo de la prisión Mamertina, ubicada en las laderas del Capitolio. Allí es donde, según la tradición, fue encarcelado san Pedro antes de su ejecución. Un barco le espera ya en Ostia, dispuesto a abandonar las costas del Lacio por la soledad sarda. Aliviado de su destino, a Aniceto no le faltará de nada en los años sucesivos y podrá gozar de su retiro con tranquilidad. Muere en fecha desconocida de forma natural. En cuanto a la desdichada Octavia, objeto del escándalo, es enviada a la isla de Pandataria, donde antaño ya fueron relegadas otras mujeres de la familia imperial. Sin embargo, su suerte es mucho más funesta.

Octavia está decidida a luchar por su supervivencia, no cesa de insistir en la nobleza de su linaje y confía en la piedad del príncipe, pero Nerón no ve en ella más que una amenaza que ha de eliminar. Con apenas veinte años, en junio del 62, es ejecutada de manera brutal. Tras haberla atado y abierto las venas, es sumergida en un baño hirviendo con el fin de acelerar su tránsito. Como si de un trofeo se tratase, su cabeza decapitada es presentada ante Popea, que estalla en júbilo, al mismo tiempo que se realizan actos de agradecimiento a los dioses por toda la ciudad.[4]La tarea confiada a Aniceto culmina con este funesto destino. La trágica historia de la emperatriz inspira, unos años después, la escritura de una obra de teatro, *Octavia*, atribuida erróneamente a Séneca. No obstante, la propia Popea es también víctima de un fin prematuro, puesto que fallece en el 65 cuando estaba encinta, no tanto de los puntapiés propinados por Nerón, como pretende Suetonio, sino de un accidente relacionado con su embarazo.[5]

Nerón pretendió ser un nuevo Apolo y reinar por igual sobre los hombres y sobre las artes. Su sueño fue efímero, como el espejismo de su Casa Dorada. La imagen que la posteridad ha conservado de su reinado es, más que la de un príncipe esteta, la de un tirano, cuya muerte sumió de nuevo a Roma en los estragos

de la guerra civil. No obstante, más allá de la leyenda negra, el reinado de Nerón no debería quedar reducido a los excesos y a las excentricidades de un soberano caprichoso, dueño y señor de una Roma decadente. La práctica del poder y el imaginario político que despliega no encuentran todavía ningún eco favorable en Roma. Habrá que esperar a los Antoninos y a los Severos, entre los siglos II y III, para que se afiance la figura de un emperador con un poder más monárquico y sacralizado. Pese al fracaso de su reinado, cuyo final trágico enturbia la historia, las ambiciones de Nerón sin duda han contribuido a modelar el ideal de una Roma eterna y grandiosa, ciudad de las artes y de la belleza, apolínea y a la vez dionisíaca.

Bibliografía

COMPENDIO DE FUENTES

La véritable histoire de Néron, textos recopilados y comentados por Alain Rodier, París, Les Belles Lettres, 2013.

OBRAS GENERALES

Buckley, Emma, y Dinter, Martin T., *A Companion to the Neronian Age*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2013.

Burgeon, Christophe, *Néron, l'empereur-artiste*, París, Ellipses, 2019.

Carcopino, Jerôme, *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire*, París, Hachette, 1939. [Hay trad. cast.: *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del imperio*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2001.]

Cizek, Eugen, *Néron*, París, Fayard, 1982.

Croisille, Jean-Michel, *Néron a tué Aggrippine*, Bruselas, ediciones Complexe, 1994.

Dupont, Florence, *La vie quotidienne du citoyen sous la République: 509-27 av. J.-C.*, París, Hachette, 1989. [Hay trad. cast.: *El ciudadano romano durante la República*, Buenos Aires, Vergara, 1992.]

Faure, Patrice, Tran, Nicolas, y Virlouvet, Catherine, *Rome, cité universelle: de César à Caracalla*, París, Belin, 2018.

Giardina, Andréa (dir.), *L'homme romain*, París, Seuil, 1992. [Hay trad. cast.: *El hombre romano*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.]

Girod, Virginie, *Aggrippine: sexe, crime et pouvoir dans la Rome impériale*, París, Tallandier, 2019.

Grau, Donatien, *Néron en Occident: une figure de l'histoire*, París, Gallimard, 2015.

Griffin, Miriam T., *Néron ou la fin d’une dynastie*, Gollion, Infolio, 2002.
Grimal, Pierre, *La civilisation romaine*, París, Flammarion, 2009. [Hay trad. cast.: *La civilización romana*, Barcelona, Paidós, 2007.]
Lançon, Bertrand, *Rome dans l’Antiquité tardive*, París, Hachette, 1995.
Lefebvre, Laurie, *Le mythe Néron: la fabrique d’un monstre dans la littérature antique (ier-ve s.)*, Villeneuve-d’Ascq, Presses universitaires du Septentrion, 2017.
Opper, Thorsten, *Nero, the Man behind the Myth*, Londres, The British Museum, 2021.
Potter, David S., y Mattingly, David J. (dir.), *Life, Death, and Entertainment in the Roman Empire*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2010.
Salles, Catherine, *Néron, empereur des arts*, París, Perrin, 2019.
Tomei, Maria Antonietta, y Rea, Rossella (dir.), *Nerone,* Milán, Electa, 2011.

CAPÍTULO 1. DESDE LO ALTO DEL PALATINO...

Benoist, Stéphane, *Rome, le prince et la Cité*, París, Puf, 2005.
—, *Le pouvoir à Rome: espace, temps, figures*, París, CNRS Éditions, 2020.
Borghini, Stefano, D’Alessio, Alessandro, y Scoccianti, Maddalena (dir.), *Aurea filo - La prima reggia di Nerone sul Palatino*, Milán, Electa, 2019.
Carandini, Andrea, *Le case del potere nell’antica Roma*, Bari, Laterza, 2014.
Cosme, Pierre, *Les empereurs romains*, París, Puf, 2016.
Drinkwater, John F., *Nero: Emperor and Court*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019.
Fraschetti, Augusto, *Rome et le prince*, París, Belin, 1994.
Golvin, Jean-Claude, y Salles, Catherine, *Voyage chez les empereurs romains*, Arles/París, Actes Sud/Errance, 2006.
Millar, Fergus, *The Emperor in the Roman World*, Londres,

Duckworth, 1977.
—, «Rome et ses palais», *Dossiers d'archéologie*, noviembre-diciembre de 2009, n.º 336.
Turcan, Robert, *Vivre à la cour des Césars d'Auguste à Dioclétien (ier-iiie siècle après J.-C.)*, París, Les Belles Lettres, 2009.
—, *L'art romain*, París, Flammarion, 2002.

CAPÍTULO 2. EL PRÍNCIPE EN SU CAPITAL

Carandini, Andrea, *The Atlas of Ancient Rome* (2 vols.), Princeton, Princeton University Press, 2017.
Coarelli, Filippo, *Guide archéologique de Rome*, París, Hachette, 1994.
Duret, Luc, y Néraudau, Jean-Pierre, *Urbanisme et métamorphoses de la Rome antique*, París, Les Belles Lettres, 2001.
Garnsey, Peter, *Famine et approvisionnement dans le monde gréco-romain*, París, Les Belles Lettres, 1996.
Grandazzi, Alexandre, *Urbs: histoire de la ville de Rome des origines à la mort d'Auguste*, París, Perrin, 2017.
Homo, Léon, *Rome impériale et l'urbanisme dans l'Antiquité*, París, Albin Michel, 1951.
Kardos, Marie-José, *Topographie de Rome: les sources littéraires latines*, París, L'Harmattan, 2000.
Laurence, Ray, y Newsome, Davis J. (dir.), *Rome, Ostia, Pompeii: Movement and Space*, Oxford, Oxford University Press, 2011.
Lauriello, Giuseppe, *Insulae*, Mozzecane, Dielle Editore, 2018.
—, «La ville de Rome sous le Haut-Empire: nouvelles connaissances et nouvelles réflexions», *Pallas*, Presses universitaires du Mirail, 55, 2001.
Ménard, Hélène, *Maintenir l'ordre à Rome: iie-ive siècles ap. J.-C.*, Seyssel, Champ Vallon, 2004.
Perrin, Yves, *Rome, paysage urbain et histoire (iie siècle av. J.-C. – iie siècle ap. J.-C.)*, París, Hachette, 2001.
Ricci, Cecilia, *Security in Roman Times: Rome, Italy and the Emperors*, Abingdon/Nueva York, Routledge, 2016.

Royo, Manuel, *L'Urbs: espace urbain et histoire (*ier *siècle avant J.-C. – *iiie *siècle après J.-C.)*, Roma, École française de Rome, 2015.

Salles, Catherine, *Le grand incendie de Rome: 64 ap. J.-C.*, París, Tallandier, 2015.

Tarpin, Michel, *Roma Fortunata: identité et mutations d'une ville éternelle*, Gollion, Infolio, 2001.

CAPÍTULO 3. LA SUBURA Y LOS BAJOS FONDOS DE ROMA

Andreau, Jean, *L'économie dans le monde romain*, París, Ellipses, 2010.

Avvisati, Carlo, *Pompei, mestieri e botteghe 2000 anni fa*, Roma, Bardi editore, 2007.

Courrier, Cyril, *La plèbe de Rome et sa culture*, Roma, École française de Rome, 2014.

Knapp, Robert, *Invisible Romans*, Cambridge, Harvard University Press, 2011. [Hay trad. cast.: *Los olvidados de Roma: prostitutas, forajidos, esclavos, gladiadores y gente corriente*, Barcelona, Ariel, 2011.]

Le Guennec, Marie-Adeline, *Aubergistes et clients: l'accueil mercantile dans l'Occident romain (*iiie *siècle av. J.-C. –* ive *siècle apr. J.-C.)*, Roma, École française de Rome, 2019.

Monteix, Nicolas, *Les lieux de métier: boutiques et ateliers d'Herculanum*, Roma, École française de Rome, 2010.

Puccini-Delbey, Géraldine, *La vie sexuelle à Rome*, París, Payot, 2004.

Toner, Jerry, *Popular Culture in Ancient Rome*, Cambridge, Polity Press, 2009.

Veyne, Paul, *La société romaine*, París, Seuil, 1991. [Hay trad. cast.: *La sociedad romana*, Barcelona, Random House, 1991.]

—, *Sexe et pouvoir à Rome*, París, Seuil, 2005. [Hay trad. cast.: *Sexo y poder en Roma*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2010.]

CAPÍTULO 4. EN LA CIMA DEL CAPITOLIO

Beard, Mary, North, John, y Price, Simon, *Religions de Rome*, París, Picard, 2006.

Champeaux, Jacqueline, *La religion romaine*, París, Librairie générale française, 1998.

Graf, Fritz, *La magie dans l'Antiquité gréco-romaine*, París, Les Belles Lettres, 1994.

Husquin, Caroline, y Landrea, Cyrielle (dir.), *Religions et pouvoir dans le monde romain de 218 av. J.-C. à 235 ap. J.-C.*, París, Ellipses, 2020.

Martin, Michaël, *Sois maudit! Malédictions et envoûtements dans l'Antiquité*, París, éditions Errance, 2010.

Porte, Danielle, *Les donneurs de sacré: le prêtre à Rome*, París, Les Belles Lettres, 1989.

Scheid, John, *Quand faire, c'est croire. Les rites sacrificiels des Romains*, París, Aubier, 2005.

—, *Les dieux, l'État et l'individu: réflexions sur la religion civique à Rome*, París, Seuil, 2013.

—, *La religion des Romains*, París, Armand Colin, 2019.

Turcan, Robert, *Rome et ses dieux*, París, Hachette, 1998.

CAPÍTULO 5. PAN Y JUEGOS

Dupont, Florence, *L'acteur-roi: le théâtre dans la Rome antique*, París, Les Belles Lettres, 2003.

Péché, Valérie, y Vendries, Christophe, *Musique et spectacles dans la Rome antique et dans l'Occident romain,* París, Errance, 2001.

Salles, Catherine, *Lire à Rome,* París, Payot, 1994.

Sampaolo, Valeria (dir.), *Gladiatori,* Milán, Electa, 2001.

Teyssier, Éric, *La mort en face: le dossier gladiateurs*, Arles, Actes Sud, 2009.

Thuillier, Jean-Paul, *Le sport dans la Rome antique*, París, Éditions Errance, 1996.

—, *Allez les Rouges! Les jeux du cirque en Étrurie et à Rome*, París,

éditions rue d'Ulm, 2018.

Toner, Jerry, *Leisure and Ancient Rome*, Cambridge, Polity Press, 1995.

Veyne, Paul, *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*, París, Seuil, 1976.

CAPÍTULO 6. LOS PLACERES DEL CUERPO

André, Jacques, *L'alimentation et la cuisine à Rome*, París, Les Belles Lettres, 2009.

André, Jean-Marie, *La médecine à Rome*, París, Tallandier, 2006.

Blanc, Nicole, y Nercessian, Anne, *La cuisine romaine antique,* Grenoble, Glénat, 1992.

Blonski, Michel, *Se nettoyer à Rome: IIe s. avant J.-C. – IIe s. après J.-C.*, París, Les Belles Lettres, 2014.

Dosi, Antonietta, y Schnell, François, *A tavola con i Romani Antichi*, Roma, Quasar, 1984.

Grandjean, Catherine, Hugoniot, Christophe, y Lion, Brigitte (dir.), *Le banquet du monarque dans le monde antique*, Rennes/Tours, Presses universitaires de Rennes/ Presses universitaires François Rabelais, 2013.

Malissard, Alain, *Les Romains et l'eau: fontaines, salles de bains, thermes, égouts, aqueducs...,* París, Les Belles Lettres, 2002. [Hay trad. cast.: *Los romanos y el agua: la cultura del agua en la Roma antigua*, Barcelona, Herder, 2002.]

Robert, Jean-Noël, *Les plaisirs à Rome*, París, Payot, 1994. [Hay trad. cast.: *Los placeres en Roma*, Madrid, Editorial Edaf, 1992.]

Tchernia, André, y Brun, Jean-Pierre, *Le vin romain antique*, Grenoble, Glénat, 1999.

Tilloi-D'Ambrosi, Dimitri, *L'Empire romain par le menu*, París, Arkhê, 2017.

Wilkins, John, y Nadeau, Robin (dir.), *A Companion to food in the Ancient World*, Oxford, Wiley/Blackwell, 2015.

Notas

1.Tácito, *Anales*, XIV, 1-9.

2.Tácito, *Anales*, XIV, 52.

1. Tácito, *Anales*, XIV, 62.

2. Tácito, *Anales*, XIV, 60.

3. Tácito, *Anales*, XIV, 62.

4. Tácito, *Anales*, XIV, 62.

5. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 5; 8.

6. Pseudo-Aurelio Víctor, *Epitome de Caesaribus*, IX, 15.

7. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 91.

8. Tácito, *Anales*, XIII, 5.

9. Tácito, *Anales*, XIV, 61.

10. Suetonio, *Nerón,* XXXV.

11. *Ibid.*, VI.

12. *Ibid.*, VII.

13. Tácito, *Anales*, XI, 11.

1. Suetonio, *Nerón*, LV.

2. Suetonio *Augusto*, XXVIII.

3. Tácito, *Anales*, XV, 38.

4. Dion Casio, *Historia romana*, VII, 69.

5. Augusto, *Res Gestae Divi Augusti*, 20.

6. Juvenal, *Sátiras*, III.

7. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 56.

8. Juvenal, *Sátiras*, III.

9. Suetonio, *Vespasiano,* XXIII.

10. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 18; Marcial, *Epigramas*, VII, 61.

11. Suetonio, *Nerón*, XI.

12. *Ibid.*, XLV.

13. *Ibid.*, XXXVIII.

14. Tácito, *Anales*, XIV, 60-62.

15. Tácito, *Anales*, XIV, 42-45.

16. Cicerón, *Sobre la ley agraria*, II, 35.

17. Tertuliano, *Contra los valentinianos*, VII.

18. Juvenal, *Sátiras*, III.

1. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 16.

2. Suetonio, *Nerón*, XXVI; Tácito, *Anales*, XIII, 25; Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 8.

3. Tácito, *Anales*, XIII, 47.

4. Juvenal, *Sátiras*, III.

5. Juvenal, *Sátiras*, III.

6. *Id.*

7. Suetonio, *Julio César*, XLVI.

8. Juvenal, *Sátiras*, III.

9. *Id.*

10. Suetonio, *Nerón*, XXXIX.

11. Marcial, *Epigramas*, VII, 31.

12. Plinio el Viejo, *Historia natural*, VIII, 67; Juvenal, *Sátiras*, IV; Horacio, *Sátiras*, II, 4.

13. Plinio el Viejo, *Historia natural*, XVIII, 107-108.

14. Marcial, *Epigramas*, XII, 57.

15. Suetonio, *Nerón*, XVI.

16. Juvenal, *Sátiras*, VIII.

17. Galeno, *Sobre las facultades de los alimentos*, III, 1.

18. Juvenal, *Sátiras*, V; Galeno, *Sobre las facultades de los alimentos*, III, 24.

19. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 56.

20. Marcial, *Epigramas*, VI, 66.

21. Plauto, *El gorgojo*, 467-485.

22. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 97; *De la vida bienaventurada*, VII, 3.

23. Suetonio, *Nerón*, XXVII; Tácito, *Anales*, XV, 37.

24. Dion Casio, *Historia romana*, LXII, 15.

25. Juvenal, *Sátiras*, VI.

1. Juvenal, *Sátiras*, III.

2. Tácito, *Anales*, XIII, 41.

3. Suetonio, *Nerón*, XXXIV.

4. Suetonio, *Claudio*, XXXIII.

5. Tácito, *Anales*, XIV, 12.

6. Tácito, *Anales*, XV, 44.

7. Aurelio Víctor, *Libro de los Césares*, V, 11.

8. Suetonio, *Nerón*, XXXII.

9. Tácito, *Anales*, XIV, 12.

10. *Ibid.*, 64.

11. Suetonio, *Nerón*, VI.

12. Suetonio, *Nerón*, XII.

13. Suetonio, *Claudio*, II.

14. Tácito, *Anales*, XIV, 10.

15. Suetonio, *Nerón*, XXXIII.

1. Tácito, *Anales*, XIV, 20.

2. Suetonio, *Nerón*, XII.

3. Marcial, *Libro de los espectáculos*, VIII.

4. Horacio, *Epístolas*, II, 1.

5. Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, II, 4, 6; Marcial, *Epigramas*, V, 25.

6. Dion Casio, *Historia romana*, LXIII, 6.

7. *Ibid.*, 8.

8. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 21.

9. *Ibid.*, 20; Suetonio, *Nerón*, XXV.

10. Tácito, *Anales*, XIII, 24.

11. Suetonio, *Nerón*, XXII; XXVI.

12. Tácito, *Anales*, XIV, 14-16.

13. *Ibid.*, 15; Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 17.

14. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 19.

15. Suetonio, *Nerón*, XLIX.

16. Suetonio, *Nerón*, XXXVIII.

17. Plinio el Viejo, XIX, 108; Suetonio, *Nerón*, XX.

18. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 20.

19. Suetonio, *Nerón*, XLVI; LIV.

20. Vitrubio, *De la arquitectura*, X, 8.

21. Suetonio, *Nerón*, VII.

22. Tácito, *Anales*, XIII, 3.

23. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 6.

24. Suetonio, *Calígula*, LV.

25. Tácite, *Anales*, XIII, 31.

26. *Ibid.*, XIV, 17.

27. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 70.

28. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 9.

29. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 7.

30. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 9.

31. *Ibid.*, 9.

32. Juvenal, *Sátiras*, X.

33. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 18.

34. *Ibid.*, 17.

35. Tácito, *Anales*, XIV, 15.

36. Dion Casio, *Historia romana*, LXI, 21.

37. Marcial, *Epigramas,* I, 117.

38. Suetonio, *Nerón*, X.

39. Tácito, *Anales*, XIV, 16.

40. *Ibid.*, XIII, 3.

41. Dion Casio, *Historia romana*, LXII, 29.

42. Tácito, *Anales*, XV, 49.

43. *Ibid.*, XIV, 16.

44. Galeno, *Sobre el orden de sus propios libros,* prólogo, 2-3; 6-8.

45. Plinio el Joven, *Cartas*, IX, 1.

1. Plinio el Viejo, *Historia natural*, XXXV, 26.

2. *Ibid.*, XXXIV, 62.

3. Dion Casio, *Historia romana*, XLIX, 43.

4. Plinio el Viejo, *Historia natural*, XXXV, 26; XXXVI, 189.

5. *Ibid.*, XXIX, 26.

6. Marcial, *Epigramas*, I, 23; II, 14.

7. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 122, 6; Plinio el Viejo, *Historia natural*, XIV, 139.

8. Plinio el Viejo, *Historia natural*, XXXI, 102.

9. Marcial, *Epigramas*, XII, 19.

10. Apicio, *Arte culinario*, 55; 410; 419.

11. Galeno, *Sobre los jugos buenos y malos*, Kühn VI, 812.

12. Petronio, *El Satiricón*, XXVII; Celso, *De medicina*, I, 1, 1.

13. Suetonio, *Nerón*, LI.

14. Plinio el Viejo, *Historia natural*, XXXVII, 64.

15. Suetonio, *Nerón*, XX.

16. Suetonio, *Calígula*, XXXII; XXXVI.

17. Suetonio, *Nerón*, XVI.

18. *Ibid.*, XXVII.

19. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 122, 15-16.

20. Suetonio, *Nerón*, XXXI.

21. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 95, 23.

22. Juvenal, *Sátiras*, XI.

23. Apicio, *Arte culinario*, 66.

24. Petronio, *El Satiricón*, XXXVI; *Historia Augusta, Heliogábalo,* XXIV, 1.

25. Marcial, *Epigramas*, V, 78.

26. Ateneo de Náucratis, *Banquete de los eruditos*, I, 7, d-f; Petronio, *El Satiricón*, LXX.

27. Marcial, *Epigramas*, VIII, 39.

28. Suetonio, *Augusto*, LXXVI-LXXVII.

29. Horacio, *Sátiras*, II, 8.

30. Tácito, *Anales*, XIV, 14.

31. Séneca, *Cartas*, 78, 22-24; 95, 20.

32. Plinio el Viejo, *Historia natural*, XIII, 93.

1. Petronio, *El Satiricón*, XXXIV.

2. Plinio el Viejo, *Historia natural,* XXVIII, 183.

3. Tácito, *Anales*, XIV, 62.

4. Tácito, *Anales* XIV, 64.

5. Suetonio, *Nerón*, XXXV.

24 horas en la Roma de Nerón. Una inmersión en la vida cotidiana de la capital del imperio
Dimitri Tilloi-d'Ambrosi

Primera edición: enero de 2024

Título original: 24 heures de la vie sous Néron

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-9199-564-7

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta